ANTOLOGIA DE RELATOS DE CIENCIA - FICCION

Selección y adaptación
JOHN F. ASLEY

EDITORIAL FHER, S. A.

Górdoniz, 44 - Bilbao
ESPAÑA

1.973 Editorial Fher S.A. - Bilbao (España)

Depósito legal BI 1.505-73
Compueslo en Garamond, 12 por Rali
Cubierta de Cotera
Impreso y encuadernado en Talleres Gráficos Fher. S, A.
Villabaso, 9- Bilbao (España)
(Printed in Spain)

ISBN: 84-243-0497-7

Naturalmente

En Berna, Suiza, a muy temprana hora de la mañana el presidente se despertó con una regular jaqueca. Llevaba tres semanas sin dormir bien, y la última noche todavía había sido peor. No podía negarse que la situación se había hecho desagradable, Y no obstante, el presidente tenía confianza. Seguramente, dada su historia desde el Congreso de Viena de 1815, las perspectivas eran buenas para su país. El presidente esbozó una sonrisa. Sería Suiza, naturalmente.

En Moscú, Rusia, sentado al extremo de una larga mesa, el "Número Uno" escuchaba con intensa atención a sus principales consejeros militares. No le gustaba lo que oía y conservaba un rostro inexpresivo. A pesar de todo, no perdía la confianza. El Soviet Supremo, no cabía duda, sería el elegido.

En Londres, Inglaterra, el primer ministro salía del 10 de Downing Street con la pipa humeando decididamente. Subió a su coche para ir a Palacio, y enlazó sus fuertes manos. Las cosas podrían ser un

tanto azarosas durante algún tiempo, pero no abrigaba el menor desaliento. Inglaterra, con su gloriosa historia, era la única elección posible. ¡Naturalmente!

Al este del lago Victoria, en Africa, el alto y esbelto jefe-sacerdote de los masai, el Laibon, contemplaba el escuálido ganado pastando en la pradera y sonreía. No había mas que un dios verdadero, Em-Gai, y los pastores masai eran un pueblo digno ¡Al fin iban a ser corregidos sus antiguos yerros! Resurgirían los masai. Ellos eran la única elección lógica. ¡Naturalmente!

Y así, alrededor del mundo.

* * *

El caballero rechoncho con gafas y chaqueta cruzada tenía un nombre: Morton Hillford, y un título para acompañarlo: consejero presidencial.

En este momento recorría la sala a grandes zancadas.

---¿Dice que ha investigado "todas" las posibilidades, general? ¿Todos los... ¡hum...! ángulos?

El general, de nombre Larsen, tenía el porte erguido y el pelo de un gris metálico ambas cosas muy útiles a la hora de impresionar a los senadores. Era un general que conocía bien su oficio. Naturalmente estaba trastornado.

- Han sido exploradas todas las posibilidades de acción, señor Hillford. Todos los ángulos han sido estudiados plenamente.

Morton Hillford dejó de pasear y apuntó al general utilizando el dedo como revólver. Su expresión indicaba claramente que, de haber tenido un gatillo, no hubiese dudado en apretarlo.

-¿Pretende usted decirme que el Ejército de los Estados Unidos es impotente?

26

NATURALMENTE

El general frunció el ceño. Tosió brevemente.

-Bueno, digamos que el Ejército de los Estados Unidos se halla inerme en este caso.

-¡No me importan las palabras! ¿Pueden ustedes "hacer" algo?

-No, no podemos. Y debo indicarle que tampoco pueden la Escuadra, las Fuerzas Aéreas ni los Marines.

-Ni los carabineros -remedó Morton Hillford, antes de reanudar su paseo-- ¿Por qué no pueden hacer nada? ¿Acaso no es ése su oficio?

El general Larsen enrojeció.

-Perdón, señor Hillford, Nuestro oficio es, como usted dice, defender este país; y estamos preparados para hacerlo hasta el límite de nuestras fuerzas, sin importarnos la superioridad...

-Olvídelo, Larsen. No pretendía molestarle Creo que el desayuno no me ha sentado bien esta mañana. Comprendo su posición en este asunto La cosa es... peliaguda.

-Por lo menos -asintió el general Larsen-. Pero me atrevo a decir que hemos pensado en todo, desde las bombas de hidrógeno a la guerra psicológica. No tenemos absolutamente nada que ofrezca una oportunidad de éxito. Un movimiento hostil por nuestra parte sería suicida. Siento caer en el melodrama. Pero los hechos son los hechos. No sería conveniente permitir que el país supiera hasta qué punto estamos en su poder; nos tienen por el cuello y no conozco el medio de librarnos. Naturalmente, seguiremos probando; pero el presidente debe disponer de los datos auténticos. No podemos hacer nada por el momento.

-Aprecio su sinceridad, general, aunque no tenga nada más que ofrecerme. Parece que habremos de

esperar con las manos cruzadas y una amplia sonrisa en nuestro rostro colectivo. Al presidente esto no le va a gustar, Larsen.

-Tampoco a mi me gusta.

Morton Hillford hizo una pausa, durante la cual miró a través del ventanal las calles de Washington. Era verano y el sol había encerrado en casa a la mayoría de la gente, aunque eran visibles algunos coches y helicópteros. No obstante, allí estaban los viejos y familiares edificios y monumentos y ellos le proporcionaban una cierta sensación de estabilidad, ya que no de seguridad.

Cuando se volvió, dijo:

--A pesar de todo, los Estados Unidos, naturalmente, serán los elegidos.

-Naturalmente -se hizo eco el general.

-Entonces todo estará arreglado, ¿verdad Larsen ?

- ¡Naturalmente!

-Tendrá que encontrar el arma adecuada.

- -Lo intentaré, señor Hillford.

--Hágalo, general. Eso es todo por hoy.

El general se fue, guardándose sus pensamientos.

Morton Hillford, consejero presidencial, siguió absorto en sus reflexiones.

-Naturalmente --dijo al rato en voz alta-; serán los Estados Unidos.

Y su mente añadió una postdata: ¡Ojalá fueran los Estados Unidos!

Tres semanas hacía que la nave había surgido del espacio.

Era una nave de gran tamaño al menos en relación con los conceptos terrestres. Tenía su cumplida media milla de largo, y era ancha, pulida y brillante como un pez plateado bien alimentado en los bajíos de

28

un profundo y solitario mar. Apenas hizo nada. Se limito a quedar suspendida a gran altura sobre el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York.

Parecía un enorme cigarro de pega dispuesto a estallarnos en la cara.

Simultáneamente con su aparición, todos los gobiernos de la Tierra recibieron un mensaje. **El mismo** para todos. A la nave no le preocupaba mucho la definición de "gobierno". Se puso en contacto con toda clase de divisiones políticas. En ciertos casos, cuando los destinatarios eran analfabetos o carecían de ilustración, el mensaje fue comunicado oralmente.

Cada mensaje iba redactado en el idioma nativo. Esto era suficiente para dar que pensar a cualquiera. Había infinidad de idiomas en la Tierra y muchos de ellos carecían de escritura hasta entonces.

En cuanto a las gentes llegadas en la nave, eran de aspecto bastante humano.

Una avalancha de conferencias y una actividad frenética se desencadenaron con la aparición de la nave espacial y sus mensajes. En primer lugar, nadie había visto una nave espacial. No obstante, este aspecto de novedad fue pronto olvidado. La gente la había estado esperando, en cierto modo, y tendió a aceptarla filosóficamente como había aceptado la electricidad, los aviones, los teléfonos y las bombas atómicas. Era muy natural. ¿Qué vendría después?

El mensaje era algo muy distinto.

Las naciones y los Estados Unidos saludaron al navío del espacio con incierta sonrisa. El contacto con otros mundos era emocionante, pero planteaba un buen número de incómodos problemas. Es difícil negociar, a menos que uno tenga algo que ofrecer, a menos que se sea lo bastante fuerte para no tener que doblegarse.

NATURALMENTE

¿Y *Si* la nave no era amiga?

Los Estados Unidos hurgaron en su despensa de pertrechos militares e investigaron, pero no perdieron la cabeza. Nadie alzó el gallo y trató de emplear la bomba de hidrógeno sobre una entidad desconocida. En seguida se dieron cuenta de que tirarle una bomba a la nave podía ser como cazar un tigre con una pistola de agua.

Los militares consideraron el problema con sutileza. Probaron con disimulo y estudiaron sus instrumentos.

Los resultados fueron escasamente alentadores.

La nave tenía a SU alrededor una especie de campo. A falta de nombre mejor se le denominó campo de fuerzas. En definitiva, era una pantalla de energía que nada podría traspasar. Resultaba absolutamente inviolable: la última palabra en blindaje.

Si alguien tiene una auténtica coraza a toda prueba y su contrario no, a éste no le queda otro camino que la resignación.

Los militares no podrían luchar.

Tras digerir el mensaje, resultó que la situación era muy semejante para los diplomáticos

La comunicación no contenía amenaza explícita; era, sencillamente una afirmación de intenciones. Cuando más, presentaba una cierta vaguedad molesta que hacía difícil imaginar exactamente los propósitos de la nave.

Decía así:

"Por favor, no os alarméis. Somos gentes pacíficas con una misión de buena voluntad Nuestra tarea es determinar que. país de entre vosotros posee la cultura mas adelantada del planeta. Tendremos que llevarnos a un representante de esa cultura para su estudio. No sufrirá el menor daño. A cambio, proce

30

deremos a suministrar a la cultura de la que procede cuanto desee, hasta el límite de nuestra capacidad. Esperamos no causaros molestias con nuestro trabajo. Os aconsejarnos que no intentéis comunicar con la nave hasta que hayamos anunciado nuestra elección. También os sugerimos evitar cualquier acción hostil. Hemos venido en son de paz y deseamos despedirnos del mismo modo una vez acabado nuestro trabajo. Gracias por vuestra amabilidad. Nos gusta vuestro planeta."

Esto era todo.

A primera vista, el mensaje no resultaba demasiado alarmante, a pesar de su falta de precedentes. Pero en seguida surgían las cavilaciones.

Supongamos, pensaron los Estados Unidos, que sea Rusia la elegida. Supongamos, además, que lo que Rusia más desee sea un arma imbatible para utilizarla contra los Estados Unidos. ¿Qué pasaría entonces? Y supongamos, pensó Rusia, que los elegidos sean los Estados Unidos...

La situación resultaba bastante incómoda. La hacía mucho peor la impotencia de los afectados.

No quedaba sino esperar y ver.

Naturalmente, todos los gobiernos implicados estaban seguros de ser los elegidos. Por eso, los más avispados se dieron cuenta de que, fuese quien fuese el ganador, constituiría una sorpresa para los demás, y así fue.

Morton Hillford, consejero del presidente, recibió la noticia del jefe de la delegación americana en las Naciones Unidas. El delegado no había querido confiar a nadie semejante bomba; vino en persona y a todo correr.

Una vez enterado, Morton Hillford se dejó caer en el asiento más próximo.

NATURALMENTE

-Eso es ridículo --dijo.

-Lo sé -asintió el delegado. El shock le había remitido ya algo.

-Lo siento, pero no puedo creerlo, Charlie -negó Morton.

-Si no lo crees, puedes leerlo -dijo el delegado, entregándole el mensaje.

Hillford lo leyó. Su primer impulso fue soltar la carcajada.

-¡Pero... están locos!

-Me parece que no.

Hillford hizo un esfuerzo para ponerse en pie y reanudó su paseo,

-Estoy trastornado -dijo finalmente. Y blandió el mensaje casi con furia-. ¡Es un bandazo tan tremendo, Charlie! ¿Estás seguro de que no bromean?

---Lo hacen completamente en serio. Mañana van a exhibir a ese hombre en Nueva York. Después lo expondrán en todas las demás capitales de la Tierra. Y luego...

Se encogió de hombros.

Morton Hillford notó un molesto salto en su estómago.

-¿Quieres decírselo tú al jefe, Charlie?

-Ni hablar de eso. Tengo que volver en seguida a la ONU, Mort. Díselo tú.

-¿Yo?

-¿Quién, si no?

Morton Hillford aceptó su cruz con cuanto estoicismo pudo acumular.

-Varnos primero a tomar un trago, Charlie -dijo en tono cansado-. Sólo un traguito...

Las cosas rodaron de tal modo que fueron juntos a decírselo.

El presidente, manos en las caderas, les lanzó

32

una intensa mirada y pidió ver el mensaje. Se lo enseñaron.

El presidente no era hombre bien parecido, pero sus rasgos no carecían de fuerza. Sus ojos azules y algo fríos tenían un aire alerta e inteligente, y rara vez seguían la pauta de la boca al sonreír.

Pero ahora no sonreía en absoluto.

-Bueno, jefe -inquirió Morton Hillford-, ¿qué hacemos ahora?

El presidente frunció el echo.

-Tendremos que afrontar la televisión lo antes posible -dijo, hablando con autoridad-. Hay que decirle "algo" a la gente. Busca en seguida a Doyle y Blatski... y diles que lo escriban, si pueden, con un cierto matiz positivo. No herir su orgullo; indicar que no somos reacios a aprender; decir algo sobre ciencias desconocidas y factores misteriosos... ya sabes. Después, tendremos que elaborar un proyecto para estudiar todo este asunto.

Volvió a consultar el mensaje.

-iHUM... ! Por lo visto van a volver dentro de cien años nuestros para comprobar. ¡Estupendo! Para entonces podremos tener algún argumento en el caso de que quieran jaleo, aunque lo dudo. Compadezco al que esté en el cargo cuando vuelvan. Ahora, tendremos que descubrir qué es todo esto.

El delegado de las Naciones Unidas arriesgó una palabra:

-¿Cómo?

El presidente tomó asiento al otro lado de la mesa y encendió un cigarrillo. Soltó el humo apretando los labios, lentamente. Era una buena pose, y le gustaba. La verdad era que le encantaban los problemas difíciles. Incluso éste. Amaba la acción y la rutina le aburría.

NATURALMENTE

-Necesitamos un sabio -anunció-. Y esta vez no un físico nuclear. Alguien que pueda decirnos algo sobre esta gente. La verdad es que necesitamos un experto en cuestiones sociales.

Morton Hillford le previno.

-Que no lo descubran los del "Tribune". Te harían tiras.

El presidente se encogió de hombros.

-Guardaremos el secreto. ¡Bien! Como decía, necesitamos un experto social. El problema es, ¿de qué clase?

-No un psicólogo -musitó Morton Hillford-. Al menos, todavía no. Me temo que necesitemos un sociólogo. Si el "Tribune" llega a enterarse...

-¡Olvídate ahora de los periódicos! Esto es importante.

El presidente se puso al trabajo en su teléfono **privado.**

-¿Henry? Ha ocurrido algo. Quiero que vengas aquí en seguida y que te traigas a un sociólogo. Sí, eso es, un sociólogo, ¿Cómo? ¡Sí, yo he pensado en el "Tribune"! Tráelo por la puerta de atrás.

A su debido tiempo Henry -que era el secretario de Estadohizo su aparición, Traía consigo a un sociólogo. El sociólogo tenia un aspecto sorprendentemente normal y escuchó respetuosamente lo que el presidente tenía que decirle. Se sintió, naturalmente, sorprendido al saber la elección de los de la nave, pero se recobró al momento.

El sociólogo era un hombre honrado.

-Lo siento muchísimo, señor presidente -dijo-. Puedo echar mi cuarto a espadas si lo desea, pero lo que realmente necesita es un antropólogo.

El presidente tamborileó con los dedos sobre su mesa.

34

NATURALMENTE

-Henry -dijo- , consígueme mi antropólogo y date prisa.

Cuatro horas más tarde el antropólogo hizo su aparición en el despacho del presidente. Se llamaba Edgar Vincent. Tenía barba y fumaba en una pipa de aspecto exótico. Bueno, esto era algo inevitable.

Las presentaciones fueron rápidas.

-¿Es usted antropólogo? -preguntó el presidente,

El doctor Vincent afirmó.

-¡Estupendo! --exclamó el presidente. Se echó hacia atrás en su butaca y cruzó las piernas.

-Al fin vamos a saber algo.

El doctor Vincent cambió de color.

-Dígame, doctor -dijo el presidente-. ¿Qué sabe usted de los esquimales?

El antropólogo lo miró sorprendido.

-No querrá usted decir...

Para ahorrar tiempo, el presidente le entregó el mensaje que la nave había enviado a las Naciones Unidas.

-Puede leerlo, doctor. Dentro de una hora lo tendrán los periódicos y todo el mundo lo sabrá.

Edgar Vincent dio una chupada a su pipa y leyó el mensaje:

"Os enviamos nuestro agradecimiento y nuestro adiós. El trabajo entre vosotros ha terminado. Tras descubrir que la cultura más avanzada es la de los esquimales de la Tierra del Baffin, hemos seleccionado a un miembro de esa cultura para regresar con nosotros, con fines de estudio. Como ya indicamos, tomaremos a nuestro cargo el proveer a su pueblo de todo cuanto desee, en concepto de pago. El representante de la más alta cultura de vuestro planeta será exhibido en todos vuestros centros políticos, a

las horas que se indicarán en comunicado aparte, como prueba de que no ha sufrido daño. Volveremos a vuestro mundo dentro de cien años terrestres, y en esa ocasión esperamos poder discutir los mutuos problemas con mayor extensión. Repetimos las gracias por vuestra cortesía. Nos ha gustado vuestro planeta.

--¿Y bien? --preguntó el presidente.

-Apenas sé qué decir -confesó el antropólogo-, es fantástico.

-Eso ya lo sobemos, doctor. Diga "algo".

Edgar Vincent encontró una silla y se sentó. Se acariciaba la barba, pensativo.

-En primer lugar -dijo-, no soy realmente el hombre que buscan.

Henry lanzó un gruñido.

-¿No es usted un antropólogo?

-Sí, sí, desde luego. Pero no antropólogo físico. Ya saben... huesos, evolución, tipos sanguíneos y todo eso. Me temo que no sea exactamente lo que buscan en este caso.

Levantó la mano, acallando una oleada de protesta.

-Lo que necesitan es un etnólogo o antropólogo social. Y el hombre más indicado es Irvington; él es el gran especialista en esquimales. Tardarán algún tiempo en encontrarlo, de modo que sugiero le pongan una conferencia. Está en Boston. Entretanto, les serviré lo mejor que pueda. Sé algo de antropología cultural; no estamos tan especializados como todo eso.

Henry salió a poner la conferencia y volvió precipitadamente. Vincent se permitió una leve sonrisa. ¡Hacía tanto tiempo que no veía a un auditorio **tan atento!**

-¿Se le ocurre alguna razón por la que puedan

haber elegido un esquimal? -preguntó Morton Hillford,

--Francamente, no.

-¿Una civilización secreta? -sugirió el delegado en las Naciones Unidas-. ¿Una tribu perdida o algo semejante?

Vincent soltó un bufido.

-Es absurdo -dijo. Y añadió-: Señor...

-Escuche -dijo el presidente-. Sabemos que viven en "igloos". Puede partir de ahí.

-Me ten, o que ni siquiera eso sea exacto -Vincent sonrió-.
Perdóneme, señor, pero los esquimales no viven en "igloos",
o al menos, no la mayor parte del tiempo. Viven en tiendas
de pieles en verano y en casas de piedra y tierra a principio
del invierno.

-Dejemos eso -dijo el presidente--- No tiene importancia.

Vincent dio una chupada a su pipa:
-¿Como sabe que no la tiene?

-¿Córno... ? Sí... es verdad. Comprendo lo que quiere decir.

El presidente no tenía un pelo de tonto. Apenas era culpa suya si no sabía una palabra de los esquimales. ¿Quién la sabía?

---Creo que empieza usted a comprender, señor...

-Pero vamos a ver -apostilló Morton Hillford-. No pretendo menospreciar el campo de sus conocimientos, doctor, ¡pero está claro que los esquimales no son la más avanzada civilización de este planeta! Tenemos una técnica cientos de años más adelantada que la suya, una ciencia que no pueden ni sospechar, una Declaración de Derechos, un sistema político producto de experiencia secular... ¡miles de cosas! ¡Los esquimales... no son ni comparables!

Vincent se encogió de hombros.

NATURALMENTE

-Para usted no -corrigió-, pero no es usted quien valora,

-Supongamos que fuese usted quien hiciera la elección --insistió Morton Hillford---. ¿Elegiría usted a un esquimal?

-No -admitió el antropólogo-. Probablemente no. Pero yo lo veo desde unos valores aproximadamente iguales a los suyos. Tenga en cuenta que soy también americano.

-Creo que comprendo el problema -dijo lentamente el presidente-. La gente de esa nave está mucho más adelantada que nosotros. Debe estarlo... o no tendrían la nave. Por lo tanto, sus jefes no son los nuestros. No puntúan como nosotros. ¿Es así, doctor?.

Vincent asintió.

-Es poco más o menos lo que yo diría. Quizá nuestra cultura ha descuidado algo importante... algo que sobrepasa a todos los grandes edificios, la producción en masa, el voto y todo lo demás.

El presidente tamborileó sobre la mesa.

-Considerémoslo desde ese punto de vista -sugirió-. ¿Pudiera tratatarse de que los valores espirituales son más importantes que el progreso técnico... o algo así?

Vincent meditó.

-No lo creo -dijo finalmente-. Puede ser algo parecido; pero entonces, ¿por qué elegir a los esquimales? Hay muchos pueblos inferiores a ellos en el aspecto técnico... Los esquimales son gente muy hábil. Han inventado cosas... anteojos para la nieve, sistemas de caza, complicadas cabezas de arpón... No creo que podamos prescindir de la técnica; la cosa no es tan simple. Y en cuanto a los valores espirituales, pueden ser de difícil manejo. En principio, yo no di

38

ría que los esquimales tuviesen más que otros pueblos e incluso es posible que tengan menos. Piensen en la India, por ejemplo... Es un pueblo que ha puesto realmente en práctica la religión. Creo que la orientación es adecuada, pero todavía no hemos llegado al buen camino.

El delegado en las Naciones Unidas se enjugó la frente.

-Entonces ¿qué es lo que tienen los esquimales?

-A eso sólo puedo dar una respuesta -dijo Vincent-; al menos, sólo una respuesta honrada: no lo sé. Tendrán que esperar a Irvington, y sospecho que se quedará tan sorprendido como cualquiera. No tengo la menor idea de por qué tenían que ser los esquimales los elegidos entre todos los pueblos de la Tierra. Habrá que descubrirlo... y eso significa que tendremos que saber mucho más que hasta ahora sobre cada grupo de personas que habita este planeta.

-Más dinero... -suspiró el presidente, un tanto malhumorado-. Doctor, ¿no puede indícarnos algo para ir tirando, aunque sea de un modo provisional? Dentro de una hora tengo una reunión con el gabinete, y he de asistir y decir algo. Después habrá un discurso en la televisión, y los periódicos, y los diplomáticos extranjeros, y el Congreso, y Dios sabe qué más. La cosa no será tan divertida dentro de un par de años. ¿Tiene alguna idea, doctor?

-Los esquimales han conseguido una notable adecuación a su medio dentro de su nivel técnico -dijo lentamente-. A menudo se les pone por ejemplo en este aspecto. Recuerdo haber oído a un antropólogo que no tenían un vocablo para designar la guerra, ni tampoco podían concebirla. Esto pudiera serle útil, para empezar. Por lo demás, tendrá que hablar con Irvington. Estoy fuera de mi elemento.

NATURALMENTE

-Muchas gracias, doctor Vincent. Agradezco su ayuda. Y ahora, vamos todos a tomar una copa.

Pasaron a otra sala, hablando como **descosidos,** a fin de prepararse para la próxima reunión del gabinete. Marcan Hillford fue el último en abandonar el despacho del presidente.

-¡Esquimales! -dijo tristemente, moviendo la cabeza--. ¡Esquimales!

A la mañana siguiente, de estricto acuerdo con lo fijado, una pequeña navecilla se destacó del enorme navío espacial que se cernía a gran altura sobre el edificio neoyorkino de las Naciones Unidas.

Para los millones de espectadores, en persona o a través de la televisión, fue difícil evitar la impresión de que un cigarrillo surgía de un gran puro plateado, La pequeña nave aterrizó, con la dulzura de una hoja en otoño, en el espacio despejado al efecto. La rodeó una pequeña esfera de fuerza, reluciente al sol mañanero. Se abríó una puerta circular y comenzo la exhibición.

Fue la sencillez misma.

Dos hombres altos y de agradable aspecto salieron de la nave, permaneciendo dentro de la coraza de energía. Sus vestimentas eran originales, pero más bien conservadoras. Se inclinaron hacia la puerta y pareció que hablaban con alguien. Un poco a regañadientes, el esquimal salió a reunirse con ellos. Llevaba ropa nueva y parecía incomodo. Era bajo, algo rechoncho, e iba despeinado.

Contempló Nueva York con franco asombro, Sonrió con tímido placer.

A una leve indicación de los dos hombres, saludó sonriente a la multitud que se había reunido para contemplarlo. Permaneció de pie, sonriendo, durante un par de minutos y otra vez fue escoltado basta la nave.

40

NATURALMENTE

Esta flotó sin ruido en el aire e hizo una curva para reunirse con el gran navío.

Eso fue todo. La exhibición había terminado.

Exactamente igual se repitió en todas partes.

En Berna, Suiza.

En Moscú, Rusia.

En Londres, Inglaterra.

En Madrid, España.

En el país de los masai, Africa Oriental.

En China, Suecia, Australia, Méjico, Finlandia, Brasil, Samoa, Turquía, Grecia, Japón, Tibet...

Y, claro está, adondequiera que fue la nave suscitó cuestiones altamente desazonantes. Naturalmente, cada gobierno "sabía" que se había cometido un error.

Pero, con todo...

Tan súbitamente como había llegado desapareció el gran navío del espacio. Sus reactores flamearon con la llama atómica, se difuminaron sus contornos, y retorno como un relámpago al oscuro mar del que había salido.

Se dirigía a Procyon, distante once años-luz, Para comprobar los resultados de un experimento anterior que había tenido lugar aproximadamente hacía un siglo.

El esquimal vagaba por la nave mordisqueando un pescado y tratando de imaginarse lo que ocurría,

Dos hombres le vigilaban, divertidos, pero no impresionados.

-Bueno, al menos --observó el primero --- su pueblo tendrá focas a montones de aquí en adelante.

-Es cierto -asintió el segundo-. Y podemos dejarlo en Armique. Allí estará como en casa y no lo pasará mal.

-Ya es hora de que nos ocupemos de la Tierra

41

-dijo el primero-. Ese planeta está resultando la oveja negra de nuestro sector.

-Saldrá adelante, no te preocupes. Ya empiezan a hacer algún progreso.

El esquimal eligió otro pescado de su cubo y miró a los dos hombres sin interés.

-La que se habrá armado **cuando lo elegimos.** Parece buen chico, pero algo primitivo, el hombre...

-Amigo mío, un poco de estímulo no hace mal a nadie. Cuando dejen de romperse la cabeza con lo de este esquimal, tendrán ya una auténtica ciencia.

El primer hombre bostezó y se estiró.

-Cuando volvamos dentro de cien años, ya sabes a quiénes encontraremos con una cultura lo bastante avanzada para poder ofrecerles un lugar en la Civilización.

El otro afirmó con la cabeza.

-Naturalmente -dijo; y sonrió.

El esquimal se sirvió otro pescado del cubo y fue a asomarse a la ventanilla.

42

A través de los tiempos

Aquella mañana llovía y una fina niebla estival ocultaba el relumbre del río y el pueblo asentado en la otra orilla. Bernad Harrison, mientras dejaba que el aire frío le azotase la cara, se preguntaba qué. tiempo haría dentro de cincuenta, cien años. Y entonces llegó Leticia Aldin y él le dirigió una sonrisa y dijo:

-Ya falta menos Lety.

Se dio cuenta de lo banal de su frase y añadió:

-¿Por qué tendrernos esta sensación angustiosa? No vamos a ir muy lejos.

-Un centenar de años -contestó ella.

-No te preocupes. La teoría es infalible. No es mi primer paseo por el tiempo. Dos excursiones de veinte años, adelante y atrás, son prueba suficiente de que el impulsor funciona. Esta vez el viaje es algo más largo, pero no distinto.

_Sin embargo, las máqui nas automáticas que se adentraron esos cien años no han vuelto...

--Supongo que algo les falló. Puede que a los tubos se les quedaran aún más vacías sus necias cabezas, o cosa parecida. Por eso John y yo tendremos que ir a ver lo que ha sucedido. Repararemos nuestras má

43

quinas y compensaremos las acostumbradas jugarretas de los tubos de vacío.

---¿No bastaría con uno de los dos? -preguntó Leticia.

-John no es un físico y posiblemente no encontraría la avería. Además puede hacer cosas de las que yo soy incapaz, dada su habilidad mecánica. Nos complementamos.

En aquel momento la voz de John Farrel les gritó:

-¡Todo dispuesto, muchachos! Podemos ir a la época que queráis.

-¡Adelante!

Harrison se detuvo únicamente para dedicar a Leticia una adecuada despedida. Juntos entraron en la casa y llegaron al taller del sótano.

El impulsor estaba entre un rimero de aparatos bajo la blanca radiación de los tubos fluorescentes. Su exterior no era muy impresionante. Un simple ci **lindro mecánico** de unos tres metros de altura y diez de longitud, con el aspecto no acabado de todos los artefactos experimentales. La cubierta exterior era sólo una protección para las baterías y el macizo impulsor dimensional que en él se alojaban. En el extremo de lantero había una pequeña cabina para dos hombres.

John Farrell los recibió alegremente agitando la mano. Su maciza silueta ocultaba casi por completo la exigua figurilla de Jim Carey.

-Todo dispuesto para avanzar un siglo --exclamó-. ¡Allá vamos 2073!

Carey parpadeó tras sus gruesas gafas.

-Todas las pruebas dan positivo. Al menos, eso cree John. Yo no distingo un **oscilógrafo de un klystron.** Tenéis un amplio repuesto de piezas y herramientas. No debe haber dificultades.

-Yo no preveo ninguna -replicó Harrison---, **Leticia está convencida** de que vamos a ser devorados por monstruos de ojos saltones y colmillos corno alfanjes, cuando la verdad es que sólo vamos a reparar tus máquinas automáticas, en el caso de que consigamos encontrarlas, hacer unas cuantas observaciones astronómicas y volver.

-Alguien habrá en el futuro --dijo Leticia.

-Bueno, si nos invitan a un trago no vamos a negarnos -dijo Farrell encogiéndose de hombros-. Eso me recuerda lo adecuado de un brindis.

Harrison torció el gesto. No quería dar a Leticia la impresión de que el viaje iba a tener por destino las tinieblas. Ya estaba bastante preocupada.

-¿Para qué? -dijo---. Hemos vuelto a 1953 y visto la casa en pie. Hemos ido a 2003 y allí estaba también. Y las dos veces sin nadie. Estos viajes son demasiado aburridos para merecer un brindis.

-Disiento. Nada es demasiado aburrido para echar un trago -sentó Farrell.

Sacó un frasco del bolsillo del mono y poco después los vasos entrechocaron ceremoniosamente en el laboratorio,

-¡Buen viaje!

-Buen viaje -dijo Leticia, tratando de sonreír.

-Vamos, Bernard; cuanto antes salgamos antes regresaremos -dijo John Farrell.

Con gesto decidido Harrison dejó su vaso y se precipitó hacia la máquina.

-Adiós, Leticia, te veré dentro de un par de horas... después de unos cien años.

-Hasta luego, Bernard... -y convirtió el nombre en una caricia.

Harrison se acomodó en la cabina junto a Farrel. Era alto, de largos miembros y amplias espaldas, con

rasgos enérgicos y pelo castaño. Sus grandes ojos grises tenían las arrugas que dan el largo mirar a pleno sol. Llevaba sus ropas de trabajo salpicadas de grasas y ácidos.

El compartimiento era apenas suficiente para los dos y estaba atiborrado de instrumentos, aparte del rifle y la pistola. Cuando Harrison cerró la puerta y puso en marcha el impulsor, el poderoso zumbido llenó la cabina y pareció vibrar en sus huesos. Las agujas avanzaron por los cuadrantes, aproximándose. a valores estables.

A través de la única ventanilla vio a Leticia agitar su mano. Le devolvió el adiós y luego, con brusco movimiento, tiró hacia abajo de la palanca principal. La máquina pareció temblar, se hizo borrosa y desapareció Leticia jadeaba cuando se volvió hacia Jim Carey.

A su alrededor era ya todo una informe masa gris y el tronar de los impulsores llenaba la máquina con su enorme canción. Harrison vigilaba los contadores e hizo retroceder unas pulgadas la palanca que controlaba la velocidad de avance en el tiempo. Un siglo adelante, menos el número de días transcurrido desde que enviaron el primer autómata, no fuese algún granuja del futuro a encontrarlo y llevárselo...

Bajó la palanca, y el ruido y la vibración se detuvieron, resonantes.

El sol entraba a raudales por la ventanilla.

-¿No está la casa? -preguntó Farrell.

---Un siglo es mucho tiempo -replicó Harrison-. .
Vamos a echar un vistazo.

-Se deslizaron trabajosamente por la puerta y al
fin pudieron ponerse en pie. La máquina estaba en el fondo
de una excavación medio cegada sobre la que ondulaban
las hierbas. Unos cuantos bloques de pie

46

dra rotos emergían de la Tierra. El cielo era de un azul brillante surcado por blancas nubes algodonosas.

-Ni rastro de los autómatas -dijo Hull, mirando en torno.

-¡Qué extraño! Vayamos arriba.

Harrison empezó a trepar por las inclinadas paredes de un pozo.

Se trataba, sin duda, del sótano medio cegado de la vieja casa, que por algún motivo había resultado destruido en los ochenta años transcurridos desde su última visita. El dispositivo nivelador del impul sor lo materializaba exactamente sobre la superficie cada vez que emergía. No habría así caídas súbitas o inesperados hundimientos. Tampoco desastrosas ma terializaciones en el interior de algo sólido. Circuitos sensibles a la masa prohibían a la máquina hacer alto siempre que la materia sólida ocupaba su espacio y las moléculas líquidas o gaseosas podían apartarse con la suficiente rapidez.

Harrison se irguió en medio de las altas hierbas movidas por el viento y contempló el sereno paisaje de la parte alta del estado de Nueva York. Nada había cambiado. El río y las colinas boscosas de la otra margen eran los mismos. El sol brillaba y las, nubes salpicaban el cielo.

Pero... ¿dónde estaba el pueblo? ¿Qué habría ocurrido? ¿Se habrían trasladado simplemente o... ? Volvió a mirar hacia el fondo del sótano. Hacia unos minutos -cien años atrás estaban allí en medio de un batiburrillo de viejos aparatos con Jim y Leticia... y ahora era sólo un agujero de hierbas silvestres tapizando los montones de tierra. Le invadió una extraña desolación. ¿Seguiría vivo? ¿Y Leticia? La gerontología podía haberlo hecho posible, pero nunca se sabe. Y tampoco quería averiguarlo.

47

-Deben haber vuelto al país de los indios -gruñ**ó John Farrell.**

Exploraron la hierba, pero no había rastro de los pequeños impulsores automáticos. Farrell, pensativo, frunció el ceño.

-Creo que emprendieron el regreso y tuvieron una avería en el camino.

-Es lo más seguro -asintió Harrison- . Vamos a hacer la observación y regresaremos.

Prepararon su equipo astronómico y tomaron lecturas del sol poniente. Esperando la noche hicieron cena en un hornillo *campestre y tomaron* asiento mientras las sombras se hacían más densas en torno. Los chirriantes grillos ponían su nota de vida en la oscuridad.

-Me gusta este futuro. Es muy tranquilo. Creo que me retiraré aquí en mi vejez.

Las estrellas giraban majestuosas sobre su cabeza. Harrison anotaba cifras con los tiempos de orto, recorrido y ocaso. Con ellas podrían más tarde calcular, casi al minuto, hasta dónde *les* había llevado la máquina. Naturlamente, no se habían movido en el espacio con relación a la superficie de In Tierra. El *"es*pacio absoluto" era una ficción anticuada, y en cuanto al impulsor, la Tierra era el centro móvil del Universo.

-Pararemos cada diez años para buscar los automaticos -dijo Harrison- Si no los encontramos de ese modo, al diablo con ellos. Estoy hambriento.

2063. Llovía en la hondonada.

2053. Sol y vacío.

2043. La excavación era ya más reciente, y unas maderas aparecían medio quemadas en el fondo.

-Consurnimos más energía de la prevista -comentó Harrison al echar un vista a los controles.

48

2033. Sin duda la casa se había quemado v se veían trozos de maderas achicharrados. El impulsor rugía atronándolos, mientras la energía escapaba de las baterías como el agua de una esponja exprimida.

A pesar de todo, efectuaron el siguiente salto de diez años, pero les costó media hora de ruido insoportable y agotador. El calor de la cabina se hacia insufrible.

2023. Allí seguía el sótano ennegrecido por el fuego. Sobre su suelo aparecían dos pequeños cilindros con las huellas de algunos años de intemperie.

-Los automáticos consiguieron retroceder bastante --dijo Farrell-, al fin fallaron y ahí los tienes.

Harrison los examinó y su rostro reflejó los terrores que nacían en su interior.

-Agotados -dijo-. Las baterías están completamente muertas. Utilizaron todas sus reservas de energía.

-¿Qué quiere decir eso? -le preguntó Farrell con voz que era casi un grito.

-No sé. Parece haber una especie de resistencia que aumenta conforme tratamos de retroceder.

-¡Maldita sea!

Harrison, decepcionado, levantó los hombros. Le costó dos horas retroceder cinco años. Cuando al fin detuvo el impulsor su voz temblaba.

-Es inútil, John. Hemos consumido las tres cuartas partes de nuestras reservas de energía y cuanto más retrocedemos más gastamos por año. Al parecer, se trata de algún tipo de función exponencial de alto orden.

-Entonces...

-Que jamás lo conseguiremos. A esta marcha nuestras baterías se habrán agotado antes de que logremos retroceder otros diez años -Harrison había

palidecido-. Es un efecto que la teoría no explica. Para saltos de veinte añoso menos la energía aumenta aproximadamente como el cuadrado del número de años recorridos. Pero debe existir una especie de curva exponencial que empieza a crecer aceleradamente a partir de un cierto punto. No nos queda bastante fuerza en las baterías.

-Si pudiéramos cargarlas...

-No traemos el equipo necesario. Pero quizá...

Volvieron a salir del derrumbado sótano y miraron con ansiedad hacia el río. Ni señal del pueblo. Debió ser demolido aún más atrás, en un punto de los que atravesaron al venir.

-Por esta parte no hay ayuda -dijo Harrison.

-Podemos buscar en otro sitio.

-No cabe duda,

Harrison luchaba por conservar la calma.

-No estoy seguro de que cargar a intervalos las baterías sirva de algo, John. Tengo la impresión de que la curva de consumo de energía se aproxima a una asíntota vertical.

-¿Quieres hablar inglés? -la sonrisa de Farrell era forzada.

-Quiero decir que al cabo de un cierto número de años la energía necesaria puede ser infinita. Algo semejante al concepto einsteniano de la luz como velocidad límite. Cuando nos aproximamos a la velocidad de la luz la energía necesaria para la aceleración aumenta mas rápidamente. Sería necesaria una energía infinita para superar esa velocidad de la luz.

-¿Insinúas que jamás podremos volver?

-Puedo equivocarme -replicó Farrell con mirada huidiza-. Claro que todavía tenernos dos probabilidades; recargar nuestras baterías y seguir probando ... o ir al futuro.

50

-¿Al futuro?

-Sí. En algún momento de él deben saber de estas cosas más que nosotros. Pueden conocer la manera de combatir este efecto. Sin duda podrán proporcionarnos un motor lo bastante potente que nos surta de energía para poder regresar.

Farrell permaneció con la cabeza inclinada dándole vueltas a la idea.

-Bien. ¿A dónde ahora? -preguntó el mecánico.

-¿ Es el 2018 ? -preguntó el mecánico-. ¿ Qué te parece por ejemplo el 2500?

-Bien; es un bonito número. ¡Leven anclas!

La máquina bramó y se estremeció. Harrison advirtió con alivio el escaso consumo de energía conforme pasaban años y décadas. A ese ritmo tenía fuerza para llegar al fin del mundo...

Ano 2500. La máquina se materializó en la cima de una breve colina. La hondonada se había colmado durante los siglos transcurridos. Un sol pálido, que **atravesaba** nubes de lluvia arrastradas por el viento penetró en la caldeada cabina.

-Vamos -dijo Farrell-. No nos sobra el tiempo.

Había tomado el rifle automático.

-¿Qué haces? -exclamó Harrison.

-Leticia tenía razón -dijo Farrell, sombrío-. Ponte esa pistola al cinto.

Salieron y otearon el horizonte. Farrell soltó una exclamación de alegría:

-¡Gente!

Había una pequeña población más allá del río, junto al solar del viejo Hudson. Detrás se extendían campos de grano casi maduro y pequeños macizos de árboles, No había rastro de carreteras. Quizá el transporte de superficie hubiese caído en desuso.

51

A TRAVES DE LOS TIEMPOS

El aspecto de la ciudad era extraño. Debía llevar allí mucho tiempo porque las casas presentaban huellas del tiempo. Una forma negra y ovoidal se elevó desde el centro de la ciudad hacia el cielo y cruzó el tío. Era un reactor y se deslizaba suavemente hacia ellos.

-El comité de recepción -susurró **Harrison.**

---¡Hola!-gritó Farrell a los del reactor.

El aparato picó sobre, ellos. De su morro surgió una línea de humeantes... ¡balas trazadoras!

Sus reflejos lanzaron a Harrison contra el suelo y los proyectiles se estrellaron a pocos **pasos** de su cabeza. Vio a Farrell saltar por los aires. Cuando intentó a su vez ponerse en pie fue derribado por la onda explosiva de una granada. Rodó por el suelo, esperando que la hierba lo ocultase, pensando que el reactor era demasiado rápido para alcanzar a un solo hombre. Siempre tiraba más allá del blanco, pero giraba como un buitre buscándolo.

John ... Lo habían matado sin provocación. El buen pelirrojo de John. Con su risa Y su camaradería, estaba muerto, y ellos, eran los. asesinos

El jet se disponía a aterrizar para darle caza en tierra. Se levantó y, un disparo sonó junto a su oreja, pero siguió corriendo. Se volvió un momento, pistola en mano para hacerles frente a tiempo de ver a unos hombres de. uniforme negro salir del reactor. Las balas zumbaban a *su* alrededor y se precipitó hacia la máquina del tiempo. Movió la palanca mientras contemplaba a los perseguidores, casi sobre él. ¡Gracias a Dios que los tubos estaban todavía calientes!

Cuando se fundió en lo gris advirtió que sus ropas estaban desgarradas y se había clavado en la mano una esquirla metálica.

Y que John había muerto.

52

Contempló el cuadrante mientras hacía avanzar la señal. Sería el año 3000. Una cautelosa mirada al exterior le reveló que se hallaba entre altos edificios y sin apenas luz. ¡Magnífico!

Empleó unos segundos en vendarse la herida y ponerse la ropa de repuesto, sin olvidarse de la pistola y abundante munición. Tendría que abandonar la máquina para salir de descubierta, pero cerraría la puerta.

Salió a un pequeño patio empedrado, entre altas casas de ventanas cerradas y oscuras. Arriba la oscuridad era completa; las estrellas debían estar ocultas por las nubes, pero advirtió hacia el Norte un ligero resplandor.

Una sombra silenciosa, más negra que la noche, se deslizó junto a él, rotas por dos puntos forforescentes. ¡Un gato negro! Al menos el hombre conservaba animales domésticos...

Cuatro hombres negros contra el casi apagado horizonte avanzaban con pasos de ritmo militar. Miró a su alrededor buscando refugio, pero no había bocacalles. Entonces una voz dura y perentoria gritó algo.

Harrison se volvió y echó a correr. Oyó un rápido golpear de botas. Y de pronto una forma oscura surgió de la noche. Dedos como alambres de acero oprimieron su brazo y se vio arrastrado por unos escalones que descendían desde la calle.

-Entre aquí -el silbante susurro sonó en su mismo oído-, ¡De prisa!

Una puerta se abrió dejando apenas una rendija. Se precipitaron por ella y el otro hombre la cerró.

-No creo que nos hayan visto -dijo con torvo acento el desconocido-. ¡Más vale así!

Era de mediana estatura y las ajustadas ropas grises que vestía bajo la capa mostraban *su* felina es

53

beltez. Llevaba una pistola a un costado y una especie de faltriquera al otro. El tinte de su rostro era de una amarillenta palidez y tenía la cabeza afeitada A Harrison le pareció una especie de mestizo blanco-mongoloide.

-¿Quién es usted? -preguntó bruscamente.

El otro le observaba con aire astuto.

-Berlioz de Sarai. Ya veo que tú no eres de aquí. Me dí cuenta que te perseguía la brigada y que, por tanto, merecías mi ayuda.

-Gracias -replicó Harrison.

-Ven, vamos a beber algo -dijo Berlioz.

Se encontraban en una sala de techo bajo y ahumado con unas cuantas viejas mesas de madera amontonadas en torno a una pequeña estufa de carbón y grandes barriles al fondo. Los hampones no se **interesarían** tanto por él como los funcionarios y podría informarse y aprender.

-Temo no tener con qué pagar -dijo-. A menos... -sacó un puñado de monedas.

Berlioz las miró con ansia. Después su cara se torció inexpresiva.

-Yo pagaré -dijo en tono cordial-. ¡Eh, Sembol! danos whisky,

Se situaron en un rincón y allí les llevo el tabernero algo remotamente parecido al whisky,

-¿Qué nombre usas? -preguntó Berlioz.

-Harrison. Bernard Harrison.

-Me alegro de conocerte. Ahora... -de Sarai se inclinó y su voz se convirtió en un susurro-. Ahora, Harrison, ¿de "cuándo" eres?

Y sonrió al ver sobresaltarse a Harrison.

---De1973.

-¿Cómo? ¿Del futuro?

-No, del pasado.

54

-Eso es que contarnos de otro modo. ¿Cuánto **tiempo hace?**

-Mil veintisiete años.

-¡Buen viaje! -silbó Berlioz-. Eres el primero que viene del futuro. Eso es lo que me extraña.

-¿Quieres decir que es imposible? -Harrison se estremeció.

-No lo sé -la sonrisa de Berlioz era lobuna-. ¿Cuál es tu historia?

_Quiero conseguir algo por mi información...

-Bien, desembucha va, Bernard Harrison.

Este contó su historia en breves palabras. Cuando acabó, de Sarai movió la cabeza gravemente.

-Te metiste entre los fanáticos hace quinientos años. Matan a quienes viajan por el tiempo. Bueno, y a casi todo el inundo.

-¿Qué clase de mundo es éste?

El brumoso acento de Berlioz le iba resultando ya más fácil. La pronunciación había cambiado algo, pues las vocales sonaban de otro modo y la r se parecía a la que en el siglo xx pronunciaban franceses y daneses. También otras consonantes se habían modificado. Palabras extranjeras, especialmente españolas, habían invadido el idioma. Pero todavía resultaba inteligible.

Los tiempos revueltos, según se desprendía del relato de Berlioz, comenzaron en el siglo XXIII con la rebelión de los colosos marcianos contra el cada vez más corrompido Directorio terrestre. Un siglo después los pueblos de la Tierra estaban en movimiento empujados por la peste, el hambre y la guerra civil, un caos del que surgió el entusiasmo religioso de los llamados fanáticos. Cincuenta años después de. las matanzas en la Luna, el gobierno de los armagedonios o fanáticos se prolongó todavía unos trescientos años,

pero existían vastos terrenos sublevados y los colonos planetarios iban forjando un poder que alejaba a los fanáticos del espacio; pero donde tenían auténtico control gobernaban con mano de hierro.

Entre las cosas prohibidas estaba el viajar por el tiempo. Cierto que los que se aventuraban eran pocos, pues resultaba en exceso precario arriesgarse a ser muertos o reducidos a esclavitud.

A finales M siglo XXVII, la Liga planetaria y los Disidentes africanos consiguieron poner fin al gobierno fanático. De la confusión de la posguerra surgió la Pax Africana, y durante doscientos años los hombres habían disfrutado de una época de relativa paz y progreso y la moderna cronología databa de la ascensión de John Metza I. El hundimiento vino por la decadencia interna y las asechanzas de los bárbaros de los planetas más lejanos. Además, el Sistema Solar se había fraccionado en multitud de pequeños estados e incluso de ciudades independientes.

Berlioz explicó:

-Este es uno de, los estados-ciudad; se llama Liung-Wei, y fue fundado por invasores chinos hace unos tres siglos. Ahora se encuentra bajo la dictadura de Krausmann, un vicio buitre obstinado que se niega a ceder aunque los ejércitos del Jefe atlántico están ya a nuestras puertas. ¿Viste el resplandor rojo? Son sus proyectores operando sobre nuestra pantalla de energía. Cuando abran brecha en ella tomarán la ciudad y le harán pagar su larga resistencia. Nadie va a pasarlo bien ese día.

Añadió algunos datos sobre sí mismo. Pertenecía a otra época, a la fenecida era de los pequeños estados que empleaban mercenarios en sus contiendas. Nacido en Marte, había guerreado por todo el Sistema Solar. Tras la aniquilación de su banda, Berlioz había

huido a la Tierra, donde arrastraba una azarosa exis
tencia de ladrón v asesino. Poco esperaba del futuro.

-Ahora nadie necesita a un soldado de fortuna -dijo tristemente-, si la brigada no me caza antes, me colgaré cuando los atlánticos ocupen la ciudad.

Harrison asintió con una cierta simpatía.
-Pero tú puedes ayudarme, Bernard Harrison
-bisbiseó, mirándole por entre. la raya de sus ojos
oblicuos-. Llévame contigo v sácame de esta maldita
época. Aquí no podrán ayudarte, pues no saben
más de lo que sabes tú de viajes por el tiempo y lo
más probable es que te metan en un calabozo y des
hagan tu máquina. Tienes que marcharte y puedes
llevarme.

Harrison vacilaba. ¿Qué sabía de él? ¿Hasta qué punto era cierta la historia contada por Berlioz? Cierto que le había sido útil ...

-Soy un artista con la pistola y la vibrodaga --añadió el hombrecillo ---Y siempre será mejor que viajar en solitario.

-De acuerdo, ¿Cuándo nos vamos?

-Cuanto antes. Alguién podría encontrar tu máquina y entonces sería tarde,

-Pero... tendrás que prepararte, despedirte...

-Todo cuanto tengo está aquí --dijo Berlioz, golpeando su
bolsa con amargura Y en cuanto a decir adiós, corno no
sea a mis acreedores... ¡Vamos!

Medio aturdido, Harrison le siguió fuera de la taberna, sin tiempo ni de pensar. Sin embargo le pasaron por la mente cosas como ésta: si no volvía a su época, tendría descendientes en ésta. A la velocidad a que se propagaban las líneas de descendencia, en todos los ejércitos habría hombres que tendrían SU sangre y la de Leticia, peleando entre sí, sin pensar en la ternura que les había dado el ser. Aunque, recor

57

dó molesto, nunca había considerado la común ascendencia que debía tener con los hombres que había derribado en la guerra que hizo en otro tiempo.

Los hombres vivían en su propia época, breve relampago rodeado de oscuridad, y no estaba en su naturaleza el pensar más allá de ese nimio lapso de años. Empezaba a darse cuenta de por qué viajar por el tiempo no había sido nunca popular.

Arrastrado por Berlioz llegó al túnel de una avenida y estuvieron acurrucados hasta que cuatro hombres de la brigada, con sus negras capas, hubieron pasado. Por fin pudieron llegar hasta su máquina, oculta en su noche de espera y temor. Se oyó la risa suave y alegre de Berlioz entre las tinieblas

-¡Libertad! -susurró.

Se introdujeron en la máquina y Harrison ajustó los controles para un salto .adelante de cien años. Berlioz se lamentó:

- Lo mas probable es que el mundo esté entonces tranquilo y sensato.

- Si encuentro el modo de regresar te llevaré a donde quieras.

-Pues podrías llevarme a hace cien años.

- ¡Adelante entonces!

3100--- Una desolación de rocas oscuras y fundidas. Harrison puso en marcha el contador Geiger que vibró locamente. ¡Radiactividad! Algún infernal artefacto atómico había borrado Liung-Wei de la exístencia. Estremecido, saltó a otro Siglo.

3200. La radiactividad había desaparecido, pero la desolación persistía en forma de un vasto cráter vitrificado bajo un cielo ardiente y tranquilo.

3500. La Tierra se había de nuevo acumulado sobre el arruinado país y un bosque empezaba a crecer. No presentaba huellas de la intromisión humana.

58

-Quizá el hombre haya vuelto a las cavernas -sugirió Berlioz.

El bosque duró varios siglos. Harrison renegaba. No le gustaba esto de alejarse más y más de su época. Estaba demasiado lejos para regresar sin ayuda

4100. Se materializaron sobre un amplio césped donde unos edificios bajos y redondos de algo que parecía plástico teñido se alzaban entre fuentes, estatuas y cenadores. Un pequeño aparato se cernía silenciosamente sobre sus cabezas, sin el más leve signo externo de fuerza motriz.

A su alrededor había seres humanos. Hombres y mujeres jóvenes que llevaban largas capas de colores sobre ligeras túnicas. Harrison y Berlioz alzaron las manos en amistosos gestos. Sin embargo, el soldado más próximo conservaba una de las suyas cerca del arma.

El idioma era fluido y musical, con solo un lejano tono familiar ¿Tanto habían cambiado los tiempos?

Los condujeron a uno de los edificios. En su frío y espacioso interior, un hombre barbudo, con su recamada túnica roja se levantó para recibirles. Alguien trajo una pequeña máquina que recordaba un osciloscopio con dispositivo para micrófonos. El hombre la colocó sobre la mesa y ajustó sus cuadrantes.

Cuando volvió a hablar, de sus labios salió el mismo lenguaje desconocido; pero las palabras surgían de la máquina... ¡en inglés!

-Bienvenidos, viajeros, al "American College". Siéntense, por favor.

El hombre sonrió y dijo, tras una breve pausa:

---Veo que el psicófono es nuevo para ustedes. Es un receptor de las emisiones encefálicas de los centros del lenguaje. Cuando hablamos, los correspondientes pensamientos son recogidos por la máquina,

ampliados y enviados al cerebro de quien escucha, que los interpreta en función de su propio lenguaje Permítanme presentarme. Soy Hamalon Haward, decano de esta facultad del "College".

Haward se inclinó ceremonioso cuando Harrison y Berlioz dijeron sus nombres. Una esbelta muchacha, cuyo parco vestido hizo crecer los ojos de Berlioz, trajo una bandeja con bocadillos y un brevaje no muy distinto al té.

Charlaron mientras daban cuenta de todo y el decano dijo por último:

-Ya pensé que eran viajeros del tiempo. Los arqueólogos querrán hablar con. ustedes.

---Nosoiros queríamos pedirles ayuda -dijo bruscamente Harrison---. ¿Pueden arreglar nuestra máquina de modo que sea capaz de retroceder?

-A este respecto nuestra física no puede darles ninguna esperanza. No creo que últimamente les especialistas hayan introducido cambios en la teoría espacio-temporal desde su nueva formulación por Priogan. Según ella, la energía para ***viajar hacia*** el pasado aumenta mucho en relación directa con el período recorrido. La deformación de las líneas del universo, ¿saben? Más allá de un período de unos setenta años, se necesita una energía infinita.

-Eso pensaba vo ---afirmó Harrison con voz sorda.

-De todas formas. la ciencia progresa muy rápidamente El contacto con culturas extrañas de la Galaxia ha resultado un gran estimulante...

--¿Dominan los viajes interestelares? -le interrumpió Berlioz-. ¿Pueden ir a las estrellas

-Sí, naturalmente. La propulsión más rápida que la luz fue conseguida hace más de quinientos años utilizando la teoría de la relatividad modificada por

60

Priogan. Se basa en la desviación a través de otras dimensiones... Pero ustedes tienen problemas más urgentes que ocuparse de teorías científicas,

Pasaron dos días en el colegio. Haward y sus compañeros eran tan corteses como hospitalarios y estaban ansiosos por escuchar lo que los viajeros tenían que contar de sus épocas. Les proporcionaron alimentos, alojamiento y el descanso que tanto necesitaban. Incluso intercedieron ante el Consejo solar, vía telepantalla, pero la respuesta fue inexorable: La Galaxia tenía ya demasiados bárbaros y los viajeros tendrían que marcharse.

Quitaron sus baterías de la máquina e instalaron un pequeño motor atómico con reservas de energía casi ilimitada. Haward les proporcionó un psicófono para que pudieran entenderse con seres de cualquier época. Pero los viajeros no estaban contentos.

4300. Los edificios del "campus" habían desaparecido para ser reemplazados por pequeñas y cómodas residencias veraniegas. Jóvenes y muchachas de irisados y breves atuendos se congregaron en torno a la máquina.

-¿Son ustedes viajeros del tiempo? -preguntó uno de los muchachos.

Al verles afirmar quisieron que les hicieran el relato de sus viajes. Era el mayor acontencimiento que habían tenido desde que una nave llegó de Sirio.

Pronto comprendió Harrison que tampoco allí encontrarían ayuda. Era obvio que intentarían retenerles especialmente las mujeres, cuyos suaves brazos rodeaban los cuellos de los viajeros.

Era difícil negarse y Berlioz acabó por sonreír.

-Pasemos la noche aquí --sugirió.

Fue una noche de orgía. Harrison consiguió reunir **unos cuantos datos. Sol** era en esa época un re

manso galáctico, desbordante de riqueza y guardado por mercenarios no humanos contra los depredadores y conquistadores interestelares. Se había convertido en lugar de recreo de los hijos de los grandes negociantes. Pensando en Leticia, Harrison quiso llorar, pero su pecho estaba seco y frío.

Berlioz tenía a la mañana siguiente una horrible resaca, pero desapareció pronto con la bebida ofrecida por una de las muchachas. Entonces estuvo ya en condiciones de reanudar el viaje. Y pronto el brillante escenario se perdió en el tiempo.

4400. Una villa ardía y el humo y las llamas ascendían por el cielo nuboso. Tras de ellas aparecía la sombría mole, llena de cicatrices, de una astronave. A su alrededor hervía un torbellino humano, enormes individuos barbudos con yelmos y corazas, riéndose mientras cargaban el dorado botín y a los cautivos que se debatían. ¡Los bárbaros habían llegado!

Los dos viajeros saltaron de nuevo a su máquina. Aquellas armas podían convertirla en una masa ígnea y Harrison accionó la palanca mucho más adelante.

-No encontraremos un cientifico en una edad salvaje -dijo-. Probaré el año cinco mil.
Cuando la aguja se aproximaba a los seis siglos, Harrison trató de accionar la palanca sin conseguirlo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Berlioz.

-Se trata del detector automático de masas. Seríamos aniquilados si emergiésemos en el mismo espacio que ocupa la materia sólida. El detector evita que el impulsor pueda detenerse donde descubre esa estructura. ¡Algún estúpido debe haber construido una casa precisamente donde estamos!

La aguja traspasó el límite y siguieron bramando a través de una tonalidad oscura sin contorno. Harrison

62

ajustó el cuadrante y anotó el primer medio milenio. Era interesante saber qué año sería cuando emergiesen. Tenía la esperanza de que fuese pronto. Las obras del hombre eran tan terriblemente pasajeras...

Dos mil años...

Tres mil...

La cara de Berlioz aparecía blanca.

-¿Hasta dónde vamos a ir? -preguntó.

-No lo sé.

El increíble trance duraba ya veinte mil años. En el 25296, la palanca cedió súbitamente bajo la presión de Harrison. La máquina surgió a la realidad, se estremeció y descendió unos cuantos pies antes de encontrar su equilibrio. Se precipitaron a la puerta.

El impulsor descansaba sobre un bloque de piedra grande como una pequeña casa. Se hallaban hacia la mitad de una pirámide de piedra gris, de un tetraedro de unos ochocientos metros de altura y casi el doble en cada lado de la base. Arboles y césped crecían en sus titánicas laderas.

No se veía el viejo río y un lago antes inexistente relucía a lo lejos. Las colinas parecían más bajas y estaban cubiertas de bosques. También descubrieron una nave espacial, una máquina monstruosa con la proa apuntando al cielo y un escudo con un sol ardiente en su casco. Había hombres trabajando junto a ella.

Pero, ¡no todos eran hombres! Una docena de grandes ingenios relucientes se afanaban sin vigilancia al pie de la pirámide. "Robots". Y del grupo que se volvió a mirar a los viajeros, dos eran rechonchos y cubiertos de pelo azul, con caras y manos de seis dedos.

Harrison se dio cuenta, con un escalofrío, de que estaba viendo inteligencias extraterrestres. Pero era

a los hombres a quienes miraba. Se trataba de individuos altos, con rasgos finos y aristocráticos y una especie de calma innata. Resultaba imposible describir su vestimenta, una especie de temblor irisado que les rodeaba. Harrison pensó que así debían ser los viejos dioses del Olimpo, seres más grandes y hermosos que los hombres.

Pero fue una voz humana la que se dirigió a ellos en un tono grave y bien modulado y un idioma totalmente extraño. Entonces recordó con exasperación que había olvidado el psicófono. Mientras tanto, uno de los seres azules manejaba un globo del que parecía surgir la familiar voz traductora:

_...viajeros del tiempo.

-Sin duda del más remoto pasado -dijo otro

-Escuchen - les espetó Harrison-. Estamos en un apuro. Nuestra máquina no puede retroceder y tenemos que encontrar una época en la que sepa cómo invertir el efecto. ¿Pueden ustedes hacerlo?

Uno de les extraños seres sacudió su cabeza.

-No -dijo-. La física no conoce el modo el retroceder más allá de unos setenta anos. A partir de ahí la energía necesaria se aproxima al infinito y..

Harrison soltó un gruñido.

-Eso ya lo sabemos -dijo Berlioz con rudeza.

-Pero pueden quedarse a descansar -intervino otro de los hombres con voz amable-. Sera interesante escuchar su historia.

----Se la he contado a mucha gente en los últimos milenios-replicó agriamente Bernard---. Oigamos la de ustedes para variar.

Dos de ellos cambiaron palabras en voz baja que Harrison tradujo por: "Bárbaros... emociones infantiles... vamos a seguirles la corriente..."

-Somos una expedición arqueológica que está

64

excavando la pirámide -dijo con aire paciente uno de los hombres-. Pertenecemos al Instituto Galáctico, rama del sector de Sarlan. Yo soy Lord Arsfel de Astracyr y éstos son mis ayudantes. Los no humanos son del planeta Quulhan, cuyo sol no es visible desde la Tierra.

-¿Quién la construyó? -preguntó Harrison, señalando hacia la gran mole de la pirámide.

-Los ixthuli alzaron estas estructuras en los planetas que conquistaron. No se sabe de dónde venían ni lo que al fin fue de ellos. Esperamos encontrar respuesta en sus pirámides.

La atmósfera se hizo más amistosa. Todos escucharon con profundo interés los relatos de Harrison y Berlioz y a cambio les dieron una pequeña lección de **historia.**

Tras las ruinosas guerras de los ixthuli, la Galaxia había logrado un rápido progreso. Las nuevas técnicas de psicología matemática hicieron posible conjuntar a los pueblos de mil millones de mundos y regirlos con eficacia. El Imperio galáctico era igualitario. Próspero y pintoresco, con tal diversidad de razas y culturas, avanzaba en las Ciencias y las Artes. En cuanto a los bárbaros que habitaban más allá de las Nubes Magallánicas, Arsfel albergaba el convencimiento de que no serían un estorbo, pues no tardarían a ser civilizados.

Sol casi podía ser llamado territorio bárbaro, aunque quedase dentro de las fronteras imperiales. La civilización estaba concentrada en torno al centro de la Galaxia y Sol se encontraba en lo que era actualmente un rincón del espacio remoto y con escasa densidad estelar. La raza humana casi había olvidado su antiguo hogar.

La estampa resultaba triste para un americano.

65

Pensó en la Tierra girando solitaria por el espacio vacío, en el arrogante imperio y todos los poderosos dominios que habían mordido el polvo a través de los milenios. Al fin se atrevió a sugerir **que tampoco esta** civilización era inmortal. Inmediatamente se vio inundado de cifras, hechos y lógica, de todo el curioso simbolismo paramatemático de la moderna psicología de masas. Pudieron demostrarle rigurosamente que la presente situación era intrínsecamente estable y diez mil años de historia no habían podido conmover esa seguridad.

También les mostraron el enorme interior de su astronave, los lujosos apartamentos de la tripulación, la intrincada maquinaria que pensaba por sí misma. Arsfel trato de mostrarles su arte, sus psicolibros, pero fue imposible porque no podían comprenderlos

- ¡Salvajes! ¿Podía un aborigen australiano haber apreciado a Rembrant, Beethoven, Kant o Einstein?

-Será mejor marcharse -susurró Berlioz-. Esto no es para nosotros.

Harrison asintió. La civilización había ido demasiado lejos.

-Yo les aconsejaría avanzar por largos intervalos -dijo Arsfel-. La civilización galáctica no habrá llegado aquí hasta dentro de muchos miles de años y, desde luego, cualquier cultura nativa que se desarrolle en Sol será incapaz de ayudarles... De aquí en adelante no encontrarán mas que paz y cultura, a menos que los bárbaros de la Tierra se hagan hostiles; pero siempre podrán dejarlos atrás. Más pronto o más tarde aquí habrá una auténtica civilización que podrá ayudarles.

-Dígame -pregunto Harrison ¿Cree que la máquina del tiempo negativa llegará a inventarse?

Uno de los seres de Quulham sacudió su cabeza.

66

-Lo dudo -.dijo gravemente -. Hubiéramos tenido visitantes del futuro.

-¡Vamos! -rugió Berlioz.

En 26 000 los bosques continuaban y la pirámide se había convertido en una alta colina en la que los árboles se balanceaban al viento.

En 27 000 una pequeña aldea de casas de piedra y madera aparecía en medio de campos de espigas

En 28 000 había hombres derruyendo la pirámide para aprovechar la piedra. Su enorme masa no desapareció hasta el año 30 000. Berlioz pensó en Lord Arsfel, que ahora llevaba cinco mil años en su tumba.

En 31 000 se materializaron sobre uno de los anchos céspedes que se extendían entre las torres de una amplia y fastuosa ciudad. Los aparatos ronroneaban sobre sus cabezas y una nave espacial apareció junto a ellos.

-Supongo que ha llegado el imperio -comentó **Berlioz.**

-Esto parece pacífico. Saldremos y hablaremos con la gente.

Les recibieron mujeres altas Y majestuosas en blancas túnicas de líneas clásicas. Al parecer, Sol era ahora un matriarcado. Supieron que el imperio no había llegado nunca hasta allí. Sol pagaba tributo y las fronteras reales de la cultura galáctica no habían cambiado.

Nada se sabía de la teoría del tiempo. Siendo así, ¿no les importaría continuar? No encajaban en la minuciosamente reglada cultura terrestre.

-No me gusta esto -dijo Harrison al volver a su máquina.

-Yo creo -comentó Berlioz- que Arsfel, a pesar de todas sus fantásticas matemáticas, estaba equivocado. Nada dura siempre.

6 7

34 000. El matriarcado había desaparecido. La ciudad era un caótico montón de piedras ennegrecidas por el fuego. Había esqueletos entre las ruinas.

--Los bárbaros están otra vez en movimiento -dijo heladamente Harrison-. No hace mucho que estuvieron aquí, pues estos huesos son relativamente recientes. Un imperio como éste puede tardar en morir miles de años, pero está condenado,

-¿Qué vamos a hacer? --preguntó Berlioz.

-Continuar. No nos queda más recurso.

35 000. Había una choza aldeana entre árboles enormes y viejísimos. Aquí Y allá surgía de la tierra una columna rota, resto de la ciudad. Al aparecer la máquina un hombre barbudo, su mujer y un grupo de chiquillos huyeron aterrados.

36 000. Había otra vez un pueblo, con una vieja y gastada nave espacial. Media docena de razas diferentes, incluida la humana, se ajetreaban alrededor, trabajando en la construcción de alguna máquina enigmática. Llevaban ropas sencillas con armas al costado.

Su jefe era un joven con la capa y el yelmo de los oficiales del Imperio. Pero estos arreos tenían por lo menos un siglo. Resultaba extraño oírle repetir que permanecía fiel al emperador.

¡El Imperio! Todavía su gloria remota allá entre las estrellas, iba lentamente desvaneciéndose mientras los bárbaros penetraban en él.

-Nos espera un buen trabajo -dijo el jefe con indiferencia-. Tautho de Sirio caerá pronto sobre el Sol. Dudo que podamos resistir mucho tiempo. La muerte es todo nuestro porvenir.

Pasaron allí la noche y por la mañana volvieron a la máquina para proseguir el viaje.

Harrison contempló con ansiedad el tablero de control y comentó que tendrían que ir lejos.

68

50 000. Surgieron de su jornada Por el tiempo y abrieron la puerta. Un rudo viento cayó sobre ellos arrastrando finos copos de nieve. Había hielo en el río que murmuraba oscuramente junto a los bosques.

La geología no trabajaba tan de prisa. Catorce mil años no eran mucho tiempo para el lento mudar de los planetas. Aquello debia haber sido obra de seres inteligentes, devastando y azotando el mundo con insensatas guerras. Una gris masa pétrea dominaba el paisaje. Se elevaba enorme a unas cuantas millas y sus macizas torres almenadas se adentraban audazmente en el cielo. Estaba medio en ruinas, con sus piedras derribadas porenergías que fundieron la roca y borradas en incontables milenios de intemperie,

-Todo está muerto -dijo débilmente Harrison

-¡No! Mira, Bernard, creo que allí hay una bandera.

El viento soplaba y les penetraba como cuchillos.

-¿Vamos a ir? --preguntó Harrison.

-Sí. Lo peor que pueden hacer es matarnos y empiezo a creer que no es tan malo

A medida que se apoximaban a la enorme estructura, parecía agigantarse ante ellos. Tenía un bárbaro aspecto. Ninguna raza civilizada la hubiera construido así.

Dos pequeñas y raudas formas se lanzaron al aire desde aquella muralla con aspecto de acantilado.

-Aviones -dijo lacónicamente Berlioz.

Eran ovoidales, sin controles ni ventanillas a la **vista.** Uno de ellos cubrió a los viajeros mientras el otro descendía. Cuando aterrizó, Harrison vio que estaba cubierto de cicatrices. Pero había un medio **borrado sol flamígero** en su costado. Aún vivía el **recuerdo** del Imperio.

Dos seres salieron de la pequeña nave y se apro

69

ximaron a ellos empuñando sus armas. Uno era humano, un joven alto y bien formado. El otro...

Era un poco más bajo que el hombre, pero enormemente ancho de pecho y espaldas. Cuatro brazos musculosos nacían de los macizos hombros y una cola peluda fustigaba sus pies con garras. Su cabeza era grande, de amplio cráneo, con un rostro redondo y semianimal. Enormes bigotes sombreaban su boca de afilados colmillos. No llevaba encima más que unos arreos de cuero, pero un suave pelo gris azulado le cubría el cuerpo.

El psicófono restalló con el saludo del hombre:

-¿Quién vive?

-Amigos -dijo Harrison-. Sólo queremos noticias.

-¿De dónde sois? -había un tono duro y perentorio en la voz del hombre-. ¿Qué clase de nave es la suya?

-Tranquilízate, Vargor -ronroneó la voz profunda del otro ser-. Bien ves que no es una nave espacial.

-No -dijo Harrison-. Es un impulsor temporal.

-¡Viajeros del tiempo! --los ojos de un azul intenso de Vargor se abrieron con asombro-. Había oído hablar de ello, pero... ¿viajeros del tiempo? -Y de pronto-: ¿De dónde sois? ¿Podéis ayudarnos?

-Somos de una época muy lejana y estamos solos.

-¿A dónde vais? -preguntó Vargor.

-Al infierno, lo más probable, Nos estamos he!ando aquí fuera. ¿Podríamos entrar?

-Sí. Venid con nosotros. Pero no debéis ofenderos si enviamos una escuadra a inspecionar vuestra máquina. Tenemos que ser precavidos.

70

---¡Bienvenidos a la fortaleza de Brontothor! ¡Bienvenidos al Imperio galáctico!

-¿El Imperio?

-Esto es todo lo que queda de él. Una fortaleza fantasmal en un mundo helado, último fragmento del viejo Imperio.

Entraron en el estropeado aparato, se elevaron y poco después descendían al otro lado de la vieja muralla en un gigantesco patio con banderas, junto a la monstruosa mole del torreón. Se alzaba en varias plantas, con patéticos jardincillos sobre las terrazas, hasta una transparente cúpula de plástico. En las gruesas paredes había armas montadas apuntando hacia el exterior. Hombres con cascos y fusiles de energía estaban apostados como centinelas. Hombres, mujeres y niños deambulaban bajo las monstruosas murallas

-Allí está Taury -dijo el ser de otro mundo señalando a un pequeño grupo reunido en una de las terrazas. Su amplia boca se abrió en alarmante sonrisa---. Perdonadme por no haberme presentado antes. Soy Honda de Haamigur, general de los ejércitos imperiales y mi compañero es Vargor Alfrid, príncipe del Imperio. Taury es descendiente directo de Maurco el "Legislador", último emperador debidamente ungido.

Al acercarse al grupo formado por media docena de. ancianos, éstos se pusieron de pie. Sus largas barbas se movían azotadas por la ventisca. Uno de los personajes tenía la cara de un ave de largo pico.

-La corte de la emperatriz Taury -díjo Hunda.

Harrison y Berlioz contemplaron embobados a la emperatriz, tan alta corno un hombre, Sin embargo, bajo su túnica de eslabones de plata y su capa adornada con pieles era aquella la mujer con la que alguna vez habían soñado sin encontrarla nunca. Su orgullosa

71

cabeza tenía algo que recordaba a Vargor, pero toda su nobleza era femenina. Sus ojos grandes, oblicuos y grises como los mares nórdicos, les contemplaban.

Harrison recobró el habla

-Majestad, soy Bernard Harrison, de América, hace cuarenta y ocho mil años y mi compañero es Berlioz de Sarai, soldado de fortuna de Syrtis, unos mil años después. Estamos a vuestro servicio.

---Es un raro placer Entremos, por favor, y olvidad la etiqueta. Esta noche limitémonos a vivir.

Fueron a tornar asiento en una sala acogedora cubierta de tapices, con pieles en el suelo y un alegre fuego en la chimenea.

--¿Así que no podéis regresar a vuestro mundo? -dijo la voz grave de Taury-. Lo malo es que no puedo aconsejaros que os quedéis, pues los tiempos no son buenos.

-Nos quedaremos unos días -decidió Harrison.

-No conseguiréis nada -zanjó Hunda- El principio del impulsor temporal se perdió hace mucho tiempo; pero aun queda mucha técnica superior a la de vuestra época.

-Lo sé -dijo Harrison-, aunque la verdad... en ninguna otra época nos hemos encontrado tan a gusto.

-Las venideras serán peores. Cuando lleguen los anvardi creo que todos moriremos. "El Soñador", el último de los consejeros del Imperio, me dijo en cierta Ocasión que quizá fuera mejor así.

-¿Cómo llegaron aquí a la Tierra los de Vro-Hi, precisamente entre tantos planetas? -quiso saber Bernard Harrison

-Os bastará saber que lo más que el emperador llegó a mandar fue una pequeña flota. Mi padre pudo

72

salvarse de la destrucción a que fue sometido huyendo con tres naves hacia la periferia. Pensó que valía la **pena buscar** refugio en Sol.

El Sistema Solar había sido cruelmente devastado en las edades oscuras. Las grandes obras de ingeniería que hicieron habitables los demás planetas fueron destruidas y la propia Tierra resultó asolada. Se había utilizado un arma que consumía el bióxido de carbono de la atmósfera. Harrison, recordando la explicación que de las épocas glaciares daban los geólogos de su tiempo, asintió comprendiendo. Sólo unos cuantos salvajes famélicos vivían ahora en el planeta. Y todo el sector de Sirio ofrecía tal desolación que ningún conquistador creía que valiese la pena ocuparse de él.

Al emperador le había gustado hacer del antiguo solar de su raza la capital de la Galaxia y se había trasladado a la arruinada fortaleza de Brontothor un milenio después.

Al día siguiente, Taury condujo a los viajeros por las zonas subterráneas a visitar a "El Soñador" y Vargor les acompañaba.

Atravesaron inmensas cavernas con bóvedas abiertas en la roca, túneles de silencio donde sus pisadas despertaban ecos fantasmales. De vez en cuando pasaban junto a una mole monstruosa; el herrumbroso armazón de alguna vieja máquina,

-En otro tiempo hubo aquí pavimentos rodantes -dijo Taury al iniciar su recorrido- Pero no hemos intentado instalar otros nuevos. Hay demasiadas cosas que hacer... reconstruir una civilización con restos dispersos.

Taury marchaba delante, con su melena leonina como una llama entre los sombras oscilantes. Vargor le seguía los pasos y Berlioz caminaba como un felino. Harrison pensó en el extraño grupo que for

73

maban, cuatro seres humanos del alba y el crepúsculo de la civilización, pareciéndole que jamás había sido otra cosa que un cortesano de la emperatriz galáctica.

Cuando Taury abrió una puerta y apareció "El Soñado-", Harrison, que iba preparado a todo, sufrió un rudo choque, Se había imaginado un grave personaje de barba blanca o un arácnido de enorme cabeza o un cerebro desnudo latiendo en una caja de alimentación Pero el último de los Vro-Hi era un monstruo, aunque tenía incluso una belleza misteriosa. Su gran cuerpo brillaba, iridiscente, y sus múltiples manos de siete dedos eran flexibles y graciosas; sus ojos, enormes estanques de oro líquido.

Al ver a los recién llegados se incorporó sobre sus renqueantes piernas. Apenas levantaba seis palmos del suelo, aunque la parte que era a la vez cabeza y cuerpo fuese grande y maciza. Su encorvado pico no se abrió y el psicófono permaneció silencioso. Cuando las largas antenas apuntaron hacia Harrison, éste oyó:

-Salud, majestad, Salud, alteza. Salud, hombres que llegáis del tiempo.

Telepatia... telepatía directa

-Gracias, señor. Pero, ¿cómo sabéis... ? -preguntó el extrañado Bernard.

-No he leído los pensamientos de tu mente, viajero Los Vro-Hi siempre respetamos la intimidad. Pero mi inducción es obvia.

--¿Es que pensaste durante tu último trance? -le preguntó Vargor-. ¿Llegaste a algún plan?

-No, alteza -vibró "El Soñador"-, mientras los factores permanezcan constantes no podemos hacer mas de lo que ya hacemos. Estuve trabajando en la base filosófica que ha de tener el segundo imperio.

_¿Qué segundo imperio? -ironizó Vargor.

que ha de llegar... algún día.

Los sabios ojos de "El Soñador" se posaron en Harrison y Berlioz

---Con vuestro permiso -pensó- me gustaría explorar vuestros depósitos de memoria. Sabemos tan poco de vuestra época... Os aseguro que un ser humano que ha vivido medio millón de años es capaz de guardar todos los secretos y se abstiene de emitir juicios morales. La exploración, de todos modos, será necesaria si he de enseñaros nuestro lenguaje.

-Adelante -dijo Harrison con repugnancia.

Por un momento sintió vértigo y un escalofrío, Taury le rodeó con su brazo y en seguida todo pasó.

-¿Y eso es todo?

-Sí. Un cerebro de Vro-Hi puede registrar un número infinito de unidades simultáneamente. ¿Te has dado cuenta en qué lengua acabas de hablar?

-¡Eh ... yo! -Harrison dejó escapar-: ¡Por los dioses! ¡Sé hablar estelar!.

-Sí -pensó ---"El Soñador"-, los centros del lenguaje son particularmente receptivos y es facil imprimir en ellos. Este método de enseñanza es sencillo y eficaz para aprender idiomas.

-Entonces empiece conmigo -dijo jocosamente Berlioz.

-Os diré que cuanto vi en vuestras mentes, era bueno y honrado. Si os quedaseis seríais útiles aquí. Aunque no debéis ignorar que los tiempos son malos.

La estridente risa de Vargor rompió el silencio.

-Somos unos proscritos y no tenemos futuro, puesto que los anvardi llegan. Cierto que les presentaremos batalla. ¡Va a ser una lucha como no recuerda esta vieja Galaxia!

De labios de Vargor surgió un apagado grito de dolor mientras contemplaba la imagen que saltaba

75

y oscilaba en la gran pantalla de comunicación interestelar. Un hombre había aparecido en ella para decir:

-Sí, majestad, somos cincuenta y cuatro naves atestadas y la flota anvardiana viene persiguiéndonos.

-¿A qué distancia? -preguntó Hunda.

-Medio año-luz, aproximadamente señor. Estaremos cerca de Sol antes de que puedan alcanzarnos.

-¿Están capacitados para hacerles frente? -volvió a preguntar Hunda.

-No, señor -dijo el hombre-, Venirnos cargados de refugiados, mujeres, niños y campesinos desarmados. Si no nos ayudáis, señor, nos venderán como esclavos. No queremos vivir bajo los anvardi.

-¿Cuánto tardaran en llegar aquí?

A esta marcha, señor, acaso una semana ---respondio el capitán de la nave.

-Bueno, continuad hacia aquí -dijo Taury con voz cansada. Enviaremos naves contra ellos. Durante la lucha podréis alejaros. No vayáis a Sol, porque habrá que evacuarlo. Nuestros hombres tratarán de establecer contacto con vosotros mas tarde.

-No merecemos tanto majestad. Salvad nuestras naves.

-¡Allá vamos! -dijo Taury con decisión, Y cerró el circuito. Luego se volvió hacia los demás. la roja cabeza tan erguida como siempre.

Impartió órdenes. La mayoría de su pueblo podía marcharse a Arlath, un desierto en el que no serían encontrados por el enemigo. Hunda y ella planearían el ataque. Tendrían que hacerlo lo más eficaz posible utilizando el menor número de naves.

-¡Si tuviésemos armas decentes! -rugió Hunda.

"El Soñador" se irguió y, antes de que pudiese Vibrar, el mismo pensamiento había saltado al cerebro

76

de Harrison. El y el hombre de Vro-Hi se miraban con loca esperanza...

El espacio titilaba con un millón de estrellas. La Vía Láctea espumeaba en torno al cielo en un rastro de fría plata y todo era sobrecogedor para un humano. Harrison sintió la soledad como no la había sontido en el viaje a Venus, porque Sol iba quedando a su espalda y se precipitaban al vacío interestelar.

Acababan de instalar la nueva arma en el acorazado, pero no habían tenido tiempo de probarla. Habían tenido que poner toda la flota en juego y la total potencia de combate de Sol. Si vencían los viejos imperiales tendrían una oportunidad pero si fracasaban...

Harrison estaba en el puente tratando de descubrir a la flota anvardiana y Hunda se mantenía en la central de control, haciendo girar los herrumbrosos volantes de señales. "El Soñador" permanecía quieto en un rincón, contemplando extasiado la Galaxia. Los demás miembros de la corte estaban cada uno al mando de un escuadrón y Harrison los había visto por la visiopantalla que enlazaba la flota.

-Faltan pocos minutos, Bernard -dijo Taury.

Se apartó del cristal flexible e inquieta como una tigresa. La fría y blanca luz de las estrellas relucía en sus ojos y en el casco con el sol flamígero que se asentaba en el bronce de su cabello. Harrison admiró su hermosura.

-A ti te toca, Bernard -dijo sonriéndole-; viniste del pasado para traernos la esperanza. Es bastante para creer en el destino, aunque esto no te hará volver con los tuyos.

Le había tomado una mano y Harrison murmuró que no importaba.

Una voz estalló en el transmisor del puente. Tau

77

ry abrió la pantalla y surgió un rostro fuerte, orgulloso y cruel, el sol brillando en su pelo verde.

-Saludos, Taury de Sol -dijo el anvardiano-. Soy Ruulthan, emperador de la Galaxia,

-Sé bien quién eres ---dijo Taury sin alterarse-, pero no reconozco ese supuesto título.

-Nuestros detectores informan de tu aproximación con una flota que es la décima parte de la nuestra. Tenéis una nave Supernova, pero también nosotros. A menos que os avengáis a negociar seréis aniquilados.

-¿Cuáles son vuestras condiciones?

-Rendición, ejecución de los criminales que dirigieron los ataques a los planetas anvardianos y tu vasallaje ante mí como emperador galáctico.

Taury, asqueada, se volvió y Harrison dijo a Ruulthan en lenguaje explícito lo que debía hacer con sus condiciones y apagó la pantalla.

---Toma los mandos, Bernard -dijo Taury mirándolo intensamente y señalando al mismo tiempo hacia el artefacto de propulsión temporal. Si caemos en esto... adiós, Bernard.

-Adiós -respondió él con voz sombría.

Se instaló ante sus controles. Levantó un brazo y Hunda cortó la hiperpropulsión. A poca velocidad intrínseca el "Venganza" quedó cerniéndose en el espacio mientras las invisibles naves de su flota se alejaban hacia los arivardi. Lentamente hizo descender la palanca de impulsión temporal. La nave rugió cuando la energía atómica invadió los poderosos circuitos construidos para arrastrar su enorme masa a través del tiempo. Se conmovió la gigantesca máquina y una grisura sin contornos surgió al otro lado de las compuertas.

Hizo a la nave retroceder tres días. Se encontra

78

ba en el espacio vacío, todavía con los anvardi a distancia fantástica. Sus ojos se fijaron en la chispa amarilla del Sol, concentrando todas sus energías en instalar el impulsor temporal que acababa de hacerles retroceder... Esto no tenía sentido. La simultaneidad era arbitraria. Y ahora había una tarea que cumplir.

Le llegó la voz del jefe de astrogantes con un torrente de cifras. Tenían que hallar la posición exacta en la que el navío almirante de los anvardianos se hallaría dentro de setenta y dos horas. Hunda envió las señales a los "robots" del cuarto de máquina y, pesadamente, el "Venganza" comenzó a deslizarse a través de cinco millones de millas de espacio.

Harrison pensó en aquellos tres días adelante en el tiempo que les permitirían aparecer al costado del acorazado anvardiano.

Frenéticarnente Hunda volvió a poner en marcha la hiperpropulsión, alcanzando velocidades superiores a las de la luz. Ahora veían la nave, erguida como una montaña de metal contra las estrellas. ¡Y todas las armas del "Venganza" dispararon a la vez!

El cañón "Vorágine", los barrenadores, las granadas y torpedos atómicos, los desplazadores de gravedad... todo el infierno acumulado en los torturados siglos de historia vomitó contra las pantallas del navío insignia anvardiano.

Bajo la monstruosa descarga, que llenó el espacio de desvastadora energía hasta parecer que su misma estructura iba a entrar en ebullición, las pantallas se derrumbaron. A través de la materia sólida del casco horadaron, cortaton, desintegraron. El acero se convertía en vapor, en pura energía devoradora que se revolvía contra los demás materiales sólidos. Penetrando más y más en el casco, aquella furia era una llama asoladora que no dejaba tras de sí ni cenizas.

79

Ahora el resto de la flota imperial cargaba contra los anvardi. Atacada desde el exterior y con un monstruo devorador en su propia entraña, la flota anvardiana se dislocó y sus unidades lucharon a la desesperada.

Los anvardi seguían teniendo el número a su favor. Morían, pero también mataban y el puente del "Venganza" se estremecía y rugía con el fragor de la batalla. Los partes retumbaban en el altavoz: Pantalla 3 eliminada... Compartimento 5 no responde... Torre "Vorágine" 537 fuera de combate...

Harrison se encontró manejando un cañón, disparando contra navíos invisibles, buscando el blanco...

-¡Huyen!

El grito de júbilo atravesó lo que quedaba de la enorme y vieja nave. ¡Victoria! ¡Victoria! Era un grito repetido que no habla sonado allí desde hacia cinco mil años.

Harrison podía ver las dispersas unidades de los anvardi lanzadas hacia la Galaxia en desesperada búsqueda de refugio, perseguidas y acosadas por la flota imperial.

"El Soñador" se puso en pie y ya no fue un pequeño monstruo de piernas torpes, sino un dios viviente cuyo terrible pensamiento cruzó el espacio, más rápido que la luz, para plantarse rugiente en los cráneos de los bárbaros: "Soldados de los anvardi: vuestro falso emperador ha muerto y Taury "la Roja", emperatriz de la Galaxia, se alza con la victoria. Os ofrecemos amnistía y salvoconducto. Llevad esta nueva a vuestros planetas: ¡Taury "la Roja" convoca a todos los jefes de la confederación anvardiana a jurarle fidelidad y a ayudarle a restaurar el imperio galáctico!"

80

A TRAVES DE LOS TIEMPOS

Estaban en el balcón de Brotothor y volvían a contemplar la vieja Tierra por primera vez en casi un año. A Harrison le resultaba extraño observar su tierra natal tras aquellos meses en los múltiples y dispersos mundos de una Galaxia más enorme de lo que era capaz de imaginar. Había como un pequeño nudo en su corazón porque estaba diciendo adiós al mundo de Leticia,

Leticia ya no existía. Era parte de un pasado muerto hacía cuarenta y ocho mil años. Ahora Taury tendría que trasladar la capital imperial del aislado Sol a la céntrica Estrella Polar y no pensaba tener nueva oportunidad de visitar la Tierra. Por eso había cruzado un millar de estrellados años-luz hasta el pequeño y solitario Sol, que había sido su morada. Llevaba consigo naves, máquinas y tropas. Los ingenieros climatólogos volverían a desviar el glacial invierno de la Tierra hacia sus polos y comenzarían la recolonización de los demás planetas. Habría escuelas, fábricas, civilización... Sol tendría motivos para recordar a su emperatriz.

Y con Harrison, en el viejo castillo arruinado, **estaba Taury, contemplando la** noche terrestre. Era tarde y todos debían dormir. La quietud era inmensa y los ruidos parecían haberse congelado en la helada calma.

La luna se posó, blanca, en la cara de ella, sembrando de fantasías sus ojos y su pelo. Parecía una diosa de la noche.

-¿En qué pensabas, Bernard? -le preguntó al cabo de un rato.

-Más creo que soñaba. Me resulta extraño pensar que he dejado mi tiempo y ahora incluso voy a dejar mi mundo.

-Lo sé -asintió ella con gravedad-. Yo siento

81

lo mismo. No tendré en adelante tiempo ni para reír. Cuando se trabaja para un millón de estrellas no hay ocasión de ver iluminarse la cara de un hombre con el agradecimiento a nuestras obras. Regiremos un munde de extraños...

Siguió otro momento de silencio bajo las distantes esttellas.

-Bernard... estoy tan sola...

La tomó en sus brazos. Sintió sus labios fríos, con el mismo relente cruel y silencioso de la noche, pero ella le correspondió con fiero anhelo.

---Creo que te amo Bernard -dijo al cabo de un rato- y nunca más volveremos a estar solos...

La luna ganaba ya el negro horizonte cuando la acompañó a sus habitaciones, La despidió con un beso y echó a andar por el sombrío corredor hacia su cuarto. La cabeza le daba vueltas; estaba ebrio con tanta dulzura y maravilla. Sentía deseos de cantar, reír y abrazar a todo el mundo estrellado. ¡Taury! Taury! ¡Taury!

Descubrió una silueta envuelta en una capa oscura. Una luz indecisa se reflejaba en su cara atormentada. Era Vargor.

---¿Qué ocurre?

La mano del príncipe se alzó y Harrison vio la oscura boca de una pistola aturdidora apuntándole.

-Lo siento, Bernard -dijo Vargor, sonriendo amargamente.

Harrison quedó paralizado e incrédulo. Vargor... el que había luchado junto a él. Se habían salvado mutuamente la vida, reído y trabajado juntos... ¡Vargor!

Relampagueó el arma. Algo crujió en su cráneo y se sintió hundir en las tinieblas.

Su despertar fue lento y el dolor iba invadiendo

82

Sus nervios a medida que recuperaba la sensibilidad. Cuando su visión se aclaró, vio que estaba atado y amordazado en el suelo de su impulsor.

La máquina del tiempo... la había olvidado, abandonada en un cobertizo mientras recorría los astros.

Vargor estaba plantado en la puerta abierta. El pelo le caía en desorden y sus hermosos rasgos aparecían cansados.

-Perdóname, Bernard, te quiero y tus servicios al imperio no podrán olvidarse. Pero he tenido que emplear esta sucia y baja trampa. He de hacerlo aunque el recuerdo de esta noche me persiga toda la vida.

Harrison intentó sacudirse la mordaza.

-No puedo consentir que grites, Bernard. Amo a Taury; la amo tanto que no puedo estar lejos de ella y por ella sería capaz de hundir el Cosmos. Creí que, poco a poco, empezaba a quererme, pero esta noche os vi en el balcón y supe que estaba derrotado. No ambiciono el poder, puedes creerme. El oficio de rey consorte será duro y poco atractivo, pero si es el medio de tenerla, a él me atendré. Tú no eres de los nuestros y no compartes nuestras tradiciones. Taury ahora puede sentir algo por ti, pero pienso como dentro de veinte años. Sé que corro un riesgo. Si encuentras el medio de invertir la dirección de tu marcha por el tiempo y vuelves aquí, eso supondrá mi desgracia y mi exilio. Sería más seguro matarte, pero no soy tan malvado. Adiós, Bernard y buena suerte.

Accionó la palanca y salió del impulsor cuando éste empezaba a calentarse. La puerta se cerró a su espalda con ruido seco.

Harrison se debatía en el suelo, maldiciendo con su cerebro que era un negro pozo de amargura. Se alzó el gran zumbido del impulsor. Estaba en camino...

83

-¡No... detén la máquina, Dios mío.

Las cuerdas de plástico le cortaban las muñecas y se encontraba incapaz de alcanzar la palanca. Sus dedos ansiosos recorrieron la superficie de un nudo, buscando con las uñas un asidero, La máquina rugía a toda potencia volando por la infinidad del tiempo.

Le costó mucho soltarse y cuando al fin se puso en pie y se quitó la mordaza pudo mirar hacia la gris opacidad del exterior. La aguja de los siglos pugnaba contra el tope final. Calculó vagamente que había avanzado ya unos diez mil años.

Con un furioso manotazo hizo bajar la palanca. Fuera estaba oscuro y permaneció estúpidamente absorto durante unos momentos, hasta que advirtió el agua que se filtraba en la cabina por las junturas de la puerta. ¡Estaba bajo el agua! Frenétícamente volvió a empujar la palanca,

Probó el agua caída en el suelo. Era salada. En algún momento de esos diez mil años, por razones naturales o artificiales, el mar había llegado a cubrir el solar de Brontothor. Mil años después seguía bajo su superficie. ¡Taury había muerto y también Berlioz, Hunda, e incluso "El Soñador"! Él mar rugía sobre la muerta Brontothor y él estaba solo. Apoyó la cabeza en los brazos y rompió a llorar.

Durante tres millones de años el océano continuaba cubriendo el solar de Brontothor. Y Harrison seguía adelante.

A intervalos se detenía para ver si las aguas se habían retirado. Pero no. Y empezó a computar fechas. Varias veces pensó en detener la máquina y morir ya que Taury había muerto. Y lo hizo a los cuatro millones de años. Entonces descubrió que a su alrededor había aire seco.

Estaba en una ciudad, pero en una **ciudad distinta**

84

a cuantas había visto e imaginado. No podía seguir la extraña geometría de las estructuras titánicas que surgían en torno. Enormes y devastadoras energías relampagueaban y rugían a su alrededor, como el rayo descendido a la Tierra, y a su paso el aire silbaba y quemaba.

El pensamiento fue un grito que llenó su cráneo y buscó a tientas su significado.

" ¡Criatura que llegas de] tiempo, deja al momento este lugar o las fuerzas que manejamos te destruirán."

Aquella visión mental le atravesaba una y otra vez, hasta las mismas moléculas de su cerebro, y su vida estaba abierta ante ellos como una blanca llama incandescente.

¿Podéis ayudarme?, gritó a los dioses, ¿Podéis hacerme retroceder en el tiempo?

"Hombre, nadie puede volver atrás, es intrínsecamente imposible, has de seguir hasta el fin del universo, y más allá, porque allí está... "

Aulló de dolor cuando aquel pensamiento, aquel concepto insoportablemente grande lleno su cerebro humano.

"¡Sigue, hombre sigue! Pero no puedes sobrevivir en esa máquina. Yo la transformaré... ¡Sigue! "

El impulsor volvíó a ponerse en marcha por sí solo.

Torva, desesperadamente, Harrison se precipitó en el futuro. La máquina había sido alterada. Ahora era estanca y, pudo comprobar que la ventanilla le resultaba totalmente irrompible. Algo había sido cambiado en el impulsor que lo lanzaba a increíble velocidad. Y millones de años pasaban mientras uno o dos minutos transcurrían dentro del rugiente caparazón.

Pero, ¿que eran aquellos dioses? Nunca lo sabría, Seres de más allá de la Galaxia, exteriores al Universo

85

mismo... el último producto de la evolución humana. Una cosa estaba bien clara: la raza humana había dejado de existir. En su huida hacia el futuro, se detenía de vez en cuando para lanzar una ojeada al mundo y su tremenda historia. A los cien millones de años contempló grandes copos de nieve arremolinados por el viento. Los dioses habían desaparecido. ¿Es que también morían los dioses?

Nunca lo sabría.

Un ser se acercaba entre la tormenta. El viento precipitaba la nieve a su alrededor en silbantes torbellinos. Su piel gris parecía escarchada. Se movía con gracia flexible e inhumana, apoyándose en un bastón a cuyo extremo brillaba una luz como un diminuto sol.

Harrison le llamó por el psicófono:

-¿Quién eres? ¿Qué haces en la Tierra?

Aquel ser llevaba un hacha de piedra en la mano y una sarta de toscas cuentas alrededor del cuello. Pero miró con resueltos ojos dorados a la máquina y el psicófono trajo su voz ruda:

-Tú debes ser del pasado más lejano, de uno de los primeros ciclos.

-Me dijeron que siguiese hace casi cien millones de años.

-Si "Ellos" te dijeron eso... ¡entonces sigue!

Y aquel ser continuo su camino en la tormenta.

Harrison se lanzó adelante. A mil millones de años en el futuro había una ciudad sobre una llanura donde crecía hierba azul. Pero no había sido construida por los humanos y una voz le conminó a alejarse.

El Sol se hacía mas caliente y más blanco a medida que el cielo heliohidrógeno aumentaba en intensidad. La Tierra giraba acercándosele lentamente. ¿Cuantas razas inteligentes habían surgido en la Tie

86

rra, vivido y muerto desde la época en que el hombre salió por primera vez de la selva?

A los cien mil millones de años, el Sol había gastado sus últimas reservas nucleares. Harrison contempló un desnudo paisaje montañoso, árido como la Luna... pero la Luna había caído hacia mucho tiempo hacia su mundo y explotado en lluvia meteórica. La Tierra estaba ahora frente a frente con su estrella; su día era tan largo como su año. Harrison veía parte del enorme disco rojo sangre del Sol brillando desmayadamente.

Algunos miles de años después no había ya otra cosa que la oscuridad más elemental. La entropía había alcanzado su máximo, las fuentes de energía estaban agotadas, el Universo había muerto.

Gritó ante aquel terror de cementerio y lanzó la máquina hacia delante. Sin el mandato de los dioses podría haberlo dejado allí, abrir la puerta al vacío y el cero absoluto y morir de una vez. Pero tenía que seguir. Había alcanzado el fin de todas las cosas, y debía continuar. "Más allá del fin de los tiempos". Transcurrieron miles y miles de millones de años. Harrison yacía en su máquina hundido en un coma apático. Una vez consiguió animarse a comer un sandwich.

Cuando volvió a detenerse miró al exterior y distinguió un débil resplandor lejano, el más vago indicio de luz, allá en los cielos.

Temblando, saltó otros mil millones de años. La luz era ahora más fuerte, un gran resplandor giraba incipiente en el cielo.

"El Universo se transformaba."

El espacio debía haberse expandido hasta alguna especie de límite, y ahora estaba recogiéndose sobre sí mismo, para comenzar de nuevo el ciclo, el ciclo

87

repetido nadie sabía cuántas veces en el pasado. El Universo era mortal pero también un fénix que nunca moriría realmente, Y de pronto se vio libre de su deseo de morir. Al borde del fin deseaba contemplar la próxima época, pero, ¿como saber si iba a formarse un mundo bajo sus pies?

Con súbita decisión accionó la palanca hacia delante. Y pudo contemplar algunas edades geológicas. pero no salió de su máquina, aunque se detuvo de vez en cuando. La atmósfera sería irrespirable hasta que las plantas hubiesen liberado bastante oxígeno.

¡Siempre adelante! A veces estaba bajo el océano, otras sobre la Tierra. Vio extrañas selvas, con helechos y líquenes gigantes, surgir y perecer en el frío de una época glacial y surgir otra vez con renovadas formas de vida.

Un pensamiento le rondaba, bullendo en su subconsciente mientras avanzaba. No se hizo presente durante varios millones de años, y de pronto... " ¡La Luna! ¡Oh, Dios mío, la Luna!".

Sus manos temblaban demasiado violentamente para poder manejar la máquina. Finalmente, con un esfuerzo, se dominó lo suficiente para empujar la palanca. Salto hacia adelante en busca de una noche de Luna llena.

Allí estaba. El mismo viejo rostro... ¡la Luna!

La impresión fue demasiado grande.. Aturdido, reanudó su viaje, y el mundo empezó a tener un aspecto familiar. Había pequeñas colinas boscosas y un río brillaba a lo lejos...

No acabó de creerlo hasta que vio el pueblo. Era el mismo... Hudson, Nueva York.

Estuvo un gran rato sentado, dejando que su cerebro de físico considerase el tremendo hecho. En términos newtonianos, significaba que cada partícula

88

recién formada en el génesis tenía exactamente la misma posición y velocidad que cada partícula correspondiente del ciclo interior, En el mas aceptable lenguaje einsteiniano, el continuo era esférico en todas dimensiones. En cualquier caso... si se viajaba lo suficiente a través del espacio o del tiempo, se volvía al punto de partida.

"¡Podría volver a casa!"

Descendió corriendo la colina bañada de sol, sin cuidarse de su extraño atavío, y siguió corriendo hasta que el aliento le faltó en los pulmones y el corazón parecía a punto de saltarle del pecho. Jadeando, entro en el pueblo, penetró en un banco y miro el maltratado calendario y el reloj de pared.

17 de julio de 1936, a la una y media de la tarde. A partir de estos datos podría calcular al minuto su hora de llegada en 1983.

Regresó lentamente, las piernas temblorosas, y puso de nuevo en marcha la máquina. Fuera se hizo la gris opacidad por última vez.

1983. Bernard Harrison descendió de la máquina. Su movimiento en el espacio, en Prontothor, le había sacado de la casa Jim Carey, y ahora estaba a media ladera de la colina en cuya cima se hallaba el viejo edificio.

Sobrevino un ramalazo de silenciosa energía. Harrison se volvió de un salto, alarmado, y vio cómo la máquina se disolvía en metal fundido... en gas... en una nada que brillo brevemente y desapareció.

Los dioses debieron poner en ella algún dispositivo aniquilador. No querían ver sus ingenios del futuro sueltos por el siglo xx,

Harrison pensó que no había peligro de ello y subió lentamente la colina pisando la hierba húmeda. Había visto demasiada guerra y horror para dar a los

89

hombres unos conocimientos para los que no estaban preparados. Tanto él como Leticia y Jim Carey tendrían que silenciar la historia de su regreso alrededor del tiempo, porque aquello ofrecería un medio de viajar al pasado, y eliminaría la barrera que impedia al hombre el uso del impulsor para el crimen y la opresión. El segundo imperio y la filosofía de "El Soñador" estahan todavía muy lejanos en el tiempo.

Avanzaba. La colina parecía extrañamente irreal después de cuanto había visto, de todo el enorme mañana del Cosmos. Nunca volvería a encajar del todo en la pequeña ronda de días que le quedaban por vivir.

Taury... Su amado rostro flotaba ante él y creyó oír su voz susurrar en el frío y húmedo viento que le acariciaba el pelo como lo hicieran sus manos fuertes y suaves.

-Aclíós... -murniuró hacia la cercana inmensidad del tiempo. Adiós, amada mía.

Lentamente subió los escalones y se halló junto a la puerta. Habría que llorar a John. Y después escribir un informe, cuidadosamente censurado, y vivir una vida de atrayente trabajo junto a una muchacha dulce, amable y bella, aunque no fuese Taury. Parecía más que suficiente para cualquier mortal.
Penetró en el living y sonrió a Leticia y Jim Carey.

-Hola -dijo-. Creo que llego algo temprano.

90

Un **funcionario** íntegro

Lo que tenían ante ellos era un enorme ataúd de madera que parecía pesar una tonelada. Dos individuos musculosos se limitaron a introducirlo a través de la puerta de la Comisaría y tras dejarlo en el suelo, dieron media vuelta y se dispusieron a salir.

-¡Qué diablos es eso? --gritó el sargento.

-¿Y yo qué se? -replicó uno de ellos-. Lo único que puedo decirle es que ha llegado esta mañana en el cohete de la Tierra

Y sin más se fue hasta su camión. Salto a la cabina, puso el motor en marcha y arrancó en cuanto su compañero se le hubo unido.

Estaba el sargento Baird contemplando la gran caja cuando Segal, el Jefe, acudió atraído por el barullo.

-¡Hmm...! ¿Será una bomba? -preguntó con acento preocupado el sargento Baird. Luego añadió-: ¿Por qué iba a molestarse alguien en enviarla? Y además en un cacharro de este tamaño. Y nada menos que desde la Tierra.

91

UN FUNCIONARIO INTEGRO

El Jefe afirmó y dio media vuelta para contemplar mejor el ataúd Por todas partes. Las señas del remitente no aparecían por ningún lado. Los dos hombres. de común acuerdo decidieron llegada la hora de abrirlo.

Tras ímprobos esfuerzos lo consiguieron. Y así entablaron conocimiento con Bud. ¡Ay, se hubieran evitado bastantes quebrantos si el conocimiento terminara allí! De haber sabido lo que supusieron después... Bud hubiera sido reexpedido a la Tierra.

Los hombres se limitaron a quedarse mirando el contenido del ataúd con gesto alelado. Y Bud, completamente inmóvil, les devolvía la mirada.

-¡Un robot! -dijo el jefe.

-Es usted muy observador. Se nota que ha pasado por la academia de policía.

-Bueno, bueno, vamos a ver para qué nos lo han enviado.

El inspector Baird no había pasado por la academia, pero eso no fue obstáculo para que encontrara la carta que acompañaba a Bud. El jefe la leyó sin gran entusiasmo.

-¡Vaya, vaya! Los de la "United Robotics & Company" se han vuelto locos. Dicen que los robots convenientemente utilizados pueden resultar muy valiosos en los trabajos policiales. Quieren que colaboremos en una especie de test; parece que este robot es el último modelo y está valorado en ciento veinte mil créditos.

Jefe y subordinado dirigieron una nueva mirada al robot. El primero, fruncido el ceño, se preguntaba cómo iban a sacarlo del ataúd.

El modelo era realmente impresionante. Vestía uniforme azul marino y los casquillos, circuitos, etc., eran de metal dorado.

92

UN FUNCIONARIO INTEGRO

-¡Qué efecto! ¡Parece un policía de opereta! --comentó Jonathan Baird.

-Realmente, su parecido con un policía de uniforme es extraordinario -concedió el jefe-. Solo le faltan la insignia y el revólver.

Jonathan entonces se dio cuenta del débil brillo de los ojos de cristal del robot. Nunca se le hubiera ocurrido que aquello pudiera funcionar por si mismo. Pero nada se perdía con probar.

-Sal de ahí -le dijo.

El robot se irguió con la rapidez de un cohete, plantándose con un taconazo ante el Jefe y llevándose la mano a la sien.

-Robot Policía Experimental, número XVU-128329-C, a sus órdenes, señor.

Su voz vibraba del modo más exquisito y servicial y casi podía adivinarse el zumbido de aquellos tensos músculos de cable. Podía tener caderas de acero inoxidable y un montón de alambres por cerebro, pero producto el mismo efecto que un agente de verdad. El hecho de que tuviera la estatura de un hombre, dos brazos y dos piernas y llevara el uniforme, ayudaba mucho al efecto.

Para parecer un agente novato no le faltaba mas que entrecerrar un poco los ojos. Jonathan Baird sacudió la cabeza para alejar sus fantasías. Lo que tenía delante, dispuesto a entrar en servicio, no eran más que seis pies de máquina que unos sabios habían construido con técnica y... buen humor.

-Descansa, Bud -dijo el jefe.

Bud seguía saludando.

-Puedes relajarte- añadió el sargento- Si continúas tan tenso te herniarás. Por cierto, no tienes que cuadrarte tanto delante de mí. El jefe es éste...

Bud dio media vuelta y se encaró con Segal con

93

la ligereza de movimiento de una máquina bien engrasada.

El Jefe volvió a gruñir:

-A lo mejor no sabe más que saludar y presentarse -añadió dándole la vuelta y examinándolo de arriba abajo.

-Las funciones, operaciones y normas de actuación responsable de los Robots Policía Experimentales están definidas en las páginas 199 a 245 del manual. La voz de Bud se apagó durante unos segundos mientras se volvía y hurgaba en la caja hasta tomar el volumen que acababa de mencionar.

Cuadrándose de nuevo ante Segal, presentó el libro al tiempo de añadir:

-En las páginas 1.028 a 1.302, ambas inclusive, es encuentra una ampliación más detallada de aquellas normas.

El Jefe, que era incapaz de leer la página cómica de un periódico de un solo tirón, tomó con mucha aprensión el volumen de seis pulgadas de espesor, temiendo quizá que fuera a morderle Cuando se hubo hecho cargo de su mucho peso y de la calidad de su encuadernación, lo dejó sobre la mesa.

--Cuídese de eso -ordenó al sargento Baird, encaminándose hacia su despacho- Y también del robot. Haga algo con él.

Y, muy fatigado, fue a desplomarse sobre su sillón.

Baird empezó a hojear pensativamente el libro. Nunca había tenido el menor contacto con robots y se encontraba tan desorientado como cualquier hombre de la calle, Quizá más. El libro estaba muy bien impreso, con abundantes fórmulas matemáticas, diagramas, mapas en muchos colores, etc. Tendría que ser leído con el máximo de atención. Una atención que

94

UN FUNCIONARIO INTEGRO

Baird no estaba dispuesto a prestarle en aquel momento. Cerró el libro y contempló al nuevo funcionario de la ciudad de Albeport.

--Detrás de la puerta hay una escoba ¿Sabes utilizarla?

-Sí, señor.

-Entonces barre esta habitación, pero procurando levantar la menor cantidad posible de polvo.

El robot realizó un trabajo perfecto.

Era divertido para el sargento contemplar a aquellos ciento veinte mil créditos de maquinaria barriendo su oficina. Luego se preguntó por que lo habrían enviado a Alberport. Probablemente porque en el sistema solar no existía otro destacamento de policía más pequeño y menos importante que aquél. Los técnicos debieron pensar que sería un buen campo de pruebas. Si la cosa fracasaba, no tendría la menor repercusión. Se presentaría alguien para redactor un informe y asunto terminado.

Sí que habían escogido el lugar adecuado. Alberport no era el desierto, pero le faltaba poco para serlo. Por eso precisamente estaba él allí. Era el único policía "de verdad" del destacamento. Necesitaban otro más para hacerse la ilusión de que los engranajes de la ley funcionaban debidamente. El jefe, Robert Segal, era un inepto que había aceptado la plazo por motivos crematísticos. Estaría algún tiempo y regresaría a la Tierra con sus buenos ahorrillos. De los otros dos agentes que componían el destacamento, uno era viejo y estaba borracho la mayor parte del tiempo. El otro, tan joven y atolondrado como todos los jóvenes. Jonathan Baird, por su parte, había pasado diez años en la policía metropolitana de la Tierra, El motivo de que estuviera allí no le importaba a nadie. Había pagado con creces, cualquier error que

95

pudiera haber cometido con este destino en Alberport.

Alberport no era una ciudad, sino un lugar de paso. Sus únicos ciudadanos permanentes eran los que abastecían a los viajeros: hoteleros, tahures, taberneros, etc.

Aunque era un puerto espacial, sólo llegaban naves de transporte en busca del metal de algunas minas que seguían funcionando. En realidad, podría decirse que Alberport era como una ciudad que acabase de perder el barco Posiblemente dentro de cien años no quedaría ni rastro de ella. A Baird eso no le importaba nada. Pasados cien años no estaría allí.

Volvió su atención al libro de entradas. Cinco borrachos en la jaula, una riña nocturna...

Y entonces llegó el agente Mann arrastrando al sexto.

-Sargento, este tipo se ha encerrado en el lavabo de señoras del espacio-puerto y se ha resistido a la detención -informó,

-Llévelo con los otros.

Mann se llevó a su víctima utilizando la misma forma de arrastre que para llegar.

A Baird le maravillaba su habilidad para manejar a los borrachos, pues se daba el caso de que generalmente iba más cargado que ellos. Nunca le había visto del todo sobrio y tampoco sin tambalearse. Y sin embargo, cumplía admirablemente con su deber entendiéndoselas con quienes cometían sus mismos pecadillos.

Cuando Mano hubo cerrado la puerta de la jaula tras encerrar al número seis, regresó al despacho de Baird.

-¿Qué es eso? -preguntó, contemplando al robot a lo largo de su empurpurada nariz.

96

-Un robot. He olvidado el número que su madre le dio en la fábrica, de modo que podemos llamarle Bud, Va a trabajar aquí.

-¡Ah, bien! Podrá limpiar la jaula en cuanto saquemos de allí a esos tipos.

En aquel momento entró Jimmy, vio lo que vio y aferró fuerte su porra. No es que fuera estúpido, realmente, sino que la mayor parte de su fuerza se había acumulado en su espalda en lugar de en su cerebro.

-Barrer la jaula es "mi" trabajo -protestó.

-Desde ahora será el trabajo de Bud, porque voy a ascenderte -le animó Baird-. Desde hoy me ayudarás en algunos de mis trabajos.

Jimmy era muy dado a enfurecerse y Baird temía que su enorme e incontrolada fuerza le acarrease algunos disgustos, Por suerte su explicación le tranquilizó, ya que tomó asiento junto a Mann y se dedicó a mirar cómo Bud limpiaba el suelo.

Durante una semana todo siguió aproximadamente igual. Bud se dedicaba a su tarea con tanto entusiasmo que pronto la Comisaría adquirió un aspecto verdaderamente aséptico. El Jefe, que siempre tenía un ojo abierto para esta clase de cosas, descubrió que Bud podía archivar la tonelada de informes atrasados que inundaban su oficina. Todo esto mantenía ocupado al robot, y todos se acostumbraron a él y apenas se daban cuenta de su presencia. Además, el propio Bud trasladó su caja al almacén y se arregló allí una especie de ataúd-cama.

Baird enterró el manual en su mesa escritorio y nunca se le ocurrió volver a ojearlo. De haberlo hecho, posíblemente se hubiera enterado de alguno de los grandes cambios que iban a sobrevenir. Los demás tampoco tenían la más ligera idea de lo que un robot podía o no podía hacer. Mientras tanto, Bud seguía

ejerciendo las funciones de hombre de limpieza-archivador. Y así debería haber continuado, de no ser el Jefe tan perezoso.

El caso se desarrolló del siguiente modo: Eran cerca de las nueve de la noche y el Jefe se disponía a marcharse, cuando llegó la llamada. El Jefe se apoderó del receptor, escuchó unos instantes y volvió a colgar,

-Del bar de Lindner. Se ha cometido otro atraco y dicen que vayarnos en seguida.

-Se me hace muy raro. Falta un mes para que comiéncen los atracos. ¿Para qué diablos paga lo que Corea Ted le exige si no ha de protegerle?

El jefe se mordió pensativamente el labio inferior durante un buen rato, antes de tomar una decisión.

-Será mejor que vaya usted allí para ver qué. pasa -dijo en dirección a Baird.

-A sus órdenes -dijo éste calándose la gorra-. Pero ahora no tenemos a nadie más aquí y tendrá que quedarse de guardía en la oficina hasta que yo vuelva.

-¡Qué engorro' -muririuro Segal-, Me estoy muriendo de hambre y me fastidia tener que estar aquí, esperando.

-Yo puedo encargarme de hacer el informe -dijo Bud, dando un paso hacia adelante y haciendo su bien engrasado saludo.

El Jefe, al principio, no lo tomó en serio. ¿Un renacuajo sustituirle en su importante trabajo? Pero claro, podría irse a comer...

-¿Cómo ibas a poder tú hacer el informe? --gruñó, devolviendo al renacuajo a su sitio,

La insultante frase le había salido en forma de pregunta. Y por eso, en menos de tres minutos, Bud le hizo un resumen detallado de las actividades a desarrollar por un oficial de policía para hacer un

98

informe de un atraco o de un robo cuya denuncia acabara de recibirse. Por la mirada de asombro que apareció en los salientes ojos del Jefe, Baird comprendió que Bud acababa de sobrepasar todas las posibilidades de comprensión de su superior.

-¡Calla de una vez! -gimió Segal-. Si tanto sabes, ¿por qué no haces un informe?

Bud debió tomárselo al pie de la letra. Pero como era un robot último modelo, se aseguró:

-¿Eso significa que sus deseos son que haga el informe sobre el atraco?

-Sí -dijo el jefe, sólo para librarse de él.

Todos vieron desvanecerse su forma azul a través de la puerta.

-Debe ser más listo de lo que parece -dijo Baird-, ni siquiera ha preguntado dónde está situado el bar de Lindner.

El Jefe asintió y el teléfono sonó otra vez. Su mano descansaba aun sobre el receptor, de modo que lo levantó con un movimiento reflejo. Escuchó durante unos instantes y, por la palidez que su rostro adquirió, hubiérase dicho que alguien le estaba extrayendo la sangre del cuerpo,

-Los atracadores continúan en el bar -balbució finalmente-, Llama el chico de Lindner... para preguntar qué estamos haciendo. Dice que esta escondído debajo de una mesa en la trastienda...

Baird no oyó el resto porque cruzó la puerta corriendo y subió de un salto al automóvil oficial. Podían ocurrir un centenar de cosas si Bud llegaba allí antes que él. Disparos, heridos, montones de cosas. Y la policía cargaría con las culpas por enviar a un robot a efectuar el trabajo de un agente. Nunca había sentido calor en Marte, pero en aquellos momentos estaba sudando.

99

UN FUNCIONARIO INTEGRO

Alberport tenía catorce reglas de tráfico y las quebrantó todas antes de haber recorrido una manzana. A pesar de su rapidez, Bud lo fue mucho más. Al dar la vuelta a la esquina le vio abrir la puerta del establecimiento de Lindner y meterse dentro. Baird destrozó los frenos, pero llegó a tiempo de obtener un asiento de primera fila.

Los atracadores eran dos. Uno de ellos estaba detrás del mostrador revisando el contenido de la caja. El otro montaba guardia en el lado opuesto, Sus armas no estaban a la vista, pero el espectáculo de Bud, embutido en su chaqueta azul y entrando en el establecimiento corno un huracán, fue demasiado para sus excitados nervios. Rápidamente empuñaron sus pistolas, mientras Bud se paraba en seco.

Baird empuñó su propio revólver, esperando ver salir volando por In ventana, de un momento a otro, trozos de robot.

Los reflejos de Bud eran excelentes. Claro que es lo que podía esperarse de un robot.

-Tiren sus armas, Quedan ustedes detenidos,

Su voz resonó con tanta fuerza que los tímpanos de Baird vibraron durante largo rato, El resultado fue el que podía esperarse. Los dos pistoleros dispararon a la vez, y el aire se llenó del zumbido de los proyectiles. Los cristales de la puerta saltaron hechos añicos y Jonathan Baird se dejó caer sobre el estómago. Por el ruido de los disparos supo que ambos maleantes soltaban bombas del 50. Unas bombas que lo atravesaban todo.

Pero a Bud no parecían causarle el menor efecto. La única medida de precaución que adoptó fue la de cubrirse les ojos. Una especie de pantalla provista de una pequeña abertura cayó sobre ellos. A continuación avanzó hacia el primer pistolero.

100

UN FUNCIONARIO INTEGRO

Baird sabía que Bud era rápido, pero nunca creyó que tanto. Un par de proyectiles se estrellaron contra él mientras cruzaba la sala, pero antes de que el atracador pudiera variar su puntería, Bud se había apoderado de su arma. Aferró al ladrón de un brazo y le hizo objeto de la llave más diabólica que Baird habla visto hasta entonces. Cuando la pistola cayó de los inertes dedos, la atrapó limpiamente en el aire. Con el mismo movimiento con que introdujo la pistola en uno de sus bolsillos, sacó un par de esposas y las colocó rápidamente en las muñecas del atracador.

Jonathan Baird vio que el atracador número dos se encaminaba rápidamente hacia la puerta y se dispuso a ofrecerle un cálido recibimiento.

Pero no fue necesario.

Había recorrido el bandido la mitad del camino cuando Bud se plantó delante de él. El hombre trató de reaccionar, pero antes de intentarlo siquiera se encontró esposado y, caído en el suelo, junto a su compañero.

Jonathan Baird se aproximó a Bud, le pidió las armas de los malhechores y llevó a cabo la detención oficial. Esto fue todo lo que Lindner vio al salir de su escondrijo detrás del mostrador. Era lo único que Baird deseaba que viera. El suelo estaba materialmente cubierto de trozos de vidrio, y el establecimiento olía como el interior de una botella del más concentrado explosivo. Lindner empezó a aullar como un lobo al contemplar los destrozos. No parecía estar enterado de la llamada telefónica que había puesto a la policía en antecedentes del atraco y Baird encontró en la trastienda al chico que había hecho las llamadas.
Resultó ser un caso de supina ignorancia. El chico sólo llevaba unos días al servicio de Lindner y no

101

sabía que al producirse un atraco tenía que llamar a los hombres de Corea Ted en vez de llamar a la policía.

-Vamos, Lindner, tendrá usted que aleccionar mejor al chico -le dijo el sargento- y así evitará estropicios como los que acaban de producirse.

Seguidamente empujo a los dos espesados atracadores
hacia el automóvil. Bud subió con ellos y los tres se
instalaron en el asiento posterior.

El Jefe continuaba sentado en su ofícina, tan pálido como anteriormente cuando se presentaron ante él. Parecía imposible, pero palideció todavía mas.

----De modo que los ha detenido -murmuró. Antes de que Baird pudiera contestar le asaltó una segunda y más terrible idea. Agarró a uno de los pistoleros por la manga de la camisa y le espetó-: Tú perteneces a la banda de Corea Ted, ¿no es eso?

-No conozco a ningún Corea Ted, Hemos llegado hoy mismo a esta ciudad y...

-Jonathan por amor de Dios --suspiró el Jefe-. Encierre a esos hombres y cuénteme rápidamente lo ocurrido
Baird llevó a los pistoleros a la jaula y ya de regreso en la
oficina del Jefe levantó un dedo acusador en dirección a
Bud.

-Ahí está el héroe -dijo-. Los capturó a los dos con una sola mano. Es el robot-huracán, capaz de barrer todo el mal de esta depravada comunidad. Además, está hecho a prueba de balas.

Jonathan pasó un dedo por el amplio pecho de Bud. La pintura había desaparecido en muchos lugares arrancada por los proyectiles, pero el metal apenas estaba arañado.

-Esto va a causarme quebraderos de cabeza -gimió Segal.

102

Baird sabía que estaba aludiendo a los **muchachos que manejaban** el negocio de la protección. A los hombres de Corea Ted no les gustaba que se produjeran tiroteos y detenciones sin su aprobación. Pero Bud creyó que el Jefe tenía otra clase de preocupaciones y se apresuró a aclarar la situación.

-No habrá ninguna dificultad -dijo-. En ningún momento he violado ninguna de las Leyes Restrictivas Robóticas, las cuales forman parte de mis circuitos de control y son, por lo tanto, completamente automáticas Los hombres que empuñaron sus pistolas violaron la ley robótica y la humana al recurrir a la violencia, primero con amenazas y, luego con hechos. No he lastimado a esos hombres. Me he limitado a detenerles.

Aquello estaba por encima de la capacidad de comprensión del Jefe, pero a Baird le gustaba creer que era capaz de entenderlo. Se había estado preguntando como era posible que un robot -una máquina- pudiera estar involucrado en cosas tales como la violación de la ley. Bud también tenía respuesta para esto.

-Los robots han estado desempeñando estas funciones durante muchos años. ¿Ha olvidado usted los medidores automáticos de velocidad para determinar si los automovilistas violaban las reglas de tráfico? Un robot detector de alcohol está más capacitado que un oficial de policía para juzgar si un conductor ha bebido demasiado. En cierta época, los robots podían, incluso, tornar decisiones acerca de la conveniencia de matar. Antes de la promulgación de las Leyes Restrictivas Robóticas, los apuntadores automáticos de cañones eran de uso en general. Su desarrollo final fue una batería completa de cañones antiaéreos de largo alcance. El explorador automático localizaba a todas

103

las aeronaves en un radio determinado. Las que no enviaban correctamente la señal de identificación eran detenidas y en caso necesario destruidas por unos cañones automáticos... disparados por un mecanismo robot.

Los argumentos de Bud no podían ser discutidos. Lo único que, quizá se le pudiera reprochar era su vocabulario de profesor universitario.

Baird consideró oportuno desviar la dirección del ataque.

-Pero un robot no puede ocupar el puesto de un policía, que es un complicado trabajo humano.

-Desde luego que lo es, pero la función de un robot policía no consiste en ocupar el puesto de un policía humano. Fundamentalmente yo combino las funciones de numerosas piezas del mecanismo policial, integrándolas y haciéndolas asequibles inmediatantente. Además, puedo ayudar a los procedimientos "mecánicos" de la ley. Si usted detiene a un hombre, le coloca las esposas. Pero si me ordena a mí que lo haga, yo no tomo ninguna decisión moral. No soy más que una máquina que coloca unas esposas a un hombre...

La mano de Jonathan Baird se alzo para detener el torrente de argumentos robóticos. Bud estaba atiborrado hasta las orejas de hechos y de cifras y sabía que llevaba las de perder si insistía en discutir con él. Cuando Bud detuvo a los atracadores no quebrantó ninguna ley, desde luego. Pero existían otras leyes, aparte de las que contenían los códigos.

-Corea Ted no se sentirá muy satisfecho cuando se entere de esto -dijo el Jefe, expresando al mismo tiempo los pensamientos del sargento.

La "Ley de la Selva". La que no figura en los códigos. La que regía en Alberport. El lugar era lo

suficientemente grande para albergar a una notable población de jugadores con ventaja, y de explotadores del vicio en todas sus formas. Una población gobernada por Corea Ted. Lo mismo que el departamento de policía. Los tenía a todos en el bolsillo. Era él, realmente, el que pagaba sus sueldos. Y éstas no eran cosas que pudieran explicarse a un robot.

-Sí, Cerea Ted...

De momento, Baird creyó que era el eco de las palabras que acababa de pronunciar el jefe, pero luego se dio cuenta de que alguien acababa de penetrar en la oficina. Alguien llamado Adolf. Seis pies de hueso, músculo y mala intención. El brazo derecho de Corea Ted. En seguida obsequió con una pálida sonrisa al Jefe, que se hundió todavía más en su sillón.

-Cerea Ted desea que le explique usted las causas por las cuales sus agentes van por ahí deteniendo a la gente y provocando el destrozo de botellas de excelente licor. Lo del licor es lo que le ha puesto más furioso, Dice que ya está harto de usted, y que después de esto puede...

-Queda usted detenido de acuerdo con el artículo 52, párrafo 15, de las normas revisadas...

Bud habla actuado antes de que los demás pudieran darse cuenta de que se movía. Delante de las barbas de todos estaba deteniendo a Adolf y firmando las sentencias de muerte del destacamento

Adolf no era lento. Mientras se volvía para ver quién le había agarrado, empuñaba ya su revólver. Disparó una sola vez, directamente contra el pecho de Bud, antes de que el robot se apoderase del arma y esposara al pistolero. Mientras todos los presentes boqueaban como peces sacados del agua, Bud recitó el pliego de cargos en un tono que -Baird se hubiera atrevido a jurarlo- era de satisfacción.

105

UN FUNCIONARIO INTEGRO

-El detenido es Olaf Rankoski, alias Adolf Peñasco, reclamado en Bancroff City por asalto a mano armada e intento de asesinato. Reclamado también por la policía local de Detroit, Nueva York y Manchester, bajo la acusación de...

-¡Quítenme esto de encima! -aulló Adolf.

Los policías podían haberlo hecho, y haber tratado de arreglar las cosas, si Tom Red no hubiera oído el disparo. Asomó la cabeza por la puerta de la oficina el tiempo justo para echar una asombrada ojeada a lo que estaba sucediendo allí.

-¡Adolf! ¡Se están cargando a Adolf!

Inmediatamente desapareció y cuando Baird corrió hacia la puerta ya no pudo ver a nadie. Los muchachos de Corea Ted siempre circulaban por parejas. Y, pasados diez minutos, el propio Corea Ted estaría enterado de todo.

-Hazle la ficha -le dijo a Bud-. Soltarle ahora no solucionaría nada. De todos modos, ha empezado ya el fin del mundo.

En aquel momento entró Mann murmurando algo en voz baja. Al ver a Baird disparó el pulgar por encirna de su hombro.

-¿Qué pasa? He visto al pequeño Tom Red salir de aquí como alma que lleva el diablo y desaparecer en su automóvil a toda velocidad...

Entonces Mann vio a Adolf con las esposas puestas e inmediatamente se le disiparon los efectos de la borrachera. Se quedó con la boca abierta un par de segundos, y luego su cerebro empezó a funcionar. Sin tambalearse lo más mínimo se acercó a la mesa del Jefe y depositó en ella su insignia de policía.

-He llegado a la conclusión de que soy demasiado viejo y demasiado bebedor para pertenecer a la Policía. Por lo tanto, acepte mi dimisión, Jefe. Porque

106

si quien yo sé me encuentra aquí cuando se presente con sus amigos, no viviré ni un día más para contarlo.

-Rata -gruñó el Jefe a través de sus apretados dientes-. Abandona el barco cuando se está hundiendo. ¡Rata!

Mann dio media vuelta y se marchó.

A partir de aquel momento. el Jefe pareció despreocuparse de todo. Ni siquiera parpadeo cuando Baird recogió la insignia que Mann había dejado sobre la mesa. El sargento apenas supo por qué lo había hecho. Tal vez pensó que era de justicia. Bud había empezado todo el jaleo y él estaba lo bastante furioso para desear que le tocara también su parte, en el momento del desenlace. En su pecho había dos anillas y no se sorprendió al descubrir que la insignia encajaba perfectamente entre ellas.

-Ahora, ya eres un verdadero policía -le dijo en tono sarcástico.

Baird debió tener en cuenta que los robots son inmunes al sarcasmo. Bud se tomó sus palabras muy en serio.

-Este es un gran honor, no solamente para mí, sino para todos los robots. Procuraré. cumplir lo mejor posible todas mis obligaciones.

Parecía como si todos su cables se hubieran estremecido de alegría cuando empezó a rellenar la ficha de Ado1f.

De no ser la situación tan crítica, Baird hubiera disfrutado de veras con el espectáculo de Bud en acción. Llevaba almacenado en el cuerpo más material policiaco del que Alberport había tenido nunca. De una de sus caderas surgió un tampón, y Bud apoyó en él los dedos de Adolf, haciéndolos rodar ligeramente para estamparlos a continuación en una cartulina, Luego mantuvo apartado al detenido a la distancia de

107

su brazo, mientras algo producía un ruido seco en su abdomen: unos segundos después caían dos instantáneas de una abertura lateral. Las fotos quedaron pegadas a la cartulina. Un espectáculo fascinante.

Sin embargo, Baird no quiso acabar de contemplarlo. Tenía cosas más importantes en qué pensar. . Por ejemplo, en cómo seguir viviendo.

-¿Se le ocurre algo, jefe?

Por toda respuesta, obtuvo un gruñido. En aquel momento se presentó Jimmy, el último de la plantilla. El sargento le expuso claramente la situación. diciéndole que podía escoger entre quedarse o marcharse. Fuera por estupidez, fuera por redaños, escogió quedarse y Baird se sintió orgulloso de él. Bud fue a encerrar al detenido y empezó a barrer.

Así estaban cuando se presentó Corea Ted.

A pesar de que le estaban esperando, su llegada puso a todos el corazón en un puño. Le acompañaban los más "duros" de sus hombres, que se mantenían agrupados ante la puerta. Corea Ted avanzó un paso, con las manos enterradas en las mangas de su larga túnica de seda.

No perdió el tiempo hablando con los policías; se limitó a decir a sus hombres:

-Limpiad esto, muchachos. El nuevo Jefe de policía llegará dentro de unos momentos y no quiero que *encuentre holgazanes* remoloneando por aquí.

Aquello puso furioso a Baird. A pesar de todo, seguía siendo un policía. Sobornado y todo lo que se quisiera, pero había ocasiones en que el espíritu del Cuerpo pesaba más que todas las consideraciones Al mismo tiempo, experimentaba una gran curiosidad acerca de Corea Ted. En todo el tiempo que llevaba tratándole no había conseguido hacerse con un solo dato acerca de su personalidad.

108

UN FUNCIONARIO INTEGRO

-Bud, échale un vistazo al tipo del batín y dime quién es.

Los circuitos electrónicos funcionaban muy deprisa. Bud disparó la respuesta casi instantáneamente.

-Es un seudo-oriental que utiliza el color amarillento de su tez para crearse otra personalidad No es coreano. Ha sufrido también una operación en los ojos, cuyas cicatrices todavía son visibles. Todo ello destinado, evidentemente a ocultar su verdadera personalidad, aunque las medidas Bertillón de sus orejas y de otros rasgos permiten identificarle. Está en la lista de Reclamados Especiales de la Interpol, y su verdadero nombre es-

Corea Ted estaba furioso, y con motivo.

-Esta es la "cosa" ... el cacharro de hojalata dirigido por radio... Ya hemos oído hablar de él y vamos a hacerle un regalito...

Entonces Baird se dio cuenta de que uno de los tipos que acompañaban a Corea Ted estaba arrodillado detrás de un tubo lanzacohetes. Cargado con proyectiles antitanque, sin duda. Ese fue su último pensamiento antes de oír el silbido del proyectil.

Posiblemente aquella arma sería capaz de acabar con un tanque. Pero no podía cargarse a un robot. Al menos, no a un robot-policía. Bud se deslizaba por el suelo, boca abajo, Cuando estalló la parte trasera. No hubo un segundo disparo. Se apoderó del tubo del bazooka y allí acabó la cosa.

Esto por lo que se refiere al arma antitanque, naturalmente.
Porque el verdadero jaleo empezó a continuación. Jimmy
decidió que la persona que disparaba un proyectil antitanque en
una comisaría de policía estaba quebrantando la ley, y avanzó
con su porra en alto.

Baird se arrimó a él, puesto que no quería per

109

derse la diversión. Bud estaba debajo de un montón de cuerpos, pero el sargento estaba seguro de que sabría cuidar de sí mismo.

Resonaron un par de apagados disparos y alguien aulló. Después de ello nadie se atrevió a disparar, por miedo a herir a un compañero. Un tipo llamado Manhattan Eddie golpeó a Baird en la cabeza con la culata de su revolver. Para corresponder a su atención, el sargento le aplastó la nariz. de un puñetazo.

Lo que siguió estaba envuelto para Jonathan Baird en una especie de niebla, aunque recordaba las colosales dimensiones del jaleo.

Cuando la niebla se disipó un poco, se dio cuenta de que era el único que estaba en pie. Mejor dicho, apoyado. Menos mal que allí estaba la pared.

Bud entró por la puerta que daba a la calle arrastrando un paquete que tenía un leve parecido con Manhattan Eddie. Jonathan tuvo la fundada esperanza de que aquello hubiera sido obra suya. Las muñecas de Eddie estaban esposadas. Bud le soltó amablemente junto al montón de pistoleros... y repentinamente Baird se dio cuenta de que todos llevaban la misma clase de esposas. Se pregunto vagamente si Bud las fabricaba a medida que las iba necesitando, o si las tenía almacenadas en una pierna hueca o algo por el estilo. Y ya, se dejó caer en una silla profiriendo un suspiro de alivio.

Había manchas de sangre por todas partes, y si los hombres de Corea Ted, amontonados por todas partes, no hubieran gruñido, era cosa de creer que estaban muertos. Uno de ellos lo estaba, desde luego. Una bala le había atravesado el pecho, y la mayor parte de la sangre debía ser suya.

Bud hurgó un momento en el montón y saco a Jimmy al exterior, Estaba inconsciente, pero en su

110

rostro se dibujaba una beatifica sonrisa. De su muñeca colgaban los astillados restos de su porra. Cuesta muy poco hacer dichosas a ciertas personas. Una bala le había atravesado la pierna y no hizo el menor movimiento cuando Bud cortó la pernera de sus pantalones y le vendó la herida.

-El falso Corea Ted y otro hombre se han escapado en un coche - informó Bud.

-No te preocupes por ellos ----consiguió balbucear Jonathan--. No irán muy lejos.

Observó entonces que el Jefe continuaba sentado en su sillón, tal como se encontraba al empezar el jaleo. Cuando Baird se acercó a él comprobó que Segal, Jefe de Policía de Alberport, estaba muerto.

Un solo disparo. Arma de calibre pequeño, tal vez un 22. Le había atravesado el corazón, y la escasa sangre que brotó de la herida había sido empapada por las ropas. Una pistola de pequeño calibre... Un arma fácil de ocultar en la manga de un kimono de seda.

Todo el cansancio de Baird desapareció como por arte de magia. Sólo sentía una rabia ciega. Quizá Segal no hubiera sido el tipo más listo y honrado del mundo. Pero no merecía un final corno aquél. Asesinado a sangre fría por un pistolero que creyó que le había traicionado,

Inmediatamente después, el sargento cayó en la cuenta de que debía tomar una determinación. Con Jimmy fuera de combate y Mann dimitido, a él se reducía todo el destacamento de policía de Alberport. Lo que tenía que hacer ahora era ponerse a salvo, antes de que fuera demasiado tarde.

Bud entró en la oficina, se apodero de dos bandidos y fue a encerrarlos en una de las celdas.

Tal vez fue la vista de su espalda azul, o que es

111

taba cansado de correr, Lo cierto es que Baird tomó una decisión antes de que su cerebro llegase a definirla. Cuidadosamente, le sacó al Jefe su insignia dorada y se la colocó en el lugar que ocupaba la que había llevado hasta entonces.

-El nuevo Jefe de Policía de Alberport --dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

-Sí, señor -dijo Bud al pasar por su lado.

Para saludar soltó a uno de los detenidos, y luego reanudó su tarea. Baird le devolvió el saludo,

La furgoneta de] hospital se llevó al muerto y al herido. Cuando el médico hubo curado y vendado la cabeza del nuevo Jefe, las ideas de éste empezaron a aclararse. Bud fregó el suelo- Baird se tragó diez aspirinas y esperó a que sus ideas se hubieran aclarado del todo para decidir lo que tenía que hacer.

Cuando estuvo en condiciones de meditar bien el asunto, la respuesta fue obvia. Demasiado obvia. Se dedicó a cargar su revólver.

-Vuelve a llenar tu caja de esposas, Bud. Vamos a salir.

Como buen policía, Bud no hizo preguntas. Al salir, el Jefe cerró con llave y luego la entregó a su subordinado.

- Toma. Es muy posible que seas el único en superar la prueba que nos espera.

Para ir a casa de Corea Ted dio un gran rodeo.

En la esquina, Baird dio unas cuantas instrucciones al robot.

-En aquel bar vive, el individuo al cual seguiremos llamando Corea Ted hasta que dispongamos de tiempo para que me des un detallado informe acerca de él. Ahora no podemos entretenernos en eso. Lo que vamos a hacer es presentarnos allí, detener a Ted y entregarlo a la justicia. ¿Entendido?

112

-Entendido -respondió Bud- Pero ¿no sería más sencillo detenerle ahora, cuando esta marchándose en aquel automóvil, que esperar a que regrese?

El automóvil en cuestión pasó junto a ellos a más de cien por hora. Apenas si Baird pudo distinguir a Ted, instalado en el asiento trasero.

-¡Detenlos! -gritó Jonathan, sin tener la me nor idea de lo que Bud podía hacer para detener a un coche lanzado a toda velocidad.

Pero, le había dado una orden y Bud la cumplió. Asomó la cabeza por la ventanilla y, por vez. primera, Baird se dio cuenta de que la mayor parte de su equipo estaba ubicado en su torso. Probablemente, incluso su cerebro estaba allí. Con aquel cañoncito en la cabeza no debía quedar en ella espacio para nada más.

Un 75. En el lugar que tendría que haber ocupado su nariz se alzó una chapa, dejando al descubierto la boca del arma. Entre sus dos ojos, para poder apuntar bien.

El "Bum Bum" casi le rompió a Baird los tímpanos. ¡Ah, Bud era un perfecto tirador! Corno lo hubiera sido el propio Baird de tener por cerebro una máquina de calcular. Los dos proyectiles destrozaron las ruedas traseras del automóvil, que empezó a zigzaguear peligrosamente hasta que se detuvo en medio de la carretera. Baird echo a correr detrás de Bud. Esta vez los bandidos no opusieron la menor resistencia, ni trataron de huir. La vista del humeante cañón que asomaba entre los dos ojos del robot resultaba demasiado impresionante.

Baird estaba convencido de que aquél había sido el efecto buscado por Bud al no ocultar la boca del arma. Probablemente había seguido algún curso de psicología en la escuela de robots.

113

UN FUNCIONARIO INTEGRO

En el coche se encontraban tres bandidos, con los brazos tocando el techo, como en la secuencia final de una película de "gangsters". Y el suelo del mismo cubierto de unos interesantes maletines.

Corea Ted sólo refunfuñó cuando Bud contó a su jefe que su verdadero nombre era Parkinson y que la silla eléctrica de Elmira le había estado esperando mucho tiempo. Baird le prometió a Ted Parkinson que procuraría que la cita se llevase a efecto cuanto antes. El resto de la banda sería juzgada en Bancroff City.

Aquél resultó un día muy atareado.

Desde entonces las cosas se han apaciguado. Jimmy salió del hospital y lleva los antiguos galones de sargento de Jonathan. Mann reingresó en el departamento; aún cuando está sereno, de vez en cuando no se atreve a mirar a su jefe a la cara. Y el trabajo es escaso, ya que Alberport, además de ser una ciudad pequeña, es ahora una ciudad honrada.

Bud se encarga de la patrulla nocturna. del laboratorio y de los ficheros. Parece mucho trabajo, pero no lo es para Bud. Su tiempo libre lo pasa palpándose los arañazos que le produjeron las balas, y sacándole brillo a su insignia. Baird piensa que un robot no puede ser desgraciado ni feliz... pero juraría que Bud "tiene todo el aspecto" de ser feliz.

En aquella Comisaría se había sentado el precedente de que un robot puede desempeñar perfectamente las funciones de un oficial de policía. De la fábrica no se ha presentado nadie, de modo que Baird sigue ignorando si Bud es el primer caso o no.

Jonathan Baird no piensa quedarse, Ha enviado ya algunas cartas, solicitando un nuevo empleo.

Bastantes personas van a recibir una gran sorpresa cuando sepan quién va a sustituirle en el cargo de jefe de Policía de Alberport.

114

Sólo un cerebro

Tenía que resultar... Esta vez tenía que resultar... Al menos, eso se dijo Widburn contemplando sus últimos preparativos, repasando visual y mentalmente el montaje del escenario en el que su obra maestra se iba a desarrollar,

Ya lo había hecho otras veces, pero en esta ocasíón iba a ser distinto. Había utilizado varios conejos y un mono. Todos ellos muertos. Ahora, después de tres años de intensos estudios e investigaciones. lo tenía todo a punto,

El experimento había fracasado con un cobaya vivo. Widburn consiguió extraerle limpiamente el cerebro, que trasladó al aparato de respiración artificial, pero algo fue mal y no sobrevivió.

-Fue cosa del sistema de bombeo -se dijo---. Pero ahora he perfeccionado el circuito, No puede fallar. No, no puede fallar.

Siguió contemplando ansiosamente sus efectivos. Tenía los ojos hundidos como resultado de noches en vela, respiraba un poco entrecortadamente y su mirada brillaba febrilmente, un tanto extraviada, corno la de un Midas o un Harpagon ante su tesoro y la

115

imagen mental del tesoro multiplicado... Luego sus ojos fueron más allá de la mesa de acero y la estantería con sus probetas, sus misteriosos mecanismos, los circuitos electrónicos y los pulsadores multicolores para posarse en el perro, en el pacífico perro que trituraba su hueso en un rincón del laboratorio.

Widburn había encontrado al animal la noche anterior husmeando en el cubo de. basura. En realidad, había salido en su busca, o en busca de alguien como él. Cuando entró en la casa, llevando al pataleante can entre los brazos, Ruth se le habla quedado mirando con disgusto. Luego dijo:

-No lo traerás para "eso"... Para "eso" no, Hugh...

Hugh Widburn se había limitado a decir:

-Trae algo que pueda comer. Está hambriento.

-¡Suéltalo! -insistió ella.

La miró de aquella manera glacial con la que conseguía inutilizar su rebelión.

-Obedece, será mejor. Me canso de discutir... -la velada amenaza se traslucía en su voz.

-Antes no eras así, Hugh. A veces pienso que la ambición científica, la tuya. al menos, es la más miserable de las ambiciones. Apenas ha dejado en ti algo que sea humano.

-Obedece -había repetido Hugh.

Las rebeliones de Ruth solían durar poco. Aparecía el temor en su mirada y se plegaba a sus deseos. A él le hartaba su oposición y quizá mas una sumisión que llevaba implícita el signo de la estupidez.

El perro estaba hambriento, cojo, lleno de pulgas. La rebelión ante su nuevo amo terminó cuando tuvo entre sus patas la chuleta que había traído Ruth. Igual que ella: el mismo estúpido temor a perder lo que se le daba. Y ahora. cuanto en el **perro** había de

116

deleznable iba a perecer... para sobrevivir lo que de más excelso había en él.

Se acercó al animal, que gruñó sordamente protegiendo entre sus patas el hueso a medio triturar.

-No seas tonto, todo irá bien -murmuró con una ligera caricia en su cabeza, de pelo parcialmente perdido-. No vas a enterarte siquiera.

Bien, era absurdo esperar más. Fue hasta la mesita del instrumental y tomó la jeringuilla que tenía dispuesta. Y en seguida regreso junto al perro. Debía haber perdido el temor a que el hueso le fuera arrebatado y continuó triturando pacíficamente. Hugh le clavo certeramente la aguja entre el occipital y la primera vértebra cervical. Un respingo brutal y el animal cayó fláccidamente. Estaba hecho.

Dejó al perro en su rincón y encendió un cigarrillo con mano que temblaba. Dio unas chupadas antes de abrir la puerta y salir al patio. Como esperaba, Sam estaba allí, barriendo meticulosamente las losetas desiguales por entre las que crecía algún hierbajo.

-Deja eso y ven.

Sam era otro que obedecía. Un pobre deshecho humano acabado por la droga. Hugh Widburn había intentado curarle, pero no era fácil en una naturaleza doblegada por la fuerza de la costumbre. Y sin embargo, en sus ratos buenos, o menos malos, Sam tenía una extraña lucidez en la mirada, un curioso modo de contemplar a Widburn que ponía a éste nervioso.

-Desinféctate las manos y ponte la bata. Voy a intervenir,

Sam dirigió una mirada al perro dormido. Y se plegó a sus deseos sin molestarse en preguntar nada.

Una hora después el cerebro del perro vagabundo ya no estaba en su cráneo, sino en un aparato de respiración artificial. Widburn había situado arterias de

117

goma en las carótidas externa e interno del cerebro y de este modo la sustancia sanguínea, bombeada por una bomba de pequeña potencia, circulaba perfectamente por el circuito de Willis e irrigaba el cerebro. Continuaba por las venas correspondientes de ambos lados y pasaba por tubos de vidrio que mantenía bajo los efectos de luz ultravioleta.

Resultaba fácil medir la fuerza y la potencia de las descargas eléctricas de infinitesimal potencia que el cerebro producía. El electroencefalograma señalaba lentamente las curvas en el papel que continuamente surgía por la máquina registradora.

El expectante Hugh Widburn miraba la línea ondulada que se iba dibujando irregularmente en la cinta de papel.

¡Había llegado el momento de la prueba suprema!

Lentamente Hugh alzó la mano y golpeó con los dedos el vidrio bajo el cual flotaba el cerebro. El corazón le golpeaba fuertemente en el pecho, a la espera de los resultados. ¡Y no se hicieron esperar! De inmediato, perturbados, los lóbulos cerebrales se alteraron, se. levantaron y cayeron alternativamente con creciente rapidez. ¡El órgano aislado reaccionaba ante los estímulos externos!

-¡Siente! ¡Piensa! -exclamó.

Tras él, Sam, el abotagado Sam que había hecho estudios de medicina, mostraba su incredulidad. Por un momento su mirada chispeó de inteligencia y vibró de cabeza a pies como una hoja muerta zarandeada por el vendabal.

-¡Lo has logrado! -murmuró.

-Lo he logrado -aceptó Hugh con satisfacción-. Soy el padre divino de este fenómeno.

En la puerta, silenciosa, estaba Ruth. Pero no se había conmovido.

118

Hugh Widburn añadió:

-Ahora sé que puedo llegar mucho mas lejos.

Desganadamente Ruth avanzó hacia los hombres.

-"No puedes ir más lejos" -dijo de modo extraño.

-No opines, Ruth -contesto Hugh despreciativamente.

Pero ella no pareció notar su desdén.

-No puedes ir más lejos: no puedes quitarle a un hombre vivo o una mujer viva "eso" ...

Se hizo el silencio. Los tres pensaron en el porvenir, en lo mismo, aunque con distinta visión.

Segundos después, Ruth dijo:

-No sigas, Hugh, por lo que más quieras. Estás reduciendo la vida a físico-química con tus experimentos fisiológicos. Este cerebro puede sentir dolor todavia; puede que sufra, a pesar de carecer de ojos, de cuerpo y de todo órgano apto para expresar sus sensaciones. Es posible que se retuerza de dolor en su agonía.

Widburn hizo un ademán, como alejando algo molesto.

-Sabemos que el cerebro, en sí mismo, es "insensible" -respondió con impaciencia- Por lo menos, "creemos" saber eso,

-Te lo suplico una vez más, no sigas.

-Seguiré hasta donde pueda. Si te enerva... no te obligo a presenciarlo.

Todavía Ruth alegó, a pesar de la amenaza:

-A veces pienso que no te importa el daño que puedas causar con tus investigaciones.

-¿Daño? ¿Por qué no beneficio? ¿Sabemos aún hasta dónde podemos llegar? Sólo trato de cultivar tejidos vivientes fuera de los cuerpos a que pertenecen y todos reconocerán que mi experimento significa un

119

gran paso adelante. Otros investigadores han obtenido la conclusión de que la fragilidad del sistema nervioso era demasiado grande para estudiarse en vivo. ¡Y yo estoy dando un mentís a todos!

Tocó el recipiente que contenía el cerebro del perro y el encefalograma registró de inmediato la irritación de los tejidos afectados.

-Eres sintético y conciso -dijo tristemente Ruth-, Ya no eres el Hugh que conocí un día. o aquel que yo me forjé. Ya no queda en ti rastro de emoción humana. La has matado con tu pasión por las matemáticas y por las observaciones precisas. Puedo afirmar que, a pesar de tu inteligencia, eres incapaz de entender la vida. Estoy convencida de que la vida es una combinación de amor Y de odio, de ambición y desaliento, de vanidad y bondad. ¡Si al menos hubieras intentado elaborar bondad en un tubo de ensayo!

Fue tristemente hacia la puerta y en el umbral se detuvo y agregó con voz temblorosa y suplicante:

---¡Por favor, Hugh, por favor! Corta la bomba. ¡Deja que esa pobre cosa muera!

Sin embargo, el experimento no iba tan bien como Widburn hubiera deseado. Las deflexiones del encefalograma empezaron a disminuir y dos días después cesaron por completo. El cerebro del perro murió a media noche.

No se desanimó. Probaría nuevamente. En sucesivos ensayos perfeccionaría el experimento.

La atmósfera del laboratorio estaba cargada Y abrió la ventana. Fuera todo era calma bajo las estrellas. De vez en cuando pasaba un coche por la cercana carretera rasgando estruendosamente el aire.

Acababa de retirarse de la ventana cuando una tremenda conmoción, un impacto metálico, llevo hasta allí sus ecos dolorosos, prolongados en estampidos

120

cada vez más débiles. Enmudecieron los motores y Hugh se dijo: "h a habido un accidente" ...

No llevaba ningún plan definitivo en su mente cuando salió de la casa y en rápidas zancadas alcanzo la carretera. El montón de hierros en que se había convertido el coche trepidaba todavía. Las estrellas iluminaban la escena con SU luz, suficiente para descubrir entre el amasijo las piernas de un hombre.

Widburn regresó a la casa y fue directamente al dormitorio de Sam. Después de unos cuantos zarandeos brutales consiguió arrancarlo de la cama.

-Escucha, ha habido un accidente... te necesito... Trae una luz.

Sam obedeció torpemente. Se hizo con una linterna y mientras tanto Hugh se dirigió al laboratorio y colocó varias cosas en un maletín. Cuando llegaron al lugar del accidente los hierros se habían inmovilizado y el silencio era total.

Diez minutos después, uniendo sus esfuerzos, Hugh y Sam habían conseguido sacar al ocupante del Cadillac a través del hueco informe en que se había convertido el parabrisas, y tenderlo a un lado de la carretera.

-Alumbrame -dijo Widburn.

Sam enfocó la linterna sobre el cuerpo inerte. El rostro aparecía intacto. Las ropas, por el contrario, acusaban el impacto del choque, rotas en varios sitios, desgarradas por efecto de los esfuerzos realizados para recuperar al hombre a través de hierros retorcidos y cristales rotos.

Sam había dejado escapar una exclamación.

---El tipo me recuerda a alguién...

Widburn le estaba auscultando. Vivía pero tenía el pecho destrozado y seccionado un brazo, a la altura del codo. Las piernas estaban rotas.

121

-Sam, ve a casa y llama al médico del pueblo y que venga la ambulancia. Date prisa. Y déjame la linterna.

Estuvo buscando un sitio adecuado para apoyarla de modo que enviase el haz de luz sobre el accidentado y al fin encontró un buen sitio sobre los restos del accidente. Seguidamente abrió su maletín, rebuscó entre sus cosas. Segundos después le aplicaba torniquetes en el brazo y piernas, Seguidamente le auscultó. A continuación le inyectó un estimulante.

El hombre abrió los ojos y le miró, como haciéndose cargo de la situación. El rostro de Widburn parecía de piedra.

Muy pronto se oyeron pasos y Sam apareció a la carrera seguido de Ruth, que llegaba abrochándose la bata.

-¡Mala suerte, Hugh! -dijo el primero- . El médico no está, pero nos envían ahora mismo a la ambulancia.

-¿No está? ¿Cuándo regresa? -se informó Widburn.

-No volverá hasta mañana.

Ruth se inclinó sobre el herido y miró fijamente a Hugh.

-Si no esta el médico del pueblo tendrás que atenderlo tú -dijo de una manera vaga.

-Eso creo.

-Anda con cuidado, es un pez gordo -dijo Sam-. He recordado en seguida su nombre.

A Widburn no le importaba mucho el nombre: no le importaba nada, en realidad.

-Es Joseph Caracciolo...

Joseph Caracciolo... sonaba familiar, aunque de momento Hugh no lograba situarle.

-¿Es... grave? -preguntó Ruth.

-Es mortal --confirmó Widburn-. No vivirá. Un cuarto de hora después la ambulancia estaba allí. Se detuvo con un frenazo brusco y los dos hombres que la ocupaban saltaron al suelo. Mientras sacaban la camilla uno de ellos. mirando hacia el herido, silbó significativamente.

--¿Así que Caracciolo? ¡Nada más y nada menos que el jefe de los mafiosos, según se dice!

No hubo respuesta alguna para su comentario.

-¿Puedo ayudar? -dijo Ruth mirando a Widburn cuando se apeó de la ambulancia, junto a la entrada de la casa.

El tardó algunos segundos en replicar.

-Ya veremos.

Los camilleros, con su carga, entraron en el laboratorio. Con ello su labor había concluido y se despidieron. Sam, que se movía como una sombra, acabó por sentarse, derrumbarse, se diría.

-Me encuentro muy mal... muy mal...

Widburn lo sabía. Estaba tratando de ayudarle disminuyendo gradualmente su dosis de droga y sufría momentos de verdadera depresión, Además, no soportaba la vista de la sangre; ni los cuerpos deshechos; y mucho menos hurgar en ellos. Ese era el motivo de que sus estudios de medicina se hubieran ido al diablo.

No servía. No tenía temperamento.

-Vete; quítate de mi vista -- dijo Widburn con malhumor.

Sam obedeció con una ausencia total de dignidad y deseo de superación.

-Si puedo serte útil me quedaré yo ---sentó Ruth.

Tampoco tenía temperamento. Era una mujer que se estremecía con sólo ver poner una inyección.

123

-Me arreglaré, solo. No servirías **mas que de estorbo.**

Pero algo retenía a Ruth en el laboratorio. Algo que ponía un tono terroso en su piel y mil temores en SUS ojos.

-¿Harás lo posible por salvarlo, Hugh?

-Lo haría si pudiera. Pero no puedo.

--¿Seguro?
Hugh perdió la paciencia y casi gritó:

-¡Seguro! ¿Qué has creido?

Ella siguió los pasos de Sam, luchando consigo misma, con la convicción de que debía continuar allí.

El hombre que estaba sobre la mesa empezó a gemir y a estremecerse. Widburn le quitó los torniquetes de las piernas que se estaban hinchando rápidamente. Cualquier médico hubiera sabido lo que debía hacer. Amputárselas en seguida.

Dirigió una mirada a las facciones del herido. Sí, le era familiar aquella cara; la boca fina v descolorida, los pómulos salientes, la nariz corta y la frente prominente. Incluso le pareció reconocer la cicatriz que le atravesaba desde la oreja izquierda hasta la misma barbilla. Lo había visto muchas veces, en las revistas. ¡El todopoderoso Caracciolol ¡Y lo tenía allí, a su merced, convertido en una piltrafa!.

Le quitó la chaqueta y su cartera le confirmó su identidad.
¡Joseph Caracciolo! Demasiado importante. En cuestión de horas, tendría a la prensa metiendo la nariz en el caso, Y a los especialistas. Se le acusaria de negligencia si no lograba mantenerle con vida. Se preguntarían por que no se le había llevado a un hospital. Podía alegar que el más próximo estaba todavía demasiado lejos para que hubiese garantías de hacerle llegar con vida. Debía realizar un trabajo perfecto sin perder un segundo.
124

Despojó a Caracciolo de los pantalones y la ropa interior, Después le inyectó un anestésico entre la tercera y la cuarta vértebra lumbar. Si el hombre recuperaba la conciencia no sentiría ningún dolor.

Respiraba con dificultad. La tensión sanguínea le disminuía de modo alarmante y le puso medio centímetro cúbico de adrenalina intravenosa al 1-1000. Volvió a subirle la presión. Empezó amputar y terminó en una hora.

Se vio obligado a cortar por el fémur porque tenía varias fracturas y las arterias estaban bastante dañadas. Nadie podría haber salvado las piernas de Caracciolo. Durante toda la operación, Widburn estuvo consciente de la inutilidad de la empresa.

Estaba dejando de respirar y tuvo que aplicarle oxígeno y coramina intravenosa. La reacción fue muy débil y apenas podía oírle el corazón con el estectoccopio.

Se irguió con una luz extraña en la mirada. ¡Tenía que tomar una decisión antes de que fuera demasiado tarde! Era una oportunidad sin precedentes. Tremenda. Caracciolo se moría, pero su cerebro aún estaba viviendo. Se trataba de un extraordinario ejemplar, de cráneo amplio y perfecta forma, de frente extensa.

Comprobó las reacciones en el encefalógrafo. Aparecieron fuertes deflexiones delta.

Había gran diferencia con el cerebro de un animal. poco resistente y de débil reacción. Cuando el animal está por morir, deja también de funcionar. El cerebro es elemento menor en el cuerpo de un animal. Pero el del hombre que estaba en el laboratorio, sobre la mesa, era fuerte, estaba entrenado. ejercitado durante toda una vida. ¡A su merced tenía el más perfecto ejemplar que podía desear un científico!.

Caracciolo tendría unos cuarenta años, pero estaba

125

casi calvo. Aquello podía facilitar el trabajo... Estaba ya en coma y no necesitaría anestésicos.

Rápidamente Widburn encendió el esterilizador y puso en él los instrumentos que iba a necesitar. En cuanto estuvieron a punto hizo una incisión semicircular en la piel partiendo desde encima de la oreja derecha, pasando a la parte superior de la oreja izquierda. Empujó el escalpelo hacia adelante y dejó expuesta toda la parte posterior del cráneo.

Tomó la aguja Gigli e hizo una incisión en la bóveda craneana, corte que hizo coincidir con el anterior. Tuvo mucho cuidado para no dañar la dura mater. Levantó la parte superior del cráneo.

La brillante superficie de la dura mater estaba aún caliente cuando la palpo con sus dedos.

Widburn repitió el corte en la dura mater. La retiró y el cerebro de Caracciolo apareció a la vista.

Cesó de respirar. Presentaba síntomas de asfixia por insuficiencia cardíaca. No hubo tiempo de aplicar estimulantes. Hugh sabía que aquello le robaría unos minutos preciosos. Debía abrirle el cerebro mientras estuviera vivo. Con el perro había cometido un error haciéndolo con lentitud.

Y en aquel momento entró Ruth,

Widburn no quiso saber nada de las reacciones de ella. Rápidamente la llamó:

-¡Ven aquí! ¡Acércame la aguja Gigli!

La sintió vacilar. Pero al fin llegó hasta él y, dándole la espalda, le puso la aguja en la mano.

Mientras comenzaba su trabajo, Hugh ordenó:

-Trac a Sam "Ahora" puede venir.

Sabia lo que habría seguido a su depresión. El fiel esclavo obedecería una vez más.

Todo sucedió como había supuesto: Ruth se fue y el otro llegó como una sombra.

126

-Ponte la bata y esos guantes -le dijo-. Y no pongas excusas.

Venciendo su repugnancia, Sam obedeció Mientras tanto, Hugh separo el gyrus frontal con un bisturí, poniendo mucho cuidado para no dañar los ojos.

Intuyó que Sam se había cubierto el rostro con las manos. Pero acabó ayudando a Widburn, como éste esperaba.

-Prepara el suero sanguíneo, instala la tubería de goma en la bomba rotatoria y enciende las luces ultravioleta.

Sam obedeció con pulso más firme del que podía esperarse, aunque cada vez se hacía más copioso el sudor que le caía sobre la frente, empapándole las cejas. Se lo limpió varias veces con la manga y no dejó de actuar como un autómata siguiendo las indicaciones de Widburn.

-¡Ya está! --exclamó éste-- Tráeme la toalla del esterilizador.

Con la tela humeante entre las manos, Sam recogió el cerebro que Hugh acababa de extraer desde el cráneo inferior. Todas sus energías estaban concentradas en mirar a otra parte: en resistir de pie,

Widburn instaló el cerebro en el recipiente de vidrio y lo sumergió en el suero, puso la tubería de goma en las arterias vertebrales y carótidas internas y la bomba empezó a funcionar.

Tranquilizado a *este respecto,* Hugh volvió su atención al cadáver. Rellenó la cavidad craneana con algodón, para que no se le hundieran los ojos, y tapó el cráneo. Lo pego con cinta adhesiva, puso la piel sobre el hueso y lo vendó cuidadosamente

Sam no le miraba.

La operación se había llevado a cabo con suma perfección.
Widburn hahía tenido incluso la precau-

127

ción de verter unas cuantas gotas de sangre en las vendas para que diera la impresión de ser otra herida como resultado del accidente. Después se volvió con precipitación para ver si el cerebro vivía.

¡Qué gran triunfo!

En su excitación casi no oyó a Sam.

-Deberíamos sacar el cuerpo fuera. No querrás que vean esto... Llamaré para que lo recojan.

-¡Ah, sí!

-Tendrás que redactar el certificado de defunción antes de que vengan.

Widburn no se daba cuenta del sutil cambio que se estaba operando en su cómplice. Había estado inhibido ante él, pero en los últimos momentos parecía crecerse. Incluso cuando se afanó en cubrir prosaicamente con una sábana el cuerpo de Caracciolo.

Sam había puesto una hoja de papel ante él. El documento podía llevarle a la cárcel, pero igualmente peligraría de no escribirlo.

* * * * *

Era de día cuando Widburn, completamente agotado, decidió acostarse. Al despertar supo por Ruth que se habían llevado el cadáver de Caracciolo.

Sin haber desayunado entró en el laboratorio. La bomba trabajaba regularmente en la entrega de sangre a la arteria principal, y las luces ultravioleta brillaban a través de los tubos de vidrio por los cuales circulaba el suero.

Widburn acercó la mesa del encefalógrafo al recipiente que contenía el cerebro y situó los cinco electrodos en el tejido cortical. Uno cerca del oído derecho, dos en la parte de la frente y uno sobre cada cavidad ocular.

El cerebro de todos los seres vivientes tiene una

carga eléctrica determinada que conducen las neuronas y no los vasos sanguíneos ni el tejido conjuntivo. Todas las células tienen diferentes grados de actividad térmica, eléctrica y química.

Hugh dio paso a la corriente que ponía en movimiento el pequeño motor, que a su vez permitía el paso de una pulgada de cinta de papel por segundo en una frecuencia de sesenta ciclos. Una pluma trazaba una fina línea sobre el papel en movimiento. Amplificó la corriente infinitesimal que el cerebro estaba enviando hasta que su poder fue suficiente para mover la pluma.

La actividad del cerebro de Caracciolo se manifestaba en el papel con curvas exactas, precisas. Las curvas se repetían. El cerebro estaba descansado. No pensaba. La pluma dibujaba pequeñas curvas alfa, tan exactas como el ritmo respiratorio.

Examinó el conducto occipital. Las deflexiones eran continuas, de diez ciclos por segundo, con ondas bajas de siete a ocho ciclos por segundo.

La mano de Hugh se alargó basta tocar el vidrio y las ondas alfa cesaron en seguida. ¡El cerebro sabía que él, Widburn, estaba a su lado!

Aparecieron ondas delta en la cinta en movimiento. Era indicio seguro de que el cerebro sufría una perturbación emocional,

Sin embargo, parecía fatigado, y pronto volvió a dormirse. Reapareció la línea regular. El cerebro dormía profundamente. Estaba agotado por la grave operación.

Widburn contempló su suelo tranquilo y alerta por medio de la línea que la pluma iba dejando en la blanca cinta de papel que se deslizaba entre sus dedos. La observó durante horas y ya no le cupo duda de su éxito.

129

SOLO UN CEREBRO

El cerebro de Caracciolo seguiría viviendo, aunque su cuerpo hubiera muerto,

Ha estado aquí un periodista antes de que te levantaras. Quería saber todo lo relativo al accidente de Caracciolo -dijo Ruth mientras le servía café.

El se había puesto tenso.

-Creo que le he respondido bien -le tranquilizó ella, intuitiva. Le he dicho que tenía el pecho destrozado, las piernas rotas, un brazo cortado y... y... el cráneo, según creía.

Por primera vez en mucho tiempo, se escuchó la risa breve y complacida de Hugh. Podía contar con ella, corno contaba con Sam.

-Según creías, ¿eh? Eso esta muy bien.

-¿Tendrás... complicaciones? -preguntó timidamente Ruth.

-No, siempre que no haya autopsia.

Aquel día Widburn fue solicitado por la dirección del hospital al que el cadáver fue conducido para responder a unas cuantas preguntas con vistas al informe.

Pero no surgieron complicaciones. La gente. vivía demasiado deprisa, demasiado preocupada y Hugh Widburn tenía prestigio. Certificó que la cartera manchada de sangre y conteniendo abundante dinero la había extraído de las ropas del muerto, así como otros objetos que Caracciolo llevaba en ellas.

Estaba en el hospital cuando se presentó Luigi Caracciolo, hermano del difunto. Widburn tuvo que relatarle su muerte, lo que había hecho por él y... muy poco más. El hermano de Joseph se mostró agradecido Y sin ningún deseo de investigar. Hugh se preguntó si la cuantiosa fortuna que debía heredar sería suficiente para adormecer sus recelos.

Luigi no concedió autorización para la autopsia y el cadáver recibió sepultura. Todo iba bien.

130

SOLO UN CEREBRO

Hugh Widburn regresó precipitadamente a su casa. Su trabajo necesitaba concentración. Debía controlarse, tranquilizarse para arrastrarse por el túnel oscuro de la ciencia. Mientras, conducía por la recta carretera, más tranquilizado después de la prueba sufrida, supo repentinamente cómo podría observar más de cerca el cerebro.

Cuando descansaba, relajado, producía ondas alfa de diez ciclos. Apenas se le estimulaba, pasaba a emitir ondas beta de veinte variaciones por minuto. Si comunicaba las ondas alfa amplificadas con un circuito alterno que estuviera conectado con una bombilla eléctrica, cualquier cambio de frecuencia cambiaría el circuito y encendería la lámpara.

La bombilla se encendería cuando el cerebro pensara. Si la bombilla permanecía apagada, el cerebro estaba descansando. ¡Qué sencillo!

Cuando entró en su laboratorio lo hizo silenciosamente para no turbar el descanso del cerebro.

El encefalógrafo demostraba que estaba durmiendo

Widburn se puso a trabajar sin ruido. Conectó el amplificador al circuito alternador y una bombilla al circuito,

Dio la corriente y observó la lámpara.

El cerebro descansaba y producía ondas alfa. Golpeó encima del recipiente en el que estaba el órgano y éste sintió de inmediato la perturbación. El encefalógrafo registró ondas delta, los ciclos alfa desaparecieron, intervino el circuito y la bombilla se encendió.

Hugh clavó la vista en el milagro y se sentó para disfrutar de su éxito.

La lámpara se apagó, El cerebro volvía a descansar. Pero apenas se levantó, percibió el movimiento y la lámpara volvió a encenderse.

131

Mientras regresaba a su escritorio para anotar el momento de su descubrimiento, se le ocurrió otra idea. Si era cierto que el cerebro tenía emociones, reacciones y percepciones, quería decir que pensaba coherentemente. Sin duda percibía las perturbaciones exteriores, En caso contrario las ondas alfa no se hubieran convertido en beta y delta. Indudablemente se estaba produciendo un proceso sistemático de pensamiento en esta masa sin ojos y sin oídos.

Podría sentir la luz tal como un ciego o percibir el sonido tal como los sordos. Podria, sumergido como estaba en esa oscura y muda existencia, producir pensamientos inmensamente claros e inspirados. Por la sola razón de que estaba separado de toda distracción sensible, podría concentrar toda la potencia cerebral en pensamientos importantes.

¡Necesitaba conocer esos pensamientos! Pero, ¿cómo ponerse en contacto con el cerebro?

No podía conversar ni moverse, pero si lograba estudiar su pensamiento, podría penetrar en grandes laberintos no resueltos de la naturaleza. Era posible que el cerebro creara, en plena soledad, las respuestas adecuadas para preguntas eternas.

Para vivir lo más cerca posible del objeto de sus experiencias, Hugh Widburn hasta trasladó su cama al laboratorio. Ruth no tuvo un comentario para ello. Indudablemente aceptaba la situación, puesto que no podía remediarla. Protestar no iba a servir sino para empeorar las casi inexistentes relaciones entre ambos. La había dominado, como dominaba a Sam.

La psicosis de triunfo le estaba invadiendo peligrosamente. ¿Hasta dónde podría llevarle?

Ni siquiera abandonaba el laboratorio para comer. Ruth, algunas veces el propio Sam, le llevaban la comida. Había pedido que le enviasen todos los perió

132

dicos que se editaban en la nación y leyó afanosamente lo que en la mayor parte de ellos se publicó Sobre Joseph Caracciolo. Sabía ya tanto de él como si fuera uno de sus íntimos.

Entre el cerebro del recipiente y Hugh se había establecido una relación muy estrecha. El cerebro no era sólo una materia muda, sorda, que se mantiene con vida gracias a una bomba y que continúa existiendo en soledad. Es un órgano viviente, que reacciona con docilidad y que responde a los estímulos tal como todo ser humano.

De cuanto Widburn había leído sobre Caracciolo se desprendía su verdadera personalidad: un gangster sin escrúpulos que establecía su control sobre varios importantes trust en todo el país. La policía le seguía, pero nunca había podido probarle nada. Su fortuna debía ser fabulosa y sus enemigos considerables.

Widburn tenía suma curiosidad por indagar todavía más de la vida de Caracciolo. No se conocían las leyes de las emociones humanas, pero él podía tener la oportunidad de penetrar en los misterios del cerebro y descubrir, quizá, los factores que determinaban sus capacidades.

¿Cuál podía ser la reacción química que determinaba el éxito?
¿Cuál, la responsable de los fracasos? ¿Cuál engendraba la felicidad? ¿Cuál la desgracia?

El cerebro de Caracciolo le daría las respuestas. Durante muchas horas Widburn dejó correr el encefalograma entre sus dedos, intentando encontrar una relación entre las formas de las curvas y los pensamientos que pudieran expresar, Era cosa sabida que cuando el cerebro pensaba en un árbol, las curvas eran distintas a cuando imaginaba un niño o un coche Un estallido de rabia tenía que dibujar señales diferentes que un momento de placer.

133

SOLO UN CEREBRO

-He de encontrar la clave para comunicarme con el cerebro de Caracciolo... tengo que encontrarla...

Pero no podía hablarle, puesto que carecía de órganos auditivos. Carecía del sentido del gusto y no podía ver. Mas, sin duda, era sensible al tacto. Bastaría tocar el recipiente de vidrio para que el cerebro recibiese las ondas sonoras y reaccionase.

Todo el problema residía en la recepción de la respuesta.

Durante varios días, Widburn intentó transmitir la misma frase en Morse: puntos y comas que traducían: "¡Escuche, Caracciolo, escuche!".

El encefalograma reaccionaba, pero siempre de modo distinto, en frecuencias beta y delta. Nunca repetía dos veces seguidas la misma curva. A Hugh se le ocurrió que posiblemente desconocía el sistema Morse y decidió tratar de enseñárselo. Pacientemente golpeaba sobre el vidrio cada una de las señales.

Día y noche prosiguió infatigablemente la tarea en cuanto veía encenderse la bombilla indicadora de que el cerebro estaba despierto. Tenía la impresión de que el cerebro le observaba a él con atención. Apenas cesaba de golpear, las frecuencias de la cinta de papel se alteraban. ¿Le estaría enviando el cerebro de Caracciolo mi mudo mensaje?

Hasta en sueños Widburn proseguía el intercambio. Estaba seguro de que el cerebro de Caracciolo era inteligente; de la nada se había convertido en un hombre sumamente poderoso. Tenía que serlo.

Volvió a empezar una vez más: "¡Escuche, Caracciolo! ¿Me entiende? Si me entiende trate de pensar tres veces seguidas en una montaña. Tres veces: ¡Montaña! ¡Montaña! ¡Montaña!".
Observó el encefalograma. La pluma se movió nerviosamente Formó un signo, el mismo signo, tres

134

veces, Las ondas delta sacudían la pluma, confundidas.

¿Probaría eso que Caracciolo había comprendido?

Repitió la prueba y la misma señal apareció por tres veces. Poco después los ciclos alfa se disolvieron en frecuencia beta suave y repetida. El cerebro, agotado, se quedó dormido.

Podía medir la profundidad de las curvas. Las deflexiones se ampliaron, El cerebro soñaba. ¡Tenía una pesadilla!

Widburn estaba demasiado excitado con su triunfo y lo contó a Sam que se había comunicado con el cerebro de Caracciolo.

-No me interesa Hugh, me da miedo; debías abandonarlo todo.

Estaba mucho mas sereno que anteriormente y desafiaba a Widburn con su menosprecio sobre el experimento. Sin embargo, a su pesar, se vio arrastrado hasta el laboratorio.

-Tienes que cerciorarte por ti mismo de hasta dónde he llegado -insistió Huhg.

Golpeó el recipiente y le indicó al cerebro que pensara tres veces en una montaña.

El encefalograma dibujó curvas inequívocamente
congruentes y las repitió tres veces. Sam, que era muy
inteligente a pesar de su degradación, lo comprendió todo.

-¡Tenías razón! El cerebro está vivo. Si llegases a descifrar sus mensajes...

Miró cuidadosamente la cinta de papel examinándola de cerca.

- -Frecuencias alfa, beta, delta... no hay modo de interpretar las curvas.

-Si se registran todas las ondas del pensamiento en una cinta de papel --dijo Widburn- y te fami

135

liarizas con las curvas, es posible que se pueda comparar el encefalograma de uno mismo con el del cerebro de Caracciolo. Suponte que registro mi encefalograma de la palabra "pájaro". ¿No producirá Caracciolo la misma curva a! pensar la misma palabra? ¿No será posible deducir un significado por medio de comparaciones? ¿Por qué no vamos a poder descifrar los mensajes de Caracciolo con este método? Las ondas sonoras y las ondas cerebrales se parecen en la forma. Las cerebrales oscilan entre medio y 60 ciclos por segundo. Las sonoras entre 10 y 16.000. El sonido tiene variación más amplia que el pensamiento.

Sam negó. Entendía de aquello quizá más que el propio Widburn.

- --Las ondas sonoras tienen frecuencias estables -dijo-, pero las cerebrales son distintas en cada individuo. La fluidez de una idea depende del microvoltaje que desprenda el cerebro y éste camina de minuto en minuto. Debemos descartar el hecho de leer el encefalograma como si fuera un telegrama.

_Quizá tengas razón.

-¿Y si pudieras ponerte en contacto con él por telepatía?

-¿Un método tan ortodoxo?

-¿Y por qué no? El cerebro produce microondas. El aire ambiente está siempre cargado eléctricamente con una frecuencia de 9.000 ciclos. Nuestro cerebro envía ondas que perturban el campo eléctrico de la atmósfera, la cual, a su vez, conduce las ondas al receptor. El cerebro pensante es el transmisor, el otro el receptor.

Hugh reflexionó seriamente. El cerebro número uno el transmisor; el cerebro número dos el receptor; la atmósfera circundante el campo eléctrico.

-Todo eso puede probarse. Veremos si un pen

136

samiento producido por la persona número uno puede ser recibido por la persona número dos. La telepatía no es un mito, desde luego... Si pudiera borrar mis propios pensamientos, quizá recibiera los de Caracciolo.
Se sucedían los días y el experimento seguía en punto muerto. La telepatía tampoco daba resultado. Al fin Widburn tuvo una idea que creyó acertada. Si el cerebro de Caracciolo no era lo bastante fuerte para emitir sus pensamientos por telepatía, debía de aumentar su potencia haciendo sus descargas cerebrales más poderosas.

Hugh instaló otra lámpara ultravioleta, agregó más suero sanguíneo fresco y la sangre arterial para expulsar más rápidamente el anhídrido carbónico y preparo nuevo plasma sanguíneo enriquecido con bases concentradas, ácidos, sales, aminoácidos, grasas, proteínas, etc., para tenerle con una buena concentración de hidrógeno.

Quería sobrealimentar el cerebro. El aumento de sustancia nutricia afectaría al metabolismo, incrementaría el conjunto de los cambios químicos y tisulares.

Dos días después, la capacidad y el potencial eléctrico habían aumentado quinientos diez microvoltios

Widburn estaba agotado; no vivía más que para el cerebro.

Días más tarde, como tantas otras noches, se había acostado exhausto por completo. Al despertar tenía manchados de tinta los dedos de la mano izquierda y encontró en su libreta de notas un garabato casi ilegible. La puerta seguía cerrada con llave por dentro. ¿Quién podía haberlo escrito?

¡El! ¡El propio Hugh Widburn, mientras dormía! ¡Y era la firma de Joseph Caracciolo!

137

SOLO UN CEREBRO

Se acercó al encefalograma. Lo había dejado funcionando toda la noche. El cerebro dormía, pero parte de la cinta de papel estaba marcada con recios trazos de pluma que llegaban hasta el borde de la cinta Y que sólo se podían haber producido en un estado de extrema agitacion.

Repentinamente, débil y mareado, Hugh hubo de tomar asiento. Recordó que Caracciolo era zurdo. Lo había leído en una de las revistas. Tenía que haber sucedido como suponía. Cansado como estaba por el trabajo había caminado en sueños e imitado inconscientemente la firma de Caracciolo. Su febril deseo de entrar en contacto con el cerebro pudo haber producido el fenómeno.

Pero... ¿y sí Caracciolo le hubiera ordenado hacerlo? La resistencia mental es muy débil durante la noche, la conciencia se mueve entre el sueño y la realidad y a veces se le puede ordenar la ejecución de movimientos como caminar o escribir.

Mientras esperaba que el fenómeno se repitiese, el potencial eléctrico del cerebro llegó a los mil quinientos microvoltios y todavía continuaba en aumento. Hugh se sentía sumamente debilitado. Y en aquel estado recibió el mensaje. Lo escribió él mismo, pero fue Caracciolo, sin duda, quien le ordenó escribirlo con la mano izquierda. Era la exacta reproducción de su firma, tal como la había visto en una revista.

Ya no albergaba dudas. El cerebro quería ponerse en contacto con él. Seguiría esperando.

El voltaje ya era de dos ni:] microvoltios. Hugh ignoraba cuánta resistencia tendría un cerebro. A su vez se sentía sumamente fatigado. Sentado en su escritorio notaba una suave laxitud que no llegaba a penetrar en su cuerpo pero se adueñaba de su cerebro. Y vio, casi sin asombro, que su mano izquierda se mo

138

vía, tomaba la pluma, escribía... De nuevo la firma de Joseph Caracciolo, nombre y rúbrica.

Seguidamente Widburn se acercó al recipiente. El cerebro estaba despierto.

-¿Me ha pedido que escriba su nombre? -dijo, golpeando el recipiente con el sistema Morse.

Repitió por tres veces la pregunta y volvió a su escritorio con la mente en blanco. Maquinalmente tomó la pluma y escribió de nuevo el nombre de Joseph Caracciolo.

* * *

El cerebro de Caracciolo dormía durante más de la mitad del día. Alrededor de los tejidos se estaba formando más materia gris y más materia blanca, agrandándose. Ahora ya no había duda, imponía su poder sobre los pensamientos de Widburn. Este tenía la impresión de que otra voluntad dirigía todos sus movimientos.

Un cerebro sin cuerpo utilizaba el suyo para conseguir independencia por su cuenta, a pesar de ser mudo, ciego y sordo.

Hugh sentía su personalidad dividida en dos. Era dueño de sí cuando el cerebro de Caracciolo dormía. Cierto que SUS pensamientos habían sido al principio como incoherentes, pero se iban precisando; daba respuestas lógicas a las preguntas que le hacia golpeando el recipiente en Morse.

En los mensajes que Widburn recibía empezaba a sonar un nombre: Héctor Malinas. Era un nombre que le sonaba. ¿De que...? Pudo recordarlo. Los periódicos habían hablado de él como rival de Caracciolo. En la mente de Hugh aparecía también una imagen nunca entrevista hasta entonces. ¿Corres -pondería a Malinas?

* * *

139

Veía muy poco a Sam y Ruth. Cada día menos. Pero ellos debían haberse puesto de acuerdo, pues ambos, por separado, le pidieron que interrumpiera los experimentos, que "matara" el cerebro de Joseph Caracciolo.

--Vas a caer enfermo -le había dicho Sam.

-"Estás" enfermo -sentó Ruth--. Abandona esas investigaciones.

* * *

Widburn quiso averiguar si el cerebro tenía poder sobre él a distancia y se marchó a la ciudad en su coche. A quince millas de su casa recibió una orden del cerebro y regresó a toda velocidad.

El incidente había servido para demostrar que el cerebro sabía en todo momento lo que él estaba haciendo. ¿Cómo? ¿Cómo sabía que había abandonado la casa y anteriormente el laboratorio? Hugh supuso que la relativa potencia de los microvoltios emitidos por su propio cerebro, informaba al de Caracciolo de su cercanía o distanciarniento.

Por otra parte, la descarga eléctrica del cerebro de Caracciolo había llegado a los 3.500 microvoltios. ¿Cuánta sustancia seguiría agregándose al cerebro? ¿Habría un límite? ¿O era teóricamente infinita, como el proceso canceroso?

* * *

Dos meses llevaba el cerebro de Caracciolo en su laboratorio y, de nuevo, le había ordenado escribir. Por quinta vez repitió en su mensaje el nombre de Héctor Malinas. Y luego una dirección.

Entonces entró Sam. Llamó a Hugh, pero éste ni siquiera le oyó hasta pasados unos minutos.

-¿Qué hacías? -preguntó Sam, receloso.

-Me comunico con el cerebro. Es decir, él se **comunica conmigo.**

Hugh le pasó el papel que Sam miró con temor, antes de dirigir un vistazo enojado al recipiente que contenía el cerebro.

Widburn le contó sus experiencias y vio cómo el rostro abotagado de aquel hombre se tornaba lívido.

-Líbrate de él, Hugh. Líbrate de él -dijo sombríamente.

-¿Te das cuenta? Soy el primer científico que ha conseguido esto. ¿Y quieres que lo deje? ¡Jamás!

Aquel día Ruth hizo un esfuerzo para atraerse el buen sentido de Widburn.

-Ese experimento te matará. Además, aquel periodista que estuvo aquí a investigar el día de la muerte de Caracciolo ha vuelto varias veces. Como no quieres ver a nadie no te he pasado el recado. Pero creo que está investigando. Sabe que realizas experimentos con cerebros de animales y los camilleros de la ambulancia se han ido de la lengua. Le han contado que ellos no vieron que en la cabeza del accidentado hubiese heridas. Deshazte de ese cerebro, Hugh.

Era inútil, todo era inútil. Hugh Widburn estaba mudo, sordo y ciego para todo lo que no fuera el cerebro de Joseph Caracciolo.

Aquella noche, completamente agotado, con el sistema nervioso y toda su energía minada por la doble vida, se quedó dormido.

Le despertó un grito velado y saltó del lecho. La bombílla parpadeaba como si el cerebro estuviera pasando por una gran emoción. Hugh escuchó una voz, una voz que hasta aquella noche nunca había escuchado y salió del laboratorio, llegando como un autómata hasta la habitación de Sam.

Volvió en sí cuando Sam se defendió bravamente

141

y consiguió golpearle en la cabeza con el despertador que tenía en la mesita de noche. Le miraba con terror no exento de incredulidad. Respiraba entrecortadamente al decir:

-Has querido matarme... has querido matarme...

-No... no sé cómo ha sucedido...

---Sí, has querido estrangularme; creí que nunca podría arrancar tus manos de mi cuello -se quejó Sam.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo habría atacado a Sam? -se preguntaba Hugh.

¿Tendría el cerebro poder para ordenarle matar?

Parte del terror de Sam se le contagió. Reflexionando, llegó a la conclusión de que la voz oída en sueños era la de Caracciolo, inaudible para todos, menos para él.

* * *

Hugh Widburn pasó dos días comunicándose con el cerebro. Sus ratos de lucidez iban siendo menores. Comprendía cada vez mejor los mensajes de Caracciolo. Le estaba ordenando marchar a Los Angeles y repetia el nombre de Héctor Malinas y aquella dirección que ya el investigador sabía de memoria.

Pero además añadía nuevas instrucciones; todo lo que Hugh Widburn debía hacer: lo que Joseph Caracciolo hubiese dejado listo al día siguiente del accidente de no sobrevenir éste.

Cuando Widburn salió del laboratorio y se dirigió a su coche, caminaba con piernas vacilantes. Sólo su mente estaba firme, segura de lo que debía realizar.

-Hugh... Hugh... ¿dónde vas? ¡Vuelve! ¡Por favor, Vuelve! -suplicó Ruth inútilmente.

Hugh arrancó bruscamente y se perdió en la cinta de la carretera.

* * *

142

SOLO UN CEREBRO

Los Angeles. El hotelito de Héctor Malinas

-Malinas, rostro ancho, cuerpo de gorila, miró a Widburn con asombro.

-Sabe muchas cosas de mí, pero yo ignoro quién es usted.

-Caracciolo... ¿no le dice nada ese nombre?

-Si -rió ruidosamente-. Que está pudriéndose bajo tierra. ¿Por qué le ha nombrado?

-Soy el heredero de] cerebro de Joseph Caracciolo. El me ha dicho: ve y mata a Héctor Malinas. Y a eso he venido.

El asombro apareció en la ancha cara de Malinas. Comúnmente nunca lograban sorprenderle. Nunca... menos en esta ocasión. Quiso llegarse hasta su mesa, pero la bala disparada por el arma de Widburn no le dio tiempo. La recibió en la espalda y todavía consiguió arrastrarse hasta el cajón. En la fracción de segundo, que tardó en apoderarse a su vez de su propia arma, algo ocurrió en el cerebro de Hugh Widburn. El supo que había dejado de recibir las órdenes de Caracciolo.

Cruzó su mente, como un relámpago, la sospecha de que Ruth, quizá Sam (¡con cuánta fuerza se presentó en su imaginación sus ojos desorbitados mientras se defendía de su ataque!), hubiera desconectado el circuito de alimentación. ¿Podía ser eso? ¿Se habría dormido el cerebro de Joseph Caracciolo?

Se encontró débil, tan débil que las piernas apenas podían sostenerle. Y tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para saltar de costado eludiendo el punto de mira del arma de Malinas, que apuntaba en su dirección.

Y de pronto dejó de ser el científico para enfrentarse a un dilema nuevo para él, viejo como el mundo: matar o morir.

143

Apretó el gatillo. Héctor Malinas acabó de rodar grotescamente por tierra, Con ruido insospechado. El arma cayó de su mano. Se inmovilizó.

Repentinamente Hugh Widburn se encontró sereno, consciente, terriblemente consciente, midiendo el alcance de sus actos. ¡Había dejado que el cerebro criminal de Caracciolo entrase en él, perpetuándose!

-¡Dios mío! ¡Dios mío! -gimió.

La casa se había llenado de ruidos. Motores que enmudecieron, pasos, voces.

-iPolicía! ¡Entréguese!

En el exterior, resguardándose en un saliente de la pared, estaba aquel periodista al que Ruth había despedido más de una vez sin permitirle entrevistar a Hugh. Aquel periodista que investigaba en la sombra y había alertado a la policía.

Dentro, Hugh Widburn se hizo cargo de la situación.

-¡Deténganse! Puedo explicarles... -chilló fuera de sí. Todavía conservaba el arma en la mano...

En la puerta apareció un inspector, encañonándole y Hugh perdió la cabeza, o el control de sus nervios. Quizá no quiso apretar el gatillo, pero lo apretó.

Una vez, dos, tres...

El policía rodó por el suelo y otro le sustituyó. Su revólver de reglamento vomitaba fuego. Widburn cayó acribillado.

¡Qué sorprendente lucidez. le invadió durante unos segundos! Quiso explicar lo ocurrido... y no pudo.

En su laboratorio, Ruth y Sam contemplaban el **recipiente de** cristal con aquella cosa inmóvil dentro.

-Se ha terminado... se ha terminado -sollozó Ruth.

Y Sam arrojó lejos los cables arrancados del circuito de alimentación del aparato de respiración.

144

Falsa dimensión

Luke Harris estrelló su "Ford" último modelo contra un árbol, a cien kilómetros por hora, después de abandonar el bulevar Norte, un lunes por la mañana. Se dirigía a Manhattan, procedente de Long Island, donde tenia una casa con aspecto de rancho, una mujer, un perro y un hijo de diez años. Toda una vida...

Empezó a maldecir su suerte cuando el coche inició su primera voltereta. Al aplastarse el techo estaba pensando por qué demonios tenía que cerrar los ojos un segundo y rozar un árbol. "¡Maldita sea, voy a matarme!", pensó.

Aunque poco académico, es lo que a uno se le ocurre cuando inesperadamente ve llegar a la Parca. El cerebro trabaja a mayor velocidad que las glándulas. No hay tiempo de sentir gran cosa; sólo se piensa.

Felizmente, el impacto lanzó a Luke de bruces contra el extremo opuesto del asiento. El coche volcó y el techo se aplastó, pero Luke no se rompió la cabeza ... No la tenía allí.

145

El coche volvió a girar sobre si mismo. Luke rebotó atrás y adelante entre el tapizado Y el techo hundido a sólo unos centímetros de su espalda. Chirrió el metal; saltaron los cristales y dispersáronse como espuma; reventó una cubierta y después otra. Los músculos de Luke se distendieron de un modo agónico, en especial los de la espalda y el cuello.

El coche recuperó su posición normal y se detuvo, balanceándose. Millares de pequeños temblores se sucedieron en segundos. Al fin, el silencio.

Luke siguió escuchando todos los ruidos, reteniéndolos. Golpeó con los pies hasta hacer saltar la portezuela izquierda... Retrocedió arrastrándose hacia ella y la cosa fue bien hasta que sus hombros alcanzaron el volante, que se había doblado y acercado al asiento. Trató de contornearlo arrastrándose de costado, pero no lo logró; el aplastado techo estaba demasiado cerca de su cabeza. Lo único que pudo hacer fue vaciar de aire los pulmones, recoger los hombros y serpentear.

Emergieron sus piernas agitándose en el aire. Se arañó una espinilla. Echo hacia atrás los brazos y se apoyo en el volante, que estaba ahora aproximadamente a la altura de su barbilla, Al fin salió de la puerta con la chaqueta medio enrollada en la cabeza. Sus pies encontraron el suelo y después sus rodillas. Quedó arrodillado, con la mejilla contra el frío metal de la puerta arrancada. Lleno de odio hacia el coche se desprendió de él ayudándose con ambas manos y se arrastro sobre el polvo y la hierba. Tendido de espaldas, se llevó las manos a la cara y empezó a llorar.

Un chirrido de frenos; pasos corriendo. Alguien se arrodilló a su lado. Dos manos tocaron ligeramente sus muñecas, corno si quisieran apartarle las suyas de la cara pero les diese miedo hacerlo.

146

-¿Está usted bien, señor? -dijo una voz.

Las manos se hicieron más rudas, hasta separar las de Luke. Después la voz suspiró, y Luke sintió en el rostro un aliento de tabaco.

-Gracias a Dios. Creí que había sido en los ojos.

Ahora Luke estaba temblando, con largos estertores que empezaban en su abdomen y subían hasta estremecerle los hombros.

Otro ruido de frenos. Más pasos. Una nueva voz dijo:

-Parece mentira que haya podido salir de ahí. ¿Está bien?

-creo que si -repuso la primera voz.- Está medio atontado. El golpe. Aún no se le ha pasado el susto.

-Sé algo de esto -dijo una voz de mujer-. Aparca. Voy a reconocerle.

Luke lo encontraba divertido. Empezó a reírse. Se cortó. Al diablo la risa.

Hubo una pausa expectante. Un ligero roce femenino le recorrió la frente, la mandíbula, el cuello, descendió por su pecho... Volvió a iniciar el recorrido, ahora presionando más fuerte. Era como un cosquilleo. Luke seguía riéndose.

Recibió una bofetada en la mejilla izquierda que le hizo volver la cabeza; un golpe para hacerle abandonar aquella absurda risa.

El efecto fue pasar de la histeria a la rabia. Soltó diez palabras gruesas.

-Creo que está perfectamente Algunas costillas rotas, Mal asunto para reírse -dijo la mujer.

Luke trató de sentarse. Dijo otras cuantas palabras, o más bien lo intentó, llevándose una mano al costado.

-Echese -dijo la mujer.

Le ayudó a hacerlo. Sintió una punzada en el costado. Empezaba el dolor. Echó una mirada a los rostros. No vio nada, volvió a cerrar los ojos y esperó acontecimientos. Ahora el problema no era suyo, sino de ellos. Pronto se desencadenaría el mecanismo social; acudirían los policías y una ambulancia y se cuidarían de él. Era el centro de todas las miradas. Así suele ocurrir en los desastres; pero nunca se encuentra uno tan solo.

El ruido de una motocicleta, Pasos acercándose y después alejándose en la carretera. La moto salió disparada. Para entonces, Luke caía en una noche traspasada de dolor.

* * *

Lo primero que. oyó al volver en sí fue el teléfono del hospital donde se despertó hacia mediodía, esa misma jornada.

La enfermera que estaba estirando la ropa de la cama, dijo:

-¿Cómo se siente, señor Harris?

Dio un respingo y la miró.

--Vivo.

-¿Dolores?

-Soportables.

-Fue un choque tremendo. Los guardias dijeron que lo único que le salvó fue que estaba cogido entre el techo aplastado y el asiento y apenas podía moverse. Sólo el volante le aplastó las costillas.

-¿Han avisado a mi familia?

-Entré a ver si estaba ya despierto. Su mujer espera ahí fuera.

Luke suspiró. "Sería estupendo estar una temporadilla sin trabajo y jugar con el chico... :Si pudiese!".

148

La enfermera se detuvo en la puerta, sonriendo con un asomo de severidad.

-Nos ha ayudado muy poco el que lleve sus datos personales en clave o en algo parecido.

Luke pestañeó.

-Supimos el nombre por su cartera, pero la dirección y el teléfono están equivocados.

-No lo entiendo.

-Sobre todo el teléfono. La dirección estaba casi bien: 1801 en vez de 1811. Pero lo que ha puesto como número de teléfono no tiene sentido. No existe esa central. Tuvimos que consultar con Información para localizar a su familia.

-Es usted muy guapa -dijo Luke lentamente- y dice cosas muy raras.

-Gracias, pero es como se lo digo. Será mejor que lo corrija.

-Mi identidad -dijo Luke- está en perfecto orden...

Pero ya había salido.

Siguió pensativo.

El contenido de sus bolsillos en el momento del choque se hallaba cuidadosamente amontonado en la mesilla de noche. Alargó el brazo, tomó su cartera y rebuscó hasta encontrar la tarjeta con funda de celuloide:

Luke J. Harris.

1801 South Dak Street.

Greenhill, Long Island.

New York.

Highview 6-4509J.

Absolutamente exacto.

La enfermera había dicho que estaba equivocado.

¿Se habían molestado en comprobarlo? ¿El teléfono? Había dicho que no existía esa central. Tenía

149

un aparato en la mesilla. Le lanzó una agria mirada mientras volvía a colocar la cartera junto a él. Era un teléfono negro, corriente. Quizá algo más aerodinárnico que la mayoría...

Con un disco marcado A-123, B-234, C-345, D456, E567 ... Y así hasta J-000.

Estaba contemplando el teléfono y sacudiendo la cabeza cuando entró Mary. Hubo lágrimas, naturalmente.

-Gracias a Dios... gracias a Dios... -repetía, apoyada contra su hombro.

La presión en su costado le ocasionaba dolores, pero la abrazó aun más fuerte, pensando lo mismo: ¡Gracias a Dios!

-Perdóname, perdóname... -siguió ella.

-¿Por qué?

-La discusión... -se apretaba contra su costado-. Querías morir. ¡Sé que es eso por lo que tuviste el accidente!

No pudo evitar que la presión le hiciese exhalar una pequeña queja. Ella se sorprendió y se echó hacia atrás.

-Pobre, te estaba haciendo daño.

-Me gustaba ---dijo él.

Ella tenía los oscuros ojos llenos de lágrimas e hizó algo que no había hecho durante años. Inclinó la cabeza hasta que los cabellos le cayeron sobre la cara y le acarició con ellos levemente el rostro.

-Entonces, ¿no estas enfadado? -preguntó a través de su suave pelo.

-¿Enfadado, por qué?

- -Por la discusión.

Pensó un momento, mientras le pasaba la mano por la nuca.

-¿Qué discusión?

150

El **pelo azotó su cara deliciosamente. Después sintió la presión de la** nariz junto a su oreja, y ocu**rrió algo más que tampoco había ocurrido durante años: ella le cogió un trozo de piel entre sus dientes y lo acarició con su lengua. Se le erizó el vello.**

-Entonces, ¿ya no estás enfadado? -le susurró.

-Yo... -tragó saliva, sintiendo demasiadas cosas a la vez-. No, nena, no estoy enfadado... Incluso he olvidado sobre qué discutíamos.

-;Qué. bueno eres,

Con suave fuerza apartó a la fuente de sus emociones, haciéndola volver a sentarse.

-Esta cama es demasiado pequeña para dos. Además, los médicos y otras personas entran a cada paso.

Ella sacó un pañuelo y se enjugó los ojos. Ya no lloraba. Sólo lanzaba pequeños sollozos sin lágrimas. Sentada en el borde de la cama retenía su mano

--De buena te libraste.

-No fue mucho para lo ocurrido. Sólo un par de costillas aplastadas y algunos arañazos, según me han dicho. Podré irme dentro de un par de días.

La contemplaba con un deseo que. no había sentido desde hacía mucho tiempo; quizá el accidente hubiera sido un bien. Acaso hubiese alejado desdenes... o indiferencias, Llevaban doce años casados. Tiempos buenos y malos. Un hijo. Ambos se aproximaban a los cuarenta. Ella era todavía una mujer cálidamente atractiva, y él llevaba sus años mejor que muchos. Ultimamente habían estado... bueno, bastante apartados. Pero ella parecía arder con nuevo fuego, y él lo saludaba con alegría. ¡Que ardiese! Sentía en sí la respuesta, aquel viejo deseo. Tiembla, tiembla, llama...

-¿Fue un choque horrible, verdad? He sufrido

151

terriblemente durante estos días. Pero mi estúpido orgullo... Si pensabas que estaba tonteando con Mike Hammond no iba yo a tratar de hacerte cambiar de opinión.

-Mike Hammond -dijo él vagamente-, Mike Hammond... ... ¿Te refieres a Mike Hammond?

-Mike Hammond, el vecino de enfrente -sonrió-. Ese grandote Y calvo que me resulto tan atractivo como un búfalo de agua. Por Dios, Luke, ¿cómo pudo ocurrírsete alguna vez que yo tenía algo que ver con él? Y siento haberte tirado la foto... con cuadro y todo.

Luke Harris cerró los ojo, El vecino de enfrente era un tipo grandote llamado Mike Hammond. Y Mike Hammond conservaba todo su pelo. Era un hombre agradable casado y muy feliz. Luke no había dicho en su vida una palabra, ni siquiera llegado a pensar en la posibilidad de una aventura entre Mike y Mary. "Jamás". De sobra sabía que Mike era el tipo de muchacho fornido y jovial al que Mary encontraba completamente falto de atractivo sexual. Además, Mary no pertenecía a esa clase de mujeres. Al cabo de doce años, aún tenía que emplear las más delicadas caricias, so pena de encontrarse con una auténtica pared; y últimamente las cosas ni aun así habían marchado. Ahora, el destino había hecho soltar una chispa. El pronóstico era bueno. Quizá, si hubiera sospechado que ella le engañaba, habría supuesto también que alguien había realizado un bonito trabajo poniéndola en forma. Pero ni había sospechado nada semejante ni, desde luego, se le ocurrió acusarla nunca de ello.

Ya se aclararía todo aquello.

-¿Qué foto? -preguntó cautelosamente.

Ella se inclinó y le besó.

-Pretendes haberlo olvidado por completo. ¡Qué bueno eres! Pero no. Admitamos honradamente lo que ocurrió, y después olvidémoslo. De modo que... perdóname.

Los equívocos estaban a la orden del día.

-Suerte que no me alcanzases --dijo él.

-Bueno... --sonrió ella un tanto avergonzada-- En realidad no tiré a dar, pero hice polvo el barniz del piano.

Piano...

El no tenía piano. Habían pensado comprar uno, para el pequeño Luke pero aún no lo habían hecho.

Aquello era demasiado.

-¿Qué piano? -dijo, medio incorporándose a pesar del dolor. No lo tenemos. Mary, ¿qué diablos pasa? No recuerdo que me hayas tirado ninguna foto. No recuerdo ninguna discusión. Mike Hammond no está calvo. Jamás te he acusado de tontear con él.

* * *

-Probablemente es sólo pasajera, señor Harris. Amnesia producida por el "shock" -dictaminó el médico.

-Doctor -repuso Luke con paciencia-. Yo no tengo amnesia. No hay ningún punto oscuro en mi memoria. Recuerdo perfectamente todo hasta el momento del choque.

-Bueno -dijo el médico, sonriendo-, yo no me preocuparía por ello. No es exactamente amnesia. Sólo ha olvidado ciertas cosas y tiene otras algo confusas.

-Nada de eso -dijo Luke.

-Usted no puede darse cuenta, señor Harris. No puede saber si tiene los recuerdos confusos. Le parecerían perfectamente reales aunque estuviese viendo dra

gones colorados. Pero, bien, después de todo... Por ejemplo, ha hablado de alguna otra clase de teléfono. ¿Qué puedo yo decirle? Tengo cincuenta y siete años. Desde que era niño, los teléfonos han **estado siempre numerados** de esta manera en los Estados Unidos, y muy posiblemente en todo el mundo.

-No lo son.

El doctor suspiró.

-Tiene usted cierta confusión como consecuencia del "shock", eso es todo. Me pregunto si no le importaría hablar con uno de nuestros psicólogos...

-Sí, me molestaría.
-Me he tomado ya la libertad de llamarle.

-Lo encuentro muy mal -dijo Luke con frialdad.

---No debería parecérselo.

-Estoy tan cuerdo como usted.

-Pues claro que lo está. Pero él podrá hacer un trabajo mucho más eficaz para convencerle de que las cosas que se imagina ciertas, y las que cree que no lo son, son simplemente tal como son y han de ser aceptadas como tales... porque usted está cuerdo.

Luke alcanzó el teléfono. Dejó que sus dedos actuasen por él. No encontraba el menor sentido al sistema de numeración. Marcó el número de su oficina... No el número, sino el movimiento que para ello solía hacer con los dedos,

-Diga... -dijo una voz.

-¿Es Ferrucy, Farrow y Compañía?

Una pausa.

-No, se ha equivocado de número.

Luke volvió a probar, dejando que sus dedos, se moviesen como de costumbre. Llamó a casa de su madre, en el Bronx.

-¿Es mamá?

154

-No, que yo sepa -dijo secamente una voz de hombre

Luke volvió a colgar el teléfono con tal fuerza que hizo sonar el timbre, Se echo y cerró los ojos.

-Luke, querido... -dijo Mary, que volvió a llorar un poco.

Luke apretó los labios.

-Te pondrás bien.

-Estoy bien --dijo-. "Y es todo el mundo el que está mal", pensó.

-Claro que está bien -dijo el psicólogo, que acababa de entrar-. Usted no padece desequilibrio.

-No utilice conmigo términos infantiles, doctor --dijo Luke. Di psicología en el colegio. No tengo el menor miedo a estar "desequilibrado". Puedo describir lo que usted cree que me pasa tan bien como usted. Pero no tengo nada de eso.

-Entonces, prestó usted poca atención a un punto muy importante de sus clases -dijo el psicólogo-. Resulta lo más difícil del mundo, incluso para una persona entrenada, tratarse a sí mismo. Usted debe saber que si alguien padece espejismo, alucinaciones o sufre fantasías de cualquier clase, no puede esperar que...

-Enionces yo...

-...la validez de sus creencias...

_...no estoy en condiciones de valorar en térmínos de! mundo real -dijo Luke cansadamente-, A priori usted tiene razón; ipso facto, yo estoy equivocado.

-- --.necesita ayuda exterior. ¿Se da usted cuenta?

-Caveat emptor.

El psicólogo señaló el teléfono, como había hecho el médico.

--He aquí el mundo real. Algo que existe. Toda

155

una prueba. Como abogado, debe usted conceder gran valor a las pruebas.

Luke Harris pensó con la misma aplicación y cuidado durante dos, tres, cuatro, cinco minutos, mientras el psicólogo esperaba, como saben esperar los psicólogos. Al fin dijo:

-Supongo que es así, Usted debe tener razón. Espero parecer cuerdo. Los teléfonos han sido siempre así. Tengo un piano. Mi mujer me tiró una foto... ¿Qué foto, querida?

-La que le sacamos el verano pasado a "León".

Los labios de Luke se contrajeron.

-¿"León"?

-Nuestro perro... ¿es que no lo recuerdas-?

-Sí, perfectamente, nuestro perro "Marqués".

-Esto pasará -dijo el psicólogo-. Amnesia traumática y fantasías. Le recomiendo encarecidamente que vea a un psicoanalista si no se le pasa. Quizá no sea capaz de recordar cuanto ha olvidado, pero él podrá...

-Salga - -dijo Luke,

_...ayudarle a amoldarse -el psicólogo se levantó-. Vendré por aquí más tarde.

-No lo haga -Luke se puso rígido en la cama, deseando saltar y gritar-. Vete, Mary,

-Luke...

El psicólogo dijo con voz tranquila:

---Salga, señora Harris.

Se detuvo ya en la puerta.

-Sé que no le gustará, señor Harris, pero naturalmentle, tendré que tomar precauciones. En su estado...

-Comprendo -dijo Luke-. Aceptado. Haga que me vigilen. No me importa. Sólo quiero no volver a hablar con nadie.

156

El psicólogo salió. Mary echó a andar tras él, con la nariz enterrada en su pañuelito.

Luke sintió que dos lágrimas le rodaban por las mejillas. De pronto, sus ojos se inundaron. Suspiró. Tenía miedo y frío. Daba diente con diente.

-Quédate, Mary -dijo.

Estuvieron muy juntos en la cama durante unos minutos, ella apoyada en sus costillas rotas y haciéndole daño, él apretándola furiosamente para que le doliese aún más. El dolor era algo real.

Ella lloraba con los ojos y la nariz, como solía hacerlo cuando era realmente desgraciada, olvidando hasta el último rastro de coquetería. Al cabo de un rato se levantó y fue hacia la ventana. Las persianas estaban bajadas e inclinadas.

-Quizá un poco de sol nos reanime -dijo.

Se alzaron las persianas.

Luke supo que estaba en el New York Hospital, piso décimo. Por la ventana podía ver el edificio Chrysler, en la zona comercial de la Calle 42, y más allá el Empire State, con una esbelta aguja rematándolo, como en el Chrysler, en vez del nunca utilizado mástil de amarre de dirigibles y poste radiante de TV del viejo Canal 4.

Gritó. Lo dijo todo. Antes de que hubiese agotado el aliento tenía a un lado a un fornido enfermero dispuesto a intervenir. Mary se desmayó.

* * *

Dos meses después le permitieron irse a casa.

Al principio se opuso a lo que era una auténtica prisión.

-La ley de Protección al Ciudadano, ya sabe -le dijeron.

No lo sabía. Y era abogado.

157

Los psiquiatras eran excelentes y trabajaron a conciencia. Entendió que sus gastos los pagaba el Gobierno. La ley de Protección al Ciudadano... No estaba mal aquello.

Le convirtieron en un ser socialmente aceptable. Le enseñaron en qué y por qué estaba equivocado. Le trajeron pruebas a montones: libros, fotografías, películas, y auténticos documentos y registros de su propia vida, donde se hablaba de tres empleos que no podía recordar y otros numerosos datos interesantes, tales como su anterior matrimonio con una chica llamada Connie Taylor.

Y en tiempos había estado prometido a una tal Rose Barcley.

Le traían la prueba y le hablaban sobre ello.

Le convencieron. Lo probaron que el mundo en que vivía no era el que creía conocer, que eran todo imaginaciones suyas, que estaba ciego para la realidad y construía sueños con datos asincrónicos. Le demostraron que el Empire State había tenido siempre una aguja que las Naciones Unidas habían resuelto el conflicto de Corea dos meses después de las hostilidades; que Prokofieff, el gran favorito de Luke, no había muerto en 1953, sino sino que seguía vivo aunque achacoso; que la televisión no se hallaba todavía perfeccionada comercialmente; que Shakespeare no había escrito "Hamlet...".

Les citó fragmentos de su obra. Se quedaron asombrados. Decían:

-¡Extraordinario! Debería dedicarse a escribir.

En ocasiones pensó que iba a volverse loco. Otras, tenía la seguridad de estarlo ya. Y hubo aún algunas, en que todo resultaba un diabólico complot: Luke Harris contra el mundo.

Desmesurada vanidad para un loco.

158

Luke no lo estaba, desde luego... Era sólo una ventolera que le deleitaba y preocupaba a los psiquiatras.

No había existido ningún Shelley. El recitó a Shelley.

-Keats -le dijeron.

-¡Extraordinario! ¡Debería usted escribir!

Le hicieron adaptarse una vez más. Hechos físicos cantan.

Pero nunca dejó de recordar el mundo que había imaginado. Seguía siendo tan claro en sus detalles "recordados" como éste, el real lo era físicamente.

Le hicieron adaptarse.

Ahora sabía lo que debe sentirse cuando uno se cree Napoleón. ¡Qué costalada!

Sobrevino la aceptación emocional.

Creyó.

Su casa era diferente, Claro que esto era de esperar.

"León" era un cocker. "Marqués" "había sido un perro de pastor".

La casa tenía cinco habitaciones. "Seis".

Era verde. "Color moho",

Había un jardín con flores en la parte de atrás. "Un huerto".

El pequeño Luke tenía el pelo oscuro. "Pelirrojo".

Lo curioseó todo, trabando conocimiento con su vida. Algunas cosas eran diferentes. En otras el cambio era sólo de matiz. Otras, aún, eran idénticas, o lo parecían hasta el punto de desafiar su inquisición. Su biblioteca... la recorrió libro a libro, y encontró el ejemplar firmado de la "Historia de la Filosofía Occidental. de Bertrand Russell, el que le había llevado el filósofo cuando dio la conferencia en Nueva York, allá por el 1945.

159

Se sentó con él lo abrazó, b acunó, le hizo caricios... Era una de las cosas recordadas. Después lo abrió.

Nunca había puesto notas en el margen de aquel libro.
Pero estaba claro que sí las había puesto.

A adaptarse.

Esa noche vino Mike Hammond... "Mike Hammond". Mike era calvo. "Pelo castaño". Luke dio cuenta de que, evidentemente, no era tan amigo de Mike como lo había sido en su mundo soñado, Mencionó las muchas partidas de golf que habían jugado juntos.

No había habido tales partidas.
Desnudándose para acostarse, Luke dijo:

---¿Dónde supones que me hice con ese mundo? El soñado. Es tan ... completo.

Mary se inclino un poco hacia él, con los oscuros ojos invitadores, cálidos, suaves.

--O1vida tu mundo soñado, Luke -susurró -. Este es real.

Era un inicio mucho más cariñoso y abierto de lo que podía recordar nunca en Mary. Se preguntó cuál sería la causa de aquel despertar y dio las gracias a lo que hubiese sido. También ella tenía un pequeño lunar que nO recordaba.

Se rieron con las necesarias concesiones y lo pasaron en grande. Era una Mary más dulce que la soñada.

En los días que siguieron trabajó muchas horas en la máquina
de escribir.

Toda su temática estaba basada en el mundo soñado.
Buscaba identidades y similitudes, las antítesis del mundo real
y las anotaba. Vertía su increíble fantasía antes de que se
desvaneciese con los años.
160

Utilizaba un sistema de dos columnas.

Mundo soñado	*Mundo real*
Estado judío: Israel.	Sholom
Roosevelt murió en 1945	Igual
Energía atómica	Todavía no
Stalin muerto	Vivo
Lautrec enano	Normal

... Y largas páginas de profundo análisis jurídico, llenas de sutiles y significativas distinciones, buscando bases históricas para las cosas existentes y confrontándola con los "recuerdos". El manuscrito llegó a alcanzar varios cientos de páginas. Podría haber continuado hasta el infinito. Es quizá mas fácil cambiar un mundo que nuestra idea de él.

A través de este proyecto, y de la omnívora lectura que implicaba, se familiarizó con el mundo real. Su psicoanalista, había consultado a uno, y ahora le visitaba dos veces por semana, era totalmente favorable a la tarea. Aprendía. Al principio era con frecuencia sorprendente. Después, solo emocionante. Más tarde, agradable únicamente.

Al fin, la cosa perdió interés. Luke dejo de escribir. Habían transcurrido seis meses. Ahora se limitaba a leer, ya con más calma. La necesidad de descargar la tensión, e incluso un leve vestigio de incredulidad, habían desaparecido.

No falto la publicidad en la prensa. Al principio poca cosa; después, cuando trascendieron los aspectos sensacionales de su caso, en oleadas.

"Un abogado neoyorquino tiene un mundo soñado".- "Los sexos, la ciencia y la sociología en otra Tierra.

El "Times" le hizo una entrevista solemne. "Life" le dedicó cuatro páginas, "Time"una columna, "Sciencific American" un suelto satírico.

161

Entonces, vinieron a echarlo todo por tierra.

De repente suena el teléfono; al descolgarle, una voz seca dice:

---Señor Harris, hemos leído su caso en el "Scientific American".

--¿Si? -dijo Luke, preguntándose qué venderían o comprarían aquéllos. Había ya firmado varios artículos.

La voz dudó.

-No creo que sea apropiado discutir esto por teléfono. ¿Podríamos pasar a visitarle cuando le resulte más conveniente?

- ¿Quién es usted?

-No se ocupe de mí... Yo... Todo esto es bastante extraordinario, señor Harris. Muy extraordiríario. Mis colegas y yo... Permítame, soy el doctor Raymond van Husen. Yo... ¿oiga? ¿Oiga?

Luke estaba mirando hacia el otro lado de la habitación, a sus estanterías. Al libro de. pastas verdes titulado "La próxima conquista del átomo", por el doctor Raymon van Husen, dos veces Premio Nobel. Van Husen, que. en el mundo soñado había tenido tan importante participación en el proyecto Manhattan y la prueba de Oak Ridge.

-Sí, doctor -dijo-, he oído hablar de usted. ¿En qué puedo servirle?

-Lo importante -dijo Van Husen-, es lo que **podamos haberle** hecho a usted, y lo que seamos capaces de hacer para remediarlo.

Luke apretó el teléfono con tanta fuerza que los nudillos le crujieron junto al oído.

--"¿Haberme hecho?"

-Yo... bueno, realmente, nosotros no se lo hicimos a usted. Si nuestra teoría es acertada... Señor Harris, creo que será mejor ir a verle.

162

-Esta noche -dijo Luke bruscamente, sintiéndose abandonado entre realidades vacilantes.

Esta noche.

* * *

La barbilla gris de Van Husen temblaba al decir:

-Mundos paralelos, señor Harris, Mundos coexistentes. Creemos que usted está en el que no debe, simplemente en el que no le corresponde.

Luke estaba caído en el gran sillón cercano a la chimenea. Enrique Patiño, el físico, había tomado asiento en la banqueta del piano, La doctora Olga Hansen, una atractiva mujer de unos cincuenta años, estaba en el diván, sentada junto a Mary.

-De modo que, sencillamente, en el que no me corresponde -dijo Luke.

-Pero Luke, ¿qué estan diciendo? - ----se alarmó Mary.

-Dicen que estoy en el mundo en que no debo estar. No hagas caso.

Mary se mordió el dorso de la mano. Luke apuró de un sorbo su whisky.

-De modo que su máquina se salió de madre -dijo-. Según ustedes, alguién olvidó apretar un tornillo, y el aparato saltó en SU montura. En vez de lanzar su rayo al blanco debido, salió de la casa, cruzó Flushing Meadows y me atizó antes de que pudiesen dominarla. Eso dicen ustedes.

-Nuestra máquina no -dijo Olga Hansen-. Nuestra máquina irradió al auténtico Luke Harris.

-Esto es algo o estúpido o insultante --dijo Luke-- . Creo que en realidad las dos cosas. Luke Harris soy yo.

Tomó otro sorbo.

163

-Perdone -dijo Olga Hansen-. Quiero decir que nuestra máquina irradió al Luke Harris que corresponde a esta Tierra. La máquina de su Tierra le irradió a usted -se detuvo y se mordió el labio-, Es algo muy lamentable. Cuando leímos su caso... nos produjo una gran conmoción, hasta llegar finalmente a darnos cuenta de lo que podía haber ocurrido.

Luke se levantó suavemente y, sin una solución de continuidad en sus movimientos, estrelló el vaso en la chimenea. El whisky chispoteó sobre los tizones.

-- ¡Váyanse al infierno! -barbotó-. Usted y todos.

-Dos Tierras -explicó Van Husen, contemplando las azules llamas del alcohol-. Casi idénticas. Y dos experimentos casi idénticos, alineados en el continuo temporal. Dos accidentes semejantes. Una transposición de Luke Harris. Así debe haber ocurrido. No hay otra explicación satisfactoria. Resultados también bastante idénticos. El accidente de automóvil... la hospitalización ... el ... el...

Miró a Mary, advirtió el fuego en los ojos de Luke y volvió los suyos a otro lado, temblándole la barbilla.

-Déjate de puritanismos, Raymond -dijo Olga Hansen.

-Continúe, poi favor -susurró Luke.

-Quizá podamos ayudarle, señor Harris -dijo Enrique Patiño en tono suave. Su arrugado rostro se volvió hacia Mary. La mirada que le dedicó albergaba siglos de latinidad. Si usted lo desea, claro está.

Luke se puso en pie de un salto. Mary se levantó y casi corrió a sus brazo,.

-Luke, no comprendo...

¿Mary? ¿Era aquello Mary?

164

-Nuestro experimento -dijo Van Husen- fue un intento para...

-¡Al diablo su experimento! ¡Váyanse y dejennos solos!

-Pero, señor Harris, quizá seamos capaces de invertir el efecto y hacerle volver...

Al fin llegaron las lágrimas. A borbotones. A veces un hombre tiene que llorar como un niño... cuando el mundo se cubre de terrones como el de la infancia. O cuando no existe tal mundo,

-Ha estado bebiendo desde que llamaron ustedes -dijo Mary, abrazándole con pasión.

Los sabios se despidieron y dejaron una tarjeta:

Graden Reseach Institute. Flushing, N. Y. 27-FE 395.

* * *

Se convirtió en un hombre sin sentido, una equivocación. La Tierra le hacía señas. Ahora que sabía, su realidad le llamaba, le llamaba con una voz gigante que era la propia naturaleza vibrando como un alambre tenso,

No podía dudar.

Las personas del calibre de Van Husen no hablan por hablar. Todos ellos parecían muy convencidos.

La Tierra llamaba.

A veces se sentía solo en el universo. En este universo Mary yacía cálidamente a su lado, reteniéndole con cuerpo y alma, y este universo era una helada película entre ellos que le mantenía en soledad.

Adquirió conciencia de una fuerza, de una tensión que en él crecía hasta hacerse casi intolerable. "El no debía estar allí". Nacido en las más lejanas galaxias. comunicado a las más próximas, cobrando amplitud

165

en cada colérica estrella, trasmitido una y otra vez, fortalecido con los corazones de las novas y el caótico pulso de las variables, un complejo de fuerzas parecía estarse acumulando... de fuerzas que trataban de empujarlo fuera de este universo, como si de algún modo fuese en él un extraño, una disonancia. ¿Realidad? ¿Fantasía? ¿Había él añadido un átomo de más a la suma de este universo? Si así era, podía frenar sus engranajes.

Luke Harris destructor del universo. Un par de veces contemplo los rojos crepúsculos preguntándose si sería aquélla la noche de su nova. No más tiempo sólo, Era urgente. Este universo rebosaba con él.

Las pequeñas cosas estrechaban su cerco

Heroína	La sinfonía de Napoleón
Demócratas	Jefferson
¿Cierto o falso?	¿Cierto o falso?

Este universo le odiaba. Se le resistía. Le golpeaba. Real o imaginaria, la sensación creció hasta el tormento y el terror. Le hostigaba desde ángulos que no conseguía cubrir, ni siquiera precisar...

Incapaz de dormir, paseaba en la oscuridad comparando su actual situación con la antigua.

Tierra II -así llamaba a este mundo- le era preferible en muchísimos aspectos. Le gustaba su trabajo. Había descubierto que era socio de su empresa...
Pero sólo una cosa resultaba importante: el amor, el calor de su hogar... la nueva Mary...

Paseó, se acobardó, pensó, maldijo a este universo... y decidió.

Ella lloró cuando le dijo que debía volver a su Tierra.

Le explicó sin descanso. El no era su Luke. Ella no era su Mary. Este no era su mundo. No podía seguir aquí y permanecer cuerdo.

166

-Yo te quieto -sollozaba ella-. No te dejaré hacerlo.

-Tendrás otra vez a tu Luke. En mi Tierra deben estarle ocurriendo aproximadamente las mismas cosas que a mí aquí. Los hombres de ciencia ya habrán entrado en contacto con él. Estará proyectando el regreso.

-¡No quiero a ningún otro Luke! ¡Te quiero a ti ¡Te quiero a ti!

-"Esto -pensó-- va de mal en peor." -Y salió a dar un largo paseo, sintiéndose en el colmo de la desgracia. No podía hacer otra cosa.

Se preguntaba si su réplica estaría también paseando bajo el cielo, sintiendo las mismas cosas que él sentía: la desgarradora necesidad de volver a su propia situación vital, pero con muy concretos vacíos. Quizá él había encontrado en Mary I algo comparable a las cosas que Luke había hallado en Mary II. Era muy posible, en este intrincado juego de equilibrios.

-Además, probablemente también él, tenía un odiado universo a su espalda...

De cualquier modo, no había salido. O, más bien, el único camino era salir.

Y su doble en la Tierra estaría pensando lo mismo por cualesquiera otras razones. Identidad. O casi identidad.

Se dio a sí mismo el plazo de una semana. Mary parecía convencida.

La realidad de la situación y sus exigencias, se le habían, al fin, hecho claras; o quizá las había, por ultimo, aceptado.

Pasaron esa postrer semana casi como dos amantes. Salieron a los clubs nocturnos y al teatro. Se divirtieron juntos. Se habían enamorado por segunda vez.

167

realmente, aunque en realidad por vez primera, y sacaban de ello el máximo partido, ella, acaso, tratando inconscientemente de retenerlo, él disfrutando por última vez de la mujer que Mary I no era.

El día que fueron al Graden Research Institute, esperaba que ella llorase. Pero no lo hizo.

Y en cuanto a sus propias lágrimas... acudirían más tarde, en su solitaria Tierra. Mejor si ella no notaba cuánto le preocupaba esto.

La máquina era mas grande de lo que él había pensado. Un enorme tubo de metal rodeando en tangente a algo muy parecido a un ciclotrón. Al final del tubo había una esfera metálica como de un metro de diámetro, suspendida de un eje ecuatorial. En la superficie opuesta al final del tubo había una mirilla redonda de vidrio rojo que daba a una gran caja de metal con los extremos abiertos, cruzada en su interior por una intrincada red de hilos.

-Queríamos enviar un átomo, solo un átomo a otra dimensión --dijo Enrique Patiño-. Eso mismo, estoy casi seguro, hacían nuestros dobles en su Tierra. Pero en vez de ellos enviamos a nuestro Luke Harris. Y ellos nos enviaron a usted.

Señaló las dos mesas que ocupaban el centro de la sala. Estaban cubiertas de papeles.

-Hemos hecho cálculos. Esto nos ha enseñado cosas muy interesantes. Parece que cada átomo (y, créame, nuestro rayo difícilmente tocaría más de uno) insistirá llevar consigo el todo orgánico del que forma paste en su viaje interdimensional.

-Me pregunto, entonces, si estrellé mí coche o el suyo -musitó Luke-. ¿Dónde está la invisible línea roja? Moléculas que se mezclan, el vapor que soy yo mezclado con el vapor que es el coche...

-El suyo, creemos. Sería imposible decirlo con

168

certeza. No obstante, suponemos que el fenómeno de transposición del total se aplica solamente a la **materia viva** y a todos los objetos dentro del alcance efectivo de su campo electromagnético...

Siguió hablando.

Luke contemplaba la máquina.

¿Estaría otro Luke Harris, en otra Tierra, contemplando la máquina precisamente ahora?

Así lo esperaba. Y esperaba también que fuese un buen hombre. Mary II era una magnífica mujer.

--¿En dónde tengo que sacar mi billete? - dijo.

-Por aquí -le llamó Van Husen, encaramado junto a la esfera metálica. Había estado manipulando con la redonda mirilla roja.

-¿No va a haber una banda? -dijo Luke con acritud-.
¿Dónde están los reporteros y las cámaras? Y no es que esté
de humor para ello.

-Nosotros... -Enrique Patiño hizo una pausa-. Compréndalo, señor Harris, nos gustaría aplazar su partida, al menos por poco tiempo, e interrogarle sobre su Tierra. Pudimos haberlo hecho antes. pero no deseábamos allanar la intimidad de su un tanto especial situación doméstica. Queríamos que fuese usted quien viniese a nosotros... Ahora... Bueno, me temo que tendremos que contentarnos con las observaciones de nuestro Luke Harris. Nuestros recientes trabajos indican que puede ser muy peligroso para usted permanecer aquí. Peligroso para usted y para nosotros.

-También yo lo he sentido así -dijo Luke-. Estoy
desconectado. No me funcionan bien los nervios.

-Tomamos nuestra decisión esta mañana. Nos disponíamos a invitarle cuando vino por propio acuerdo.

169

-Y si me hubiesen invitado y yo contestado que no, habrían llamado a los marines.

Patiño sonrió con sonrisa asombrosamente joven.

-Desde luego, Realmente dudamos que su introducción en nuestro universo llegue a afectarlo hasta dentro de millones de años. La disrupción tendría que llegar a niveles fantásticamente altos para hacerse notar. Pero, corno hombres de ciencia, no podemos arriesgarnos a dejarle permanecer aquí más tiempo. Su influencia resulta teóricamente elevada al cubo cada 61,469 horas.

-No soy el mismo que cuando vine -dijo Luke-. He sembrado millones de moléculas, me he incorporado otras, llevo ropas diferentes...

-Debemos contar con algún tipo de mecanismo compensador, y espero que no nos equivoquemos.

-Entonces... ¿acaso no exista problema... aparte lo que yo sienta?

Patiño suspiró.

-Quizá. Pero sabemos tan poco acerca de estas cosas... Eso explica la falta de banda. Cuando usted se vaya, desmontaremos la máquina. Cuanto menos se sepa sobre esta clase de investigaciones, mejor. Quizá estemos portándonos como unos verdaderos tontos, pero acaso debiéramos sentimos aterrados.

-Bueno -dijo Luke con cierto nerviosismo-, ¿Cuando empezamos?

-En cualquier momento.

-¿Cuándo empezarán "ellos"?

-Cuando lo hagamos nosotros, o viceversa. Creo que a este nivel se puede confiar en la identidad: parecemos ser la expresión de leyes universales...

-"Ahora" -interrumpió Van Husen- . No nos pasemos el día entero hablando.

170

-Si pudiera llevarme aunque sólo fuera un libro o... -apuntó Luke.

Patiño sacudió la cabeza. Tomó a Luke por un brazo y le colocó frente a la esfera. La mirilla roja apuntaba a su frente.

Se había despedido de Mary y ahora no la miraba. Todo ocurrió muy deprisa.
Patiño levantó una mano diciendo adiós. Van Husen oprimió un botón situado detrás de la esfera metálica.

Mary gritó:

-"¡Luke!"

La máquina alcanzó en un instante su máximo alarido, ahogando aquel grito.

Mary estaba en sus brazos.

* * *

El laboratorio era aproximadamente igual. También lo era la máquina. El redondo ojo perdió su brillo. El ruido cesó.

Todos estaban inmóviles y respiraban profundamente.

Abrazado a Mary, miró a su alrededor y sonrió.

-Apenas le reconozco sin su barba, doctor Van Husen.

Volvió a mirar a Mary.

-Me alegra que lo hicieses. No podía pedírtelo.

Ella estaba llorando.

-Pensé que si lo hacía yo, también "ella" lo haría... o quizá "ella" lo pensó primero...
-Te gustará mi pequeño Luke -dijo él con dulzura-. Y la madre que acaba de irse será una buena madre para el tuyo.

Los científicos empezaban a recobrarse Siguieron diez minutos de nervioso interrogatorio, tras de lo

171

cual Luke dijo que a él y a Mary les gustaría marcharse.

Van Husen les condujo por el pasillo. Los otros dos, un Patiño idéntico y una Olga algo menos atractiva estaban ocupados desarmando la máquina.

En la puerta del ascensor, Van Husen dijo:

-¿Querrá ayudarnos, señor Harris?

-Con el más profundo agradecimiento -asintiió Luke; y oprimió el brazo de Mary.

La puerta del ascensor se abrió. Dentro no había más que una intensa luz azul.

-Ustedes primero -dijo Van Husen cortésmente.

Luke tardó un momento en decir, con voz mortecina:

-No te preocupes, querida. Nuestros ascensores son diferentes, muy diferentes.

Con sonrisa que era una mueca penetró en el vacío espacio azul, a cinco plantas sobre el suelo, con Mary a su lado.

Van Husen les siguió.

Flotaron hacia el suelo sobre la luz azulada.

Luke pensaba: "Lo único que se puede hacer cuando uno va hacia ningún sitio por una calle de dirección única es echarse a un lado. Creo que yo voy a aparcar aquí. No diré nada a Mary. Me estaré quieto, y los otros harán lo mismo".

Sus ojos se dilataron con el asombro: "¿Cuantos otros? ".

Alto.

El suelo.

"Ahora queda por ver si son millones de años o es mañana. Quizá este mundo no me odie."

No fue mañana. Y su esperanza se cumplió.
172

El ajolote

El ajolote es mi hijo del barro con nombre azteca (axolotl), una desagradable criatura de cuerpo blanquecino, fláccido y como a medio hacer, ojos pequeños, miembros débiles y cola grande y tosca. Pertenece a los anfibios, esa especie de vertebrados que en !a edad de los peces acorazados fueron los primeros en trepar fuera del agua para empezar la gran aventura de la existencia en el aire. Pero los ajolotes son anfibios degenerado cuyo ciclo vital ha abortado. Alcanzan la madurez sexual, desovan y mueren en el oscuro légamo, respirando a través de sus branquias bajo aguas estancadas, generación tras generación, como si aquella gran invasión paleozoica de la tierra firme hubiese acabado en una retirada.

No obstante, en algunos tiempos y lugares, cuando el alimento escasea o los enemigos abundan en el fondo del lago, o por otras razones más o menos sútiles, se desencadena un cambio en el mecanismo glandular de un cuerpo torpe. Arrastrada por el instinto. la criatura se mueve. con la seguridad de direc-

ción que en una forma de vida superior llamaríamos "propósito", hacia la superficie del agua, la luz y el aire que no puede respirar. Penosamente arriba a tierra. En el elemento no familiar, sus orladas agallas se marchitan. y él se estremece en contor**siones...**

* * *

Cuando atravesaron la puerta, Linden contestó a los saludos de los centinelas sin apenas darse cuenta de su presencia; pero cuando los tuvo a su espalda, le pareció verlos murmurándose uno al otro:

"¡Es él! Sí, mejor será echarle ahora una mirada; quizá no tengamos otra ocasión."

Seguramente el otro contestaría: ¿No bromeas? No tiene aspecto de estar chalado"

Linden se mordió el labio y maldijo a su imaginación. Deliberadamente inclinaba la cabeza y mantenía la mirada fija en la sólida realidad del camino asfaltado, semicubierto por la arena eternamente movida por el viento. Todo era quietud mientras avanzaban.

Tras unos cincuenta pasos se detuvo de pronto, se llenó los pulmones de aire limpio -la brisa era todavía fresca, aunque no duraría mucho- y levantó los ojos. A menos de cien metros comenzaba la protección de hormigón y tras ella estaba el acerado esqueleto de la plataforma de lanzamiento sobre la cual, enhiesta y reluciente, se alzaba la aguja de magnesio del cohete. Sus ojos, irresistiblemente atraídos por las alturas, siguieron la línea del eje vertical hacia el imaginario punto exactamente calculado allá en la infinitud.

Esa noche las estrellas serían fanales. Pero ahora no había más que un azul impoluto y sin fondo.

Una milla a lo lejos rezongaba un transporte, deslizándose por
una ladera de aire hacia el campo de

174

aterrizaje; y, muy alto, por encima de su cabeza, un negro halcón cruzó, cortando acaso aquella imaginaría línea hacia el infinito.

El cohete no lo parecía. Carecía de alas, e incluso de aletas de dirección externas y el mar de aire que le cubría no era para él más que un velo a romper. Sólo podía funcionar plenamente en el vacío, a una velocidad de muchas millas por segundo.

Los músculos de la mandíbula de Linden se endurecieron y su aliento se aceleró... A su lado, Marty dijo suavemente:

-Mírala. Apenas puede esperar a esta noche.

Algo en su tono hizo a Linden contemplarle de soslayo. Marty estaba un poco inclinado hacia adelante, y sus ojos, bajo las cejas hirsutas y ceñudas, permanecían fijos en la nave espacial. Toda su postura, más que la expresión de su rostro, traicionaba un deseo sin esperanza, una incurable envidia.

Linden miro a otro lado con embarazo.

-Lo parece -respondió mecánicamente.

Nadie disentía de Marty, de su saber que las máquinas tienen alma, un alma dura y metálica, que nunca planearon sus constructores, capaz, con la inescrutabilidad esencial de la vida, tanto de temibles traiciones como de una lealtad que excede a toda comprensión.

Marty lo sabía desde la vez en que -inmovilizado por un metrallazo en la espina dorsal, y único hombre vivo y consciente tras los antiáereos y los cazas- había sido inerme espectador mientras su avión, también mortalmente herido y sin ninguna mano en los controles, había luchado por su vida durante un cuarto de hora, en el cielo de Alemania, venciendo al fin. Ni las burlas ni la lógica lograron nunca conmover esta creencia.

175

Posiblemente, esto explicaba SU genio. A su contacto, los motores zumbaban con orgulloso placer, y complejos circuitos se mostraban dispuestos a contestar sus tácitas preguntas. Cuando esta noche el cohete rugiese y enfilase los cielos, la mano de algún personaje importante habría accionado el último interruptor; pero sería su rnano inmaterial -con su cuerpo atado a la tierra por el mal de su espalda- la que abriría y cerraría los relés vitales, mediría el combustible para el insaciable motor y mantendría a punto instrumentos y controles.

La mirada de Linden volvió a posarse en la nave. Pensó: "Parece ansiosa por marchar a aquel mundo que no es el suyo. Hasta el más torpe notaría que no fue construida para nada terrenal. Sin ruedas, orugas, aletas ni alas; tan solo el agudo perfil señalando implacablemente a la nada".

Retrocedió ante la sensación, a la vez terrible y fascinante, de hallarse en presencia de algo de otro mundo. Quizá había sido un error venir aquí ahora... O quizá el error fue venir con Marty. Se refugió en el duro consuelo de los hechos.

-Todo será auténtico, desde la órbita hasta el oxígeno. No tendré nada que hacer y muy poco que mirar... Nada que las cámaras no vean mejor -soltó una breve risa-. En conjunto, tan emocionante como un viaje en "metro".

Marty no le miraba.

-Podría ir por sí misma... me pregunto si no lo haría mejor...

Los tensos nervios de Linden vibraron.

-¡Vaya un modo de hablar! Quieres decir: Sabemos que las máquinas pueden soportar las condíciones de allá arriba, porque las hemos enviado y han vuelto; pero no estamos realmente seguros de lo que

176

el espacio reserva a un hombre. Por eso voy a ir yo, desee o no tu amiga mi compañia.

-Ya sabes cómo pienso. Deberíamos probar algunos más sin tripulantes,

-Ya hemos descubierto cuanto podíamos de ese modo; aún no se han inventado, ni se inventarán en este año o este siglo, los instrumentos que nos permitan predecír todos los modos en que el espacio puede afectar al cuerpo humano. Podríamos hacerlo si tuviésemos un sin fin de tiempo y de recursos... y si supiésemos lo suficiente sobre el cuerpo humano. Pero no contamos con ninguna de las dos cosas.

Marty guardaba un helado silencio.

-Pero los animales sobrevivieron. Y Davidson subió al espacio vacío y regresó sin novedad.

-Durante cinco minutos -dijo Marty- metes la punta del pie en el agua para ver si está fría, mojas el dedo y pruebas para ver si está envenenada... y después te tiras de cabeza para ver si te ahogas.

Se habían vuelto frente a frente y sus ojos se encontraron. La discusión era una excusa trivial. La tensión que se había estado creando tenía raíces más hondas y ahora, con la duración de un relámpago, se transformó casi en odio.

Después Marty volvió a mirar el cohete. Una comisura de su boca se retorcía quejosa.

Linden se volvió hacia la puerta desde donde les contemplaban los curiosos centinelas.

-Creí que querrías inspeccionarlo personalmente.

-¿Para qué? ¿Acaso no lo has comprobado tú todo?

-Sí... creo que aguantará el viaje.

Linden recorría la calle sin sombra. La brisa se iba haciendo caliente y las nuevas edificaciones olían a la madera de pino traída de las montañas que se al

177

El, AjOLOTE

zaban azules, pardas y verdosas a lo largo del horizonte, por encima de los tejados. La actividad era escasa esta mañana; todo estaba terminado y esperando, como el cohete que esperaba allá fuera, en el desierto, con su tersa piel de magnesio brillando al sol. La calle estaba tan vacía como la mañana que tenía ante sí; por la tarde, al menos, tendrían lugar algunas rutinarias pruebas finales, aunque todas las importantes, con las cámaras de compresión, los centrífugos y los disparos de prueba, eran ya historia pasada.

Abrió la puerta y se inmovilizó. El corazón le saltó locamente durante un momento. Después, cuando el resplandor que acababa de abandonar dejó de cegarle, recuperó casi su marcha normal, y le permitió decir con voz tranquila:

--Hola, Sally.

A la primera mirada advirtió que ella no había venido a pedir cuartel sino a ofrecerlo. De lo contrario no sobrevendría la paz.

-Escucha, Jim, ayer hablé con el general...

-Lo sé. También yo.

Ella ignoro la interrupción y se apresuró a continuar:

-... y admitió que tiene unos cuantos hombres tan preparados como tú para ir. Unos cuantos y tú me dijiste...

-Sí, lo sé -interrumpió de nuevo-. Fue una mentira a medias porque parecía mucho más sencillo así. Pero puesto que viste al general, tuve que decirle que tú y yo habíamos terminado, que ya no me importabas en absoluto.

Ella le miró, cortada, con un tácito "¿Por qué?", dibujado en su boca.

-Porque cualquier estúpido psicólogo puede de

178

cidir que una alteración emocional es razón suficiente para borrarme de la empresa.

-Y tú crees que no lo es.

No podía seguir siendo brutal. Evitó su mirada y permaneció callado.

-Ibamos a tener una casa con su jardín en el campo, frente a las colinas, un cuarto para los niños... -su voz se quebró, pero pudo seguir- ¿Recuerdas, Jim? Ibamos a ser como los demás, corno toda esa gente feliz. A mirar la luna sólo a través de las hojas de los árboles, dejando que otros se preocupasen de ir más lejos y más de prisa...

-Todavía puede ser así.

Ella no escuchaba,

-Ahora he descubierto -dijo, pensativa-, lo que debía haber sabido antes. No haces esto por el deber, la ciencia ni ninguno de esos bellos pretextos. Hay otros muchos que podrían hacerlo. Lo quieres por ti mismo. Quieres ascender a las tinieblas envuelto en un resplandor de gloria ... y cuando vuelvas, si vuelves, no estaré esperándote, ya lo sabes.

El avanzó un paso y le oprimió los brazos con tensa garra... sólo por un instante. Ella no se resistió ni le correspondió y él dejó caer sus manos como si el contacto le hubiese quemado.

-Haces todo esto sin motivo. Es sólo tu imaginación insensata... irrazonable... -dijo confusamente

Sally sacudió la cabeza.

-No son imaginaciones mías.

-Los animales volvieron sin novedad, ¿no es cierto?

-Sí, Y en la generación siguiente aparecieron ratoncillos sin ojos. Los conejillos no podían saltar por tener los huesos mal dispuestos y...

-Sólo algunos. Te lo he repetido mil veces.

179

-Todo fue efecto de los rayos cósmicos, allá arriba donde tú quieres ir. No me arriesgaré a tener hijos así ni aunque sean tuyos. ¿No comprendes que en ciertas cosas el menor riesgo es excesivo?

Su voz había subido hasta acabar en un sollozo.

-No eres lógica --dijo él sin esperanza-. Siempre hay riesgos... -respiró profundamente-. Sally, si quieres escucharme trataré de explicarte. .. por qué tengo que ser precisamente yo. Después, me dirás probablemente que son insensateces.

Ella se sentó, obediente, en el borde de una silla, viéndolo pasear

-¿No te hablé nunca de cuando me caí del henil? -se volvió bruscamente para mirarla-. No me caí. Salté... "Fue en la granja de mi tío el verano en que cumplí doce años. Tenía un gran pajar pintado de rojo, como es costumbre en el Midwest, y en tiempo de siega subían los carros cargados y metían el heno por la puerta abierta en el alero. Los chicos lo pasábamos en grande jugando en el heno y mirando desde allá arriba hacia la lejanía.

"Pero aquel atardecer, después de cenar, terminado el trabajo y cuando los hombres se hubieron ido. trepé yo solo al pajar y miré por la puerta del alero al corral vacío, Había unos cinco metros y para un chico de doce años, visto desde allí arriba parecía una milla... Por eso salté".

-¿Y qué pasó?

-Me disloqué una cadera -dijo Linden secamente-, Pero no lo sentí. ni entonces ni nunca. Durante unos instantes, un segundo, que es lo que se tarda en caer desde esa altura, tuve algo que siempre había estado buscando sin saberlo, y que siempre he buscado desde entonces, encontrándolo y volviéndolo a perder... el "Gran Trampolín" -terminó.

180

Hubiera querido morderse la lengua por emplear frase tan absurda y dejar escapar su secreto.

-Jim, no le encuentro sentido.

Le asestaba sus ojos cargados de reproche, que él miró de frente.

-Toda mí vida he estado buscando ese "Sitio". Por eso cuando llegó la guerra me alisté en paracaidistas, y por eso no he podido estar nunca apartado de la investigación de aviones y cohetes. Durante ocho horas, mientras el cohete cubre dos veces su órbita en torno al planeta, estará en caída libre, libre... de la gravedad, que nos tiene prisioneros del pricipio al fin de nuestra vida. Un cuerpo que cae libremente carece de peso, y es el único modo de lograrlo; incluso teóricamente no hay otro procedimiento para oponerse a la gravedad. El hombre que vaya en el cohete experimentará ocho horas de un estado que nadie ha conocido hasta ahora más que durante unos segundos... durante un salto en paracaídas o a veces en un picado. Y en sueños, en los que vuela no como un pájaro o un avión, sino flotando, libre de las cadenas de la atracción terrestre. Creo que es una aspiración normal en el hombre; pero yo tengo mayor conciencia de ella que la mayoría de los mortales. Tenía que ser yo. Cuando supe que habían perfeccionado el cohete nuclear e iban realmente a probarlo, te hice creer que insisían en traerme aquí, pero fue todo lo contrario, removí cielo y tierra para conseguirlo.

-¿Ni siquiera pensaste... que debía haber otros chicos que también han saltado de los pajares?

El la miraba sin verla, viendo en SU lugar el cohete deslumbrante en medio del desierto.

-Sin duela. Pero yo he encontrado el "Gran Trampolín" y no esperaré más.

181

Se levantó, rígida.

-He esperado. He llorado al leer los titulares diciendo que iban a construir algo para llegar más alto y más deprisa. He rezado para que te hirieses, para que quedases incluso inútil, y no pudieras ir. Pero ahora hemos venido a parar al "Gran Trampolín" y no esperaré más,

Linden miró a otra parte. Se llamó a si mismo cobarde. insensato y traidor, y dijo en voz alta:

-Está bien, Si tiene que ser así...

* * *

Al principio, la voz del cohete fue como una manada de truenos que acaba de romper su jaula. A medida que la nave ascendía, el ruido crecía también, hasta ser como un millón de espíritus malignos clamando por la extinción de la raza humana. Y cuando la velocidad aumentó aún más se hizo todavía más fuerte, hasta una nota casi supersónica que temblaba en el umbral de la audición y vibraba agonizante en nervios, huesos y sangre.

Yacía maniatado e inerme, acunado en el fluido como lo había estado en el vientre de su madre. Brazos, piernas, cabeza, espina dorsal se distendían cruelmente bajo la carga de su propio peso intolerable. Cada aliento era un poderoso esfuerzo que salía de su pecho como el de un hombre alcanzado en el corazón.

Y el cohete aullaba y trepaba, arriba, donde el aire era demasiado tenue para las alas, donde no había aire, sino solamente agresivos iones, partículas viajando a enormes velocidades y cargadas con voltajes mortales; arriba, en el dominio de los rayos cósmicos primarios, de la radiación que sería inútil llamar "fuerte", y junto a la cual la onda gamma de una explosión atómica es como la suave caricia de la

lluvia estival comparada con el fuego de una ametralladora.

Los controles automáticos, los circuitos de alimentación, los instrumentos de medida, trabajaban sin pausa buscando la órbita precisa en la lejanía espacial. El tablero de control suspendido encima de Linden aparecía confuso y empañado; los músculos de sus ojos no eran lo bastante fuertes para enfocarlos haciendo frente a la presión de la aceleración. Su cuerpo pesaba quinientos kilos. Estaba pagando ahora la ingravidez que experimentaría cuando el cohete empezase a entrar en órbita.

Su conciencia era una leve chispa cuando la vibración del proyectil cambió y la horrible presión comenzó a disminuir. Treinta segundos más tarde volvió a ocurrir lo mismo; y ahora la respiración era más fácil y los músculos crispados podían ceder un poco en su tortura. El cohete se aproximaba al lugar donde debería desprenderse del proyectil, recorriendo su órbita de cuatro horas, y los relés dispuestos al efecto iban cortando la aceleración por escalones de 1 g (el símbolo g corresponde a la aceleración de la gravedad), para que el cambio no fuese tan brutal.

Alcanzó la penúltima fase y durante treinta segundos su peso pareció normal, mientras el motor nuclear descendía a un empuje de 1 g. Linden movió sus doloridos miembros librándose del capullo fluidoplástico que le había protegido. Su mirada todavía empañada se deslizó sobre el tablero de instrumentos, buscó los espejos coloreados que le darían una visión del exterior sin exponer sus ojos al deslumbramiento de los cielos no velados...

Entonces el motor cesó de funcionar y en el interior del cohete se produjo un silencio de muerte mientras empezaba a caer.

183

EL AJOLOTE

Los movimientos de Linden le hicieron flotar libremente por la pequeña cabina, desplazándose lenta y perezosamente en relación a las cosas que le rodeaban, mientras todos sus reflejos le gritaban que él y la nave que le envolvía estaban cayendo desde la "Gran Altura", y las glándulas, excitadas, vertían secreciones de miedo en su sangre; la reacción instintiva de sus nervios tensaba sus músculos y el sudor brotaba de todo su cuerpo. SU subsconsciente, acobardado, esperaba el choque aniquilador e inevitable...

El choque que jamás sobrevendría, porque el cohete estaba cayendo eternamente, zambulléndose a lo largo de la curvatura del espacio en una trayectoria sin regreso

La nave nadaba en el cruel baño de radiación. Para los rayos cósmicos primarios que flameaban a través del espacio, sus paredes de metal y el cuerpo humano en ellas contenido eran tan trasparentes e insustanciales como una frágil medusa nadando en el también refrigerante medio marino.

Sus manos buscaron un soporte sin hallarlo. Las miríadas de estrellas reflejadas en los espejos parecían encenderse en novias y girar en torbellino a su alrededor. Gritó roncamente una voz, sin duda la suya, pues no existía otro ser humano en el espacio. Caía, caía sin tregua en la vertiginosa y encallecedora oscuridad...

Su memoria del tiempo que siguió era discontinua y
fragmentaria... No podía decir si fueron horas, días o una
eternidad. Conservaba una clara imagende sí mismo,
zapateando y braceando en el aire como un grotesco pájaro
sin alas y riendo histéricamente mientras el trozo de metal
que tenía en la mano -sin duda arrancado de las sujeciones
de la palanca de aceleración- giraba, golpeaba, aplastaba...
El
184

cristal estalló con movimiento retardado y permaneció en suspensión, mientras las brillantes esferas quedaban ciegas y vacías a medida que destruía sin posible reparación los delicados instrumentos que la nave necesitaría para volver a la Tierra. Un cable arrancado del sistema de control automático, flotaba como una ondulante serpiente mientras escupía fuego azul y él se reía ...

Y otra imagen permanecía fuerte y clara. Estaba ahogándose. Los tanques de oxígeno debían haber fallado -¿o los había él destrozado también?- Y su sensación de axfisia se hacía por momentos más desesperada, aunque aspiraba a grandes bocanadas sin cuidarse de las esquirlas que flotaban centelleantes, y aunque al mismo tiempo un extraño fuego parecía correr por sus venas, invistiéndole de fuerza demoníaca..."¡Acaba tu obra!", gritaba una voz en lo más hondo de su ser; y se abrió camino hasta la puerta hermética y la atacó salvajemente. La puerta no había sido hecha para ser abierta en el espacio, pero tampoco se construyó para soportar semejante asalto desde el interior. Cedió y la explosión del aire al escapar se la llevó consigo.

Cuando desapareció, Linden contempló el gran globo nuboso de la Tierra, flotando allá afuera, frío e inasequible Luchó contra el breve vendabal que desencadenó en su fuga la pequeña atmósfera de la nave, tomó un último aliento sofocante y pensó:

"Adiós, Tierra... Sally... adiós...

* * *

Empujado por el instinto, el ajolote se mueve con la seguridad de dirección que en una forma superior de vida llamaríamos "propósito", hacia la superficie del agua, la luz y el aire que no puede respirar, Peno

185

samente trepa a la orilla. En el elemento no **familiar, sus orladas agallas se marchitan** y él se estremece en contorsiones... Y la envoltura larval, la pálida piel del morador del fango, se resquebraja y cae. De ella surge una nueva criatura, grácil como el lagarto, con ojos de azabache, espléndidamente rayada en oro y negro el verdadero adulto de la especie, la salamandra **tigre.**

* * *

Un impulso envió a Linden flotando levemente hacia la parte delantera de la nave, retorciéndose por los aires para evitar la colisión con los salientes que surgieron allá donde había destrozado el mamparo que separaba la cabina presurizada de los instrumentos y el motor de proa. La división era ya inútil, puesto que había dejado escapar el aire de la nave, y necesitó el material que contenía.

Detuvo su fácil vuelo y se concentró en el transmisor-receptor de radio. Sus mecanismos, ahora a la vista por falta de un trozo del cuadro de control, habían sido reajustados y cambiados de un modo que hubiese hecho a cualquier técnico terrestre alzar burlonamente las cejas... y con toda razón, pues en su estado actual el aparato no hubiese tenido la menor utilidad... en la Tierra.

Metódicamente acabó Linden de colocar y ajustar trozos de cable y vidrio que había tomado de uno de los desmantelados instrumentos de medida.

Contempló pensativo sus manos. Se habían oscurecido mucho en la pasada quincena y las uñas -débiles vestigios de las grandes garras de la bestia humana- habían desaparecido. A la vez, las desnudas puntas de sus dedos se. habían vuelto móviles, de modo que podía hacer trabajos de gran precisión sin emplear los músculos que movían todo el dedo.

186

EL AJOLOTE

La transformación de la radio para nuevos fines había resultado mucho más fácil que los cambios realizados **en el** mecanismo de dirección de la nave, quizá porque la tarea era mas sencilla, o acaso porque, como creía ser lo cierto, los cambios en su mente y su cuerpo estaban todavía en curso. Mucho más importantes que los cambios visibles y superficiales eran los procesos vitales, en las incontables conexiones neurales del cerebro. Sus sentidos se habían aguzado y multiplicado. Fuerzas, radiaciones, el espectro electromagnético -frutos de paciente inferencia desde el punto de vista de la ciencia terrestre- se habían convertido para él en materia de directo conocimiento.

Sólo en los últimos días había empezado a oír las **voces de** la Tierra.

Flotó hasta el abierto hueco de la puerta y miró al exterior, a la sima estrellada, ya no antro de terrores sino una invitación, un mar de impredecibles riberas.

El mundo que había dejado tras de sí flotaba a lo lejos como antes, inmensa medialuna azul-gris y surcada de vetas, ocultando todo un sector del cielo diamante y negro. Consideradas las distancias espaciales, estaba cerca, tan cerca que podía alcanzarlo y tocarlo con su mente. Las voces permanecían allí, al fondo de su cabeza, para escucharlas si lo deseaba, como un tremendo alboroto que manaba sin tregua de la luz y la sombra de los hemisferios, del lóbrego fondo del mar de aire. Voces de alegría y de pena, de belleza y maldad; coros abismales de temor- y brillantes notas de valor y compasión...

Pronto se alejaría y no oiría ya las voces de la Tierra. No sabía adónde; quizá hacia el Sol. a mirar sin cegarse el horno donde yacen desnudos los secretos de la materia. Acaso hacia el exterior, mas allá

187

de las ondas donde Júpiter, ignorando a los breves guijarros giratorios del sistema interior, mira hacia el Sol y le llama su hermano; donde Saturno viaja con sus extraños anillos y múltiples lunas; hacia la helada noche de los planetas extremos, tras de los cuales sólo están las estrellas. Las preguntas se agolpaban innumerables. ¿Era la Tierra única en el universo y los demás -la inmensa rueda de la Vía Láctea, la cegadora abundancia de los enjambres globulares, las nutridas galaxias espirales con sus billones de estrellas- sólo materia yerma inerte y muerta, girando hacia la frontera del espacio... o existían otras progenias, otras vidas? Acaso -la idea le inquietó y fascinó--- hubiese otros que habían ido antes que él...

Pero primero debía preocuparse por los que llegasen después.

Su nuevo sentido no era todavía lo bastante agudo y selectivo para establecer y mantener contacto con individuos de la Tierra y el aparato que había construido pretendía remediar esta falta. Lo puso en acción resueltamente. No estaba seguro de que sirviese; sólo sentía la instintiva confianza que había guiado todos sus actos en los últimos días.

Con ayuda del aparato exploró una zona en el límite del hemisferio en sombras, buscando tipos de pensamiento familiares.

* * *

En el banco donde trabajaba, a altas horas, en un nuevo mecanismo de control, Marty dejó caer un destornillador y lanzó un juramento. Sus ojos miraron espantados bajo el cobijo de las espesas cejas. Y susurró:

-¿Me he vuelto loco o hay espíritus?

-Escucha con atención, Marty. Tengo dos mensajes para ti y los dos importantes.

188

-Pero... si estas muerto. Los servomotores deben haber fallado ¡aunque, maldita sea, no puede haber sido así! y estas allí arriba en un ataúd de magnesio, girando en torno a la Tierra hasta el fin de los tiempos. Muerto... en mi lugar.

-Tus servomotores no fallaron: los detuve yo mismo, en las primeras horas, cuando aun creía que iba a morir o a volverme loco, cuando sólo mis instintos se daban cuenta de lo que me estaba sucediendo, Pero no volveré, sigo adelante. Pon mucha atención, Marty. Es posible mejorar el diseño del generador nuclear. Puedo explicártelo y tú se lo explicarás a los demás, porque tienes el sentido de la materia inanimada, ha capacidad de proyectarte dentro de ella, y yo no puedo hablar en el lenguaje de los físicos Porque desconozco los símbolos, las matemáticas. Pero al contemplar su proyecto desde aquí, en el espacio, vi cuánta voluntad de fracaso habían puesto en él; el miedo inconsciente que tenían a penetrar demasiado en el átomo. Si elimináis ese afán de no llegar, la producción de energía aumentará unas dos mil veces. Las naves pueden construirse para ascender a sólo 1 ó 2 g, y no obstante, tener energía so**brada, de** modo que cualquiera -y no solo los excepcionalmente sanos Y fuertes- pueda ir al espacio. Escucha cómo debéis proceder...

Lo que siguió fueron dibujos, impresiones cenestésicas, procedimientos completos, más que pensamiento hecho palabras. Apenas, duró todo unos segundos.

Marty se frotó la nuca.

-Buen trabajo -dijo en alta voz en medio del laboratorio vacío. En cuanto a eso de los regula**dores, podría** ser más fácil...

-Este es uno de los mensajes, el que tienes que

189

transmitirles si consigues hacerles escuchar. El otro... quizá tengas también que guardarlo para ti en el próximo futuro. Es éste: "La meta no es la que creíamos, no es la conquista del espacio como camino hacia los planetas, sino el espacio mismo. El espacio no está vacío o muerto. Se halla inundado de energía, lleno del polvo de viejos soles y los elementos de la nueva materia. Los planetas son frías, oscuras y moribundas islas de un océano en ebullición que puede estar lleno de vida. ¡El espacio espera! Adiós...

* * *

Ella despertó sobresaltada y se sentó gritando: "¡Jim!". Sus manos exploraron convulsivamente la almohada. Sollozó.

-Otro sueño...

-No estás soñando. Si más tarde lo dudas, díselo a Marty. He hablado con él ... te quiero, Sally.

-¿Dónde? ¿Dónde estás?

Sus ojos exploraron temerosos la oscuridad.

-Estoy en el "Gran Trampolín" y veo que es sólo un salto hacia otro nuevo.

-¡Vuelve, Jim! No me importa que... Pero, ¿de qué sirve? Es demasiado tarde, estas muerto.

En su mente, la voz pareció modular una suave risa.

-Estoy bien vivo, Sally, pero... Temo que no pueda volver a la Tierra. El espacio me ha cambiado.

Ella se estremeció.

-¿Cambiado?

-Me he desarrollado, como lo harás tu si me sigues. Los biólogos llevan mucho tiempo diciéndonos que el hombre es una regresión fetal, una especie de embrión que se hace viejo sin llegar a una auténtica

190

madurez. Ahora he descubierto por qué: las condiciones de esa madurez, el destino para el que estamos creados, no existen en la Tierra... Pero tal como soy ahora puedo morir aplastado bajo la gruesa atmósfera terrestre; y los seres humanos, al verme pueden despedazarme como a algo no humano. Incluso tú ... podrías asustarte de mí...

En la mente de Sally se formó una imagen de claridad fotográfica.

Estuvo inmóvil un momento respirando con aliento entrecortado; después, sonrió trémula y extendió los brazos abiertos en un gesto que no necesitaba de palabras ni pensamientos.

-¡Mi amor --la voz del espacio fije un silencioso grito exultante–. ¡Ven a mí! Dentro de uno o dos años, habrá nuevas naves mucho mejores que **todo lo** visto hasta ahora... Ya me he ocupado de ello. Entonces vendrás a reunirte conmigo. No te preguntes cómo podremos encontrarnos... Cuando vengas, cuando también alcances tu verdadero ser, comprenderás. Nos encontraremos más allá de la Luna, y todas las estrellas del espacio estarán a nuestro alrededor... Nuestros hijos tendrán soles para jugar...

Su voz decayó un momento y luego se hizo más apremiante.

-La curvatura de la Tierra se está interponiendo entre nosotros, pero no durará mucho. Si no puedes venir, si no quieres, lo mismo da ... Yo encontraré los medios de volver a entrar en la atmósfera y llevarte **conmigo.**

-¡Iré! -gritó ella.

La caricia fantasmal de un beso vino a rozar sus labios. Siguió el silencio. La muchacha estaba sentada inmóvil, mirando a la oscuridad y empezando a **creer.**

191

Alboreó el día primero de diciembre. Aquella misma noche, a las diez horas y cuarenta y seis minutos, tendría lugar el disparo que debía poner el cohete en la Luna, Y tendrían que ser exactos, de lo contrario deberían transcurrir dieciocho años antes de que el satélite se presentase en las mismas condiciones favorables de cenit y perigeo simultáneos.

Desde muy temprano, una muchedumbre inmensa cubría las praderas extendidas al pie de Stone-Hill o Colina de las Piedras. deseosa de contemplar el sorprendente espectáculo.

Todos los observatorios europeos habían enviado a sus más importantes miembros. En honor a la verdad, se mostraban incrédulos respecto al resultado.

Cuando llegó el momento en que los viajeros espaciales avanzaron para pasar al interior del cohete, el griterío se hizo indescriptible. ¡Eran los primeros hombres que en el mundo tomaban pasaje para la Luna! Y su vehículo iba ir ser aquel descomunal "Columbiad", fabricado en un metal ligerísimo, cuyo morro descomunal apuntaba al cielo.

193

Veinte segundos para el lanzamiento.

Se produjo un estremecimiento universal. Los millones de espectadores pensaban en los tres hombres a los que posiblemente nunca se volvería a ver, tras los cuales se había cerrado la compuerta del ingenio, a medias incrustado en aquel suelo de la Florida, con ingentes cantidades de poderoso combustible bajo él.

Se, hizo un silencio y empezó la cuenta atrás:

-¡Cinco... Cuatro... tres... dos... uno! ¡Fuego!

Uno de los científicos oprimió el botón eléctrico que establecía la corriente. La chispa producida prendió fuego a todos los cartuchos almacenados en las entrañas de la tierra, bajo el "Columbiad". Y una detonación espantosa sacudió el suelo como un terremoto que rugiera bajo él. Los gases de pólvora, dilatados por el calor, rechazaron con incomparable violencia las capas atmósfericas y, aquel huracán artificial, mil veces más rápido que el de las tormentas, cruzó los aires con bramar de tromba.

Ni un espectador siguió en pie. Hombres, mujeres, niños, todos cayeron como espigas al soplo del viento. Algunos resultaron gravemente contusionados. Tres mil personas perdieron momentáneamente el oído, y se contaron por decenas de millares las que quedaron mudas de estupor...

Pero el experimento había tenido éxito. El cohete, que hahía abandonado la Tierra el primero de diciembre a las diez horas, cuarenta y seis minutos y cuarenta segundos de la noche, debía llegar a la Luna el día cuatro del mismo mes, a las doce en punto de la noche.

Y sin embargo, el siete no se sabía nada de los viajeros. Ese mismo día su desencadenó en la atmósfera una de esas tempestades intertropicales, después de varios días de cielo cubierto . Los impetuosos vien
194

tos del Este barrieron las nubes amontonadas durante días y por la noche el disco brillante de la Luna paseo por entre las límpidas constelaciones.

Aquella misma noche el telégrafo se ponía en comunicación con todos los Estados de la Unión y las principales ciudades del mundo, dando a la difusión la nota del director del observatorio de Cambridge:

"El Columbiad" ha sido visto a las ocho cuarenta y siete de la noche. El proyectil no ha llegado a la Luna; pasó por su lado, pero tan cerca, que permanece retenido por la atracción lunar..."

* * *

-¡No nos hemos desintegrado! -exclamó Mi**guel Ardan, entusiasmado,** tras el tremendo impacto inicial--. El método de Barbicane para amortiguar los efectos de la percusión ha resultado perfecto.

El interior del proyectil estaba perfectamente iluminado y los tres hombres se miraron con satisfacción. Además de los mencionados, el capitán Nicholl, que a priori había considerado irrealizable el proyecto, casi saltaba de entusiasmo.

-¡No hemos caído a la Tierra!

-Ni a tierra ni a las profundidades del golfo de Méjico! -arindió el jubiloso Barbicane-. ¡Vean las estrellas!

El interior del proyectil tenía el aspecto de un cómodo gabinete, con paredes almohadilladas, amueblado con divanes circulares y techo en forma de cúpula. Los objetos que encerraban se hallaban firmemente sujetos por medio de solidas abrazaderas. Se habían adoptado todas las precauciones para llevar a feliz término la temeraria aventura.

Pasaron unas horas,

195

A través del cristal lenticular que cerraba uno de los tragaluces se vio un objeto brillante que, al parecer, se aproximaba con rapidez. Era un cuerpo incandescente con un movimiento de rotación sobre sí mismo.

-¿Que es eso? ¿Otro proyectil? -preguntó el asombrado
Ardan.

A Barbicane la aparición de aquel cuerpo enorme le alarmó. Era de temer un encuentro, una colisión, cuyas consecuencias serían funestas. El objeto se agrandaba prodigiosamente conforme se acortaba la distancia que los separaba, quizá efecto de una ilusión óptica.

-¡Vamos a chocar! -gritó Ardan.

Instintivamente, los tres viajeros se echaron hacia atrás. Su espanto no duró mucho. Pasó a varios centenares de metros y desapareció, no tanto por la celeridad de su marcha, cuanto porque su cara opuesta a la Luna se confundió bruscamente con la oscuridad del espacio.

El cohete llevaba otros dos pasajeros de los que no se ha hablado, y que en aquel momento dejaron escapar un gruñido de alivio. Se trataba de los perros "Diana" y "Satélite", importantes miembros experimentales de la expedición.

-Ahora comprendo que era eso -explicó Barbicane-. Nada más y nada menos que un bólido enorme, retenido por la atracción de la Tierra.

Las condiciones de vida en el interior del "Columbiad" nada dejaban que desear. Tenían el oxigeno suficiente y los dispositivos de purificación del aire funcionaban a la perfección. Lo único, o el único, a quien no le había ido bien en el momento del lanzamiento era a "Satélite". Quizá descuidaron su sujección pues había resultado con un gran golpe en la cabeza como

196

consecuencia del lanzamiento y permanecía tendido con el morro entre las patas, ajeno a todo.

Los astronautas le prestaron sus cuidados, pero el animal no reaccionaba como hubieran deseado.

Desde su observatorio, los viajeros estudiaban atentamente la Tierra y la Luna. De la primera no quedaba más que un disco ceniciento que terminaba en un arco luminoso el cual al día siguiente apareció más reducido que la víspera. Su volumen todavía resultaba enorme si se le comparaba con la Luna, cuya forma se aproximaba cada vez más a la de una perfecta circunferencia.

-Siento no haber emprendido el viaje durante el período de Tíerra llena -dijo Ardan-, es decir cuando nuestro globo se halla en oposición al Sol. Entonces hubiéramos admirado bajo un aspecto nuevo nuestros continentes y nuestros mares.

-Pero si hubiéramos salido en período de Tierra llena, la Luna hubiera sido nueva -alegó Barbicane- y con ello invisible por efecto de la radiación solar.

Todos tenían su cometido dentro del cohete. Miguel Ardan, como buen francés, pidió ocuparse de la cocina, importante función que nadie le disputó. El gas suministró los grados de calor necesarios para las operaciones culinarias y la comida consistió en tres tazas de excelente caldo preparado con pastillas Liebig. Les siguieron bistecs comprimidos en la prensa hidráulica y legumbres en conserva, "más frescas que las naturales", según frase de Miguel. Todo ello rematado por un excelente café.

Allí la noche no existía, si bien los viajeros dieron este nombre a las horas dedicadas al descanso, ya que la posición del proyectil no variaba con relación al Sol.

197

Continuamente vigilaban el material. El aparato de Reiser y Regnaut, encargado de producir el oxígeno necesario, encerraba clorato de potasa para dos meses. Cierto que consumía una pequeña cantidad de gas, pues debía conservar a mas de cuatrocientos grados la materia productora, pero el pequeño consumo estaba previsto y atendido. Elevado el clorato a la temperatura indicada, se transformaba en cloruro de potasio y abandonaba todo el oxígeno que contenía.

Los termómetros y barómetros habían resistido admirablemente, excepción hecha de un termómetro de mínima. También las brújulas permanecían intactas y útiles. Llevaban un hipsómetro para medir la altura de las montañas lunares, un sextante destinado a tomar la altura del Sol, un teodolito, instrumento de geodesia que sirve para levantar planos y reducir los ángulos en el horizonte, y varios anteojos que prestarían preciosos servicios cuando los expedicionarios se hallasen en las inmediaciones de la Luna.

Estallan bien provistos de herramientas y los objetos más extraños. Continuamente realizaban exhaustivos cálculos sobre el recorrido y distancias al Sol y a la Luna. Era Barbicane el encargado de realizarlos y después de haber llenado varias hojas de complicadas fórmulas, levantó la cabeza y miró gravemente a sus compañeros.

--¿Qué sucede? ---preguntó Miguel Ardan.

---Que no alcanzaremos el punto muerto que debe situarnos en la zona de atracción de la Luna para caer en ella. El Observatorio de Cambridge declaró que nos bastaban once mil metros de velocidad inicial, los mismos que llevaba el proyectil en el momento del lanzamiento, pero no era bastante. Hubiéramos necesitado dieciséis mil.
-¡Maldición! -exclamó Nichols.

198

-Pero entonces... ¡caeremos a la Tierra!

Los tres permanecían silenciosos. Fue Nichols quien, tras consultar su cronómetro, dijo:

---Son las siete de la mañana. Han transcurrido treinta y dos horas desde que salimos. Hemos recorrido más de la mitad de nuestro trayecto y no hemos caído, que yo sepa.

Barbicane le dirigió una rápida mirada. En seguida tomó el compás que utilizaba para medir la distancia angular del globo terrestre y a través del tragaluz del fondo del cohete realizó observaciones en atención a la movilidad aparente del proyectil. Trataba de deducir de la medida del diámetro terrestre la distancia interpuesta entre el proyectil y la Tierra.

-¡No! -exclamó Barbicane segundos después-. No caemos.
¡Nos encontrarnos a más de ciento cincuenta mil leguas de la
Tierra! Hemos rebasado el punto donde el proyectil debió
detenerse. si su velocidad inicial hubiera sido ladebida.
¡Subimos...! ¡Subimos todavía!

-De ello debemos inferir - contesto Nichols-, que nuestra velocidad inicial, provocada por la deflagación de cuatrocientas mil libras de algodón-polvora, excedió de los once mil metros calculados. Ahora me explico que hayamos encontrado hace solo trece minutos el segundo satélite que gravita a más de dos mil leguas de la Tierra.

-Y esa explicación es tanto más probable cuanto que, libre el proyectil del agua encerrada entre los discos de madera, se aligeró súbitamente de tal peso considerable.

--¡Justo! -exclamó Nichols.

Se habían salvado. Y todo debido a que la velocidad inicial del proyectil había sido superior a la calculada.

199

Sin embargo, sufrieron una nueva contrariedad. Al llevar su comida a los perros encontraron muerto a "Satélite".

-Esto es una complicación -dijo Ardan-. No podemos conservar con nosotros el cadáver del animal. Tendremos que abrir un tragaluz v arrojarlo al espacio.

---Imposible- negó Barbicane -. Si bien nuestros dispositivos de respiración producen el oxígeno necesario, no así el ázoe, que escaparía al exterior. Por otra parte, no debemos dejar paso al frío de fuera, si no queremos helarnos vivos.

-Pero el Sol ...

- El Sol calienta nuestro proyectil, que absorbe sus rayos, mas no calienta el vacío que nos rodea. Donde no hay aire no puede haber calor ni luz difusa y de la misma manera que en el vacío reina la oscuridad, reina también el frío. Donde no existe aire la temperatura es la producida por la irradiación estelar, esto es, la misma que reinaría en el globo terrestre si un día se extinguiera el Sol.

Pero había que resolver el caso de "Satélite" y acordaron arrojarlo al exterior procediendo con gran rapidez. Fueron desatornillados con cuidado los pasadores del tragaluz de la derecha, cuya abertura media treinta centímetros. El cristal, actuado por una palanca de potencia suficiente, para vencer la presión del aire interior sobre las paredes del proyectil giró rápido sobre sus bisagras y "Satélite" fue arrojado fuera. En la operación se perdieron muy pocas partículas de aire de modo que en lo sucesivo Barbicane ya no temió deshacerse de residuos inútiles.

* * *

El cuatro de diciembre, después de cincuenta y cuatro horas de viaje, al observar la Tierra, la vieron

200

como una mancha oscura nimbada por los rayos solares. Ya no se presentaba en su cuarto creciente, ni aparecía la luz cenicienta. Al día siguiente, a medianoche, la Tierra debía ser nueva, en el momento preciso en que la Luna entrase en su plenilunio. El Sol y las estrellas aparecían iguales a como se ven desde la Tierra. La Luna, por el contrario, había aumentado considerablemente.

Y sin embargo, a pesar de la aproximación, la trayectoria del cohete se había modificado como consecuencia del error en la velocidad inicial.

Pasaban el tiempo engolfados en conversaciones científicas, pero una de las veces que Ardan se aproximó al tragaluz oriental, no pudo retener una exclamación de sorpresa.

-¿Qué sucede? -preguntó Barbicane.

Al acercarse a su vez al tragaluz descubrió fuera una especie de saco aplastado que flotaba a pocos metros de distancia de ellos.

-¿Qué será eso? -Preguntó Miguel-. ¿Es que hay corpúsculos en el espacio, y esos corpúsculos, retenidos por la atracción de nuestro proyectil, van a acompañarnos hasta la Luna?

-Ignoro qué objeto es ése -replicó Barbicane-, pero sé perfectamente por que se mantiene a nivel del cohete. Flotamos en el vacío, y en el vacío los cuerpos caen o se mueven, que es lo mismo, con velocidad igual, sea el que sea su peso y forma. Las diferencias de peso las crea el aire con su resistencia.

-¡Claro! -exclamó Nichols-. Todo cuanto arrojemos fuera de la cápsula nos seguirá a remolque Ese objeto no es sino "Satélite", deformado v reducido a la nada, aplastado y fláccido corno una gaita desinflada.

Al día siguiente, cinco de diciembre, todos esta

201

ban en pie a las cinco de la mañana. La Luna se agrandaba a sus ojos y eso les hizo confiar que caerían en su radio de gravedad.

-Espero que vayamos a parar sobre una llanura -dijo Ardan.

Barbicane experimentaba serias dudas, pero no quería desanimar a sus compañeros, hasta verlas o no confirmadas. Les otros dos calculaban que habían llegado al último día de su viaje y se hallaban muy excitados.

Al rato Nichols observó que la luz del gas brillaba con exagerada potencia y comprendió que se habíaproducido un escape de oxígeno. Aquella era la causa de la tremenda excitación que había invadido a les tres, causándoles una especie de borrachera. Todavía con alguna lucidez, Nichols pudo cerrar la llave.
Estaban llegando al punto neutro, alejándose de la atracción de la Tierra. Al menos, eso suponían. ¿Qué iría a suceder?

Pronto comprendieron que la acción de la gravedad disminuía por momentos. A Nichols se le cayó un vaso de la mano y continuó flotando en el aire.

La falta de gravedad duro una hora escasa.

Barbicane se animó y dijo:

-Amigos, creo que, después de todo, la gravedad lunar va a ser suficiente para atraeernos, aunque por el instante sea poco definida.

-Por si acaso debemos tener preparados los cocohetes de alunizaje.

Estaba previsto que para aminorar la caída en la superficie lunar, se frenara el proyectil con el lanzamiento de unos cohetes provistos de paracaídas.

Pero... pronto iban a observar que el proyectil, como Barbicane había estado temiendo, se desplazaba
202

en sentido lateral a la Luna. La desesperación de los viajeros, al comprender que jamás alcanzarían su objetivo, fue indescriptible.

-¡Si al menos pasáramos lo bastante cerca como para descubrir sus secretos! -se dolió todavía Ardan.

Era un hecho que daban vueltas en torno al satélite de la Tierra, convertidos a su vez en satélite de él. Sin embargo, aquellos hombres admirables conservaban la serenidad al punto de anotar en el mapa lo que estaban descubriendo: el "Mar de las Lluvias", el "Mar de los Nublados", el "Mar de los Rumores" y muchos otros lugares bautizados poéticamente.

A través de sus potentes anteojos no pudieron apreciar más que uno de los tres reinos de la Naturaleza: el mineral.

Unos días después habían perdido la esperanza de alcanzar la superficie de la Luna. En realidad, Barbicane la perdió el mismo día cinco. La trayectoria que seguían era una curva cerrada. Además de no conquistar la Luna, eran sus prisioneros y jamás regresarían a la Tierra.

Ninguno de los tres ignoraba la terrible suerte que les aguardaba, pero se juramentaron para conservar la tranquilidad hasta el fin, fingiendo ignorarla.

Y en tal situación, un nuevo peligro surgió ante ellos. De improviso, en medio del éter había brotado de las tinieblas una masa enorme. Era como una Luna, pero incandescente, dotada de un resplandor tanto más insoportable cuanto que rompía vivamente la profunda oscuridad del espacio.

-¿Un bólido inflamado en el vacío? -preguntó Ardan.

-Eso parece -Confirmó Barbicane.

Y no se equivocaba. Si tal clase de meteoros cósmicos, observados desde la Tierra, no presentan gene

203

ralmente más que una luz un poco inferior a la de la Luna, allí, en aquel sombrío éter, resplandecía con intensos fulgores.

El globo errante, según cálculos de Barbicane, debía medir unos dos mil metros de diámetro y avanzaba con una velocidad de dos kilómetros por segundo.

Imagínese la situación de los viajeros. A pesar de SU sangre fría, se sintieron aterrados ante el espectáculo de la masa ígnea que iba a engullirles.

En el último segundo, los ojos desorbitados de los viajeros vieron surgir otros bólidos que chocaban con el primero desintegrándose en miles de globos de fuego. El primer disco de fuego se desvió de su trayectoria y el proyectil paso en medio del dantesco chisporroteo sin ser alcanzado.

Un grito de alivio escapó del pecho de los tres hombres.

-¡Nos hemos salvado milagrosamente! -pudo decir Ardan.

Pero ni Barbicane ni Nichols compartían su opinión. Sólo habían conseguido que su fin se alargara, haciendo, con toda probabilidad, más terrible su agonía. ¿No sería mucho peor morir lentamente en su interminable recorrido alrededor de la Luna?

Sin embargo, la inteligencia de un hombre nunca se da por vencida antes de tiempo.

Miguel Ardan propuso:

-¿Por qué no empleamos la fuerza de retroceso de nuestros cohetes para salir de la trayectoria en que estamos?

-¡Tiene razón! ----aceptó Barbicane-. Todavía contamos con esa fuerza. Consultaré mis notas para elegir el punto exacto en que los utilizaremos.

Los preparativos estuvieron pronto ultimados Según los cálculos de Barbicane, los cohetes debían ser

204

disparados a la una en punto. Miguel preparó la mecha y la aplicó al artefacto que debía provocar la combustión general de los cohetes.

No se oyó detonación alguna, debido a la falta de aire conductor del sonido, pero sí pudieron apreciar la polvareda prolongada a través de los cristales de los tragaluces. El proyectil había experimentado una sacudida que se percibió en el interior de la nave.

-¿Caemos? ---preguntó momentos después Miguel Ardan.

-No -contestó Nichols-, si cayéramos la parte inferior del proyectil miraría al disco lunar.

Barbicane, muy pálido, se separó del cristal del tragaluz y dijo:

-Caemos... pero a la Tierra.

-¡Diablos! -exclamó Ardan-. Eso quiere decir que acabaremos estrellándonos. De todas formas, cuando ocupamos esta cápsula, ya suponíamos que nos sería difícil volver a nuestro mundo. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

* * *

La corbeta "Susquehanna", de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, practicaba sondeos en el pacífico, a cien leguas aproximadamente de la costa americana.

Sobre las diez de la noche del 11 de diciembre se sintió como el fragor de un trueno y el capitán apareció en cubierta dispuesto a enterarse por sí mismo de lo sucedido. Y entonces vio caer del cielo un bólido enorme, inflamado a causa de la vertiginosa aceleración de la caída.

Recordó de golpe lo que había leído sobre el proyectil enviado a la Luna el día primero de aquel mismo mes... ¿Sería posible...?

205

El joven teniente que estaba a su lado, con el pensamiento puesto en los astronautas, gritó:

-¡Son ellos que regresan!

El proyectil, levantando una montaña de agua que amenazó con hundir a la corbeta, se hundió en el mar. Durante bastantes minutos la nave bailó en el zarandeo producido por las olas que siguieron.

Aquella noche la tripulación en pleno permaneció en vela vigilando la superficie de las aguas. Con las primeras luces del día avistaron un objeto alargado que flotaba a la deriva. Rápidamente el comandante ordenó el salvamento, arriando una chalupa al agua. Cierto que en su interior estaba seguro de que los viajeros habían perecido abrasados.

Afortunadamente, sus augurios no iban a cumplirse. A través del cristal del tragaluz, el comandante pudo observar en el interior de la nave a dos hombres uno frente a otro, jugando a las damas: Miguel Ardan y el capitán Nichols. Barbicane estaba en perfectas condiciones, al igual que sus compañeros.

Cuando los tres arriesgados expedicionarios pusieron pie en la cubierta del "Susquehanna" fueron aclamados por la totalidad de la tripulación entusiásticamente, orgullosos de recibir a los héroes del espacio...

* * *

Julio Verne había imaginado un viaje y, especialmente una forma de regresar a la Tierra muy similar a la que podría contemplarse un siglo después.